

- 7 -

DOLORÉS

HOMENAJE
A LA
MUJER CHILENA
POR B. V. M.



SANTIAGO DE CHILE
IMPRENTA CERVANTES
BANDERA, 50

1904

DOLORES

- 7 -

HOMENAJE Á LA MUJER CHILENA

EN LA SIEMPRE DULCE Y QUERIDA MEMORIA DE MI
TIERNAMENTE AMADA HERMANA

DOLORES VICUÑA DE MORANDÉ

Por B. V. M.

(ESCRITO É IMPRESO PARA CIRCULACIÓN EXCLUSIVAMENTE
PRIVADA.)

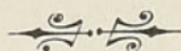


SANTIAGO DE CHILE
IMPRESA CERVANTES

BANDERA, 50

—
1904

Á JUAN DE DIOS MORANDÉ Y SUS HIJOS.



A quien fué tierno, amante y abnegado esposo porque comprendió y admiró en su alma el alma que reflejó todas sus dichas y dolores, y á los que serán eternamente los hijos queridos de mi corazón y de una hermana á la que profesé el afecto más profundo y la adhesión más cariñosa, á Victoria, Elena, Marta, Pedro, Enrique, Juan de Dios y Salvador, estas leves páginas de una vida que fué corta sólo para hacer más hermosa y más amada, y en cuyo puro y sublime ejemplo nuestros hijos deberán aprender á cumplir el deber á toda prueba, á ejercitar la caridad sin límites y la virtud pura y heredada, van tiernamente consagradas como memoria y como consuelo por

B. VICUÑA MACKENNA.

VINA DEL MAR, enero de 1883.

I

LA VIDA

I

La vida

“El llanto que enjugó cuando vivia
Regará el mármol de su tumba fría.”
(*A la muerte del Arzobispo don Manuel Vicuña en EL PROGRESO del 5 de marzo de 1843.*)

De todos los humanos dolores que visitan el frágil vaso en que de tránsito mora el alma de los seres, ninguno de seguro es más intenso ni deja depositado en su fondo mayor suma de congojas, cual las heces acumuladas en el cáliz, que el bien súbitamente arrebatado, cuando largo tiempo hase gozado de él sin cuidados, ni presentimientos, ni anuncios, siquiera escondidos, de su pérdida.

Una existencia nobilísima, rica en todos los tesoros que hacen amable y fructífera la vida, como peregrinación y como ejemplo en el valle de agonías en que sentimos deslizarse los días cual si fueran sombras y las esperanzas cual si fueran ensueños de continuo y amargo despertar; una alma dotada de una fé vehemente; una inteligencia brillante, modelada por la virtud en una forma puramente doméstica; el amor á los que sufren convertido en caridad

ardorosa y militante; el culto de la patria velado como en la vestal antigua por la modestia y el muro del templo que apaga bajo su bóveda las plegarias y los votos; un hogar, en fin, lleno de nacientes encantos en que el esposo es la columna y la familia el temprano almácigo de almas y de virtudes que á su sombra crece; tiñéndose las corolas de sus flores con los matices del fuego del alma que sobre ellas irradia su calor divino,—hé aquí todo lo que en una cruel mañana, esperada con curiosa alegría, tronchó la muerte con su implacable hoz, trocando el ameno, bullicioso y fresco jardín de retoños en eriazos de lágrimas y de inextinguibles aficciones.

Ah! Todos habíamos esperado al astro, que alumbraba y vivifica... y lo que sobrevino fué el rayo que anonada y mata...

Era aquella una alborada del naciente estío destinada al regocijo de las maravillas que el inconmensurable firmamento de tarde en tarde presenta envueltas en su transparente gasa azul, impenetrable sólo á los que indiferentes bajo su cúpula moran, y con tal ocasión, el hogar dichoso cuya ventura desaparecida recordamos, habíase visto visitado por las más inteligentes emociones. Nunca la vida calorosa en cuyo derredor giran todas las ternuras y todos los embelesos que comienzan en el vahido de la cuna del último nacido y se ensortijan, cual la yedra y los jazmines, en la cabellera de las vírgenes que crecen ya para el casto altar, nunca, decíamos, habían rebosado con mayor exuberancia bajo el plácido techo de dos esposos jóvenes, de dos padres bendecidos, las frágiles promesas del bien perenne que la criatura sigue como el deslumbrado insecto la vívida llama de la noche, ni nunca tiñéronse sus alas

con más vívidos colores que en aquella hora engañosa en que la muerte velaba á traición la urna cristalina de las alegrías.

El esposo amado, con aquel amor único que funde las existencias en un solo crisol, hallábase en hora de tan súbito dolor ausente; la madre sauta y anciana partía; las dulcísimas hijas, capullos de inocencia que la pubertad comenzaba á abrir á la brisa, á la esperanza, á la plegaria misteriosa que acusa la primera vaga fluctuación del alma, habían ido á arrodillarse, cual de costumbre, en esa estación del año, al pie del altar de «María», conducidas por la madre cristiana; y mientras el cotidiano taller de la inteligencia en acción abría su puerta para el ejercicio de los que deberían luchar en el estadio de la vida acerando desde temprano su espíritu en el estudio vigilante, una ráfaga dulce y brillante descende de lo alto del sol, é iluminando el conjunto dichoso y doméstico parecía envolver aquel cuadro de íntimas felicidades y de severos deberes que forma el santo hogar de la mujer y de la madre chilena.... Y ay! de todo eso no quedó en una hora, en el espacio fugaz de un suspiro, sino una bendecida memoria, que el fulgor del cielo trocó en ceniza...

Tal era toscamente bosquejada la existencia querida á que vamos á consagrar este levisimo recuerdo, no como mitigación de una honda pena que no sabrá extinguirse, sino como tierna ofrenda del alma y de la tumba rendida á los que, como nosotros, admiran antes que todo otro atributo de este suelo privilegiado, á la mujer, á la esposa, á la madre y á la cristiana, santo resumen de sus virtudes, de sus encantos y de su cielo.

• Pero antes de comenzar nuestra melancólica tarea debe

mos repetir una prevención esencial, no contentos con la que hemos colocado como broquel y como aviso en la carátula de este pequeño libro de la familia y del corazón. Esa advertencia es la de que bajo concepto alguno escribimos ni para la banalidades, ni para las vanaglorias del mundo indiferente que sonriendo y desdeñando pasa, sino al contrario, para llenar un voto íntimo del alma y esconder así en el surco de la vida y la familia, simiente humilde que, cuando lograda por los años y las memorias, ofrezca sombra protectora á los que en pos de nosotros tendrán á su vez nobles deberes que cumplir y austeras lecciones que consagrar como ejemplos.

No lo ocultamos.

Los amores profundos, los amores eternos, tienen también su egoísmo como el mísero olvido interesado.

Recordamos para ser recordados, amamos para volver á ser amados y por que de esa manera quede, dentro del santuario de la familia y de la conciencia íntima; anudada la cadena que liga lo fugaz á lo perenne, la nada á la creación, el valle oscuro de las lágrimas al celeste emporio de la luz nunca se apaga.

Esa es nuestra profesión de en estas hojas arrancadas á las profundidades del corazón que padece, y quien le atribuyera fin diverso se alejaría de la verdad, del propósito y del consuelo que al compaginarlas nosotros buscamos. Esto bien lo saben los que de cerca conocieron á la mujer que hoy lloramos y que no habría aceptado jamás otra ofrenda que la de la santa é inmutable verdad, aliento de su existencia, perfume durable de su tumba.

Nació DOLORES, cuyo nombre no fué un acaso, sino una plegaria de la madre creyente y afligida, en la semana san

ta de 1843, y como para justificar más intensamente aquella elección de la fe en la pila de la depuración, agrupáronse excepcionalmente las zozobras del alma bajo el techo de su primer suspiro. Su tío, el primer arzobispo de Santiago, don Manuel Vicuña, que había sido el maestro y el tutor legal de su madre, agonizaba por esos días en la quinta Waddington de Valparaíso, y allí, en su jardín, vendido más tarde á destajo, una columna de mármol blanco colocada á su cabecera mostraría una semana más tarde (mayo 3 de 1843) el sitio desde donde el dulce prelado y padre había emprendido su vuelo á las alturas.

Otro de sus tíos, y nobilísimo compañero de su padre en la batalla continua de la vida luchaba también á esas horas con mortal dolencia que á su turno postróle en plena, hermosísima juventud, habiendo sido el más apuesto caballero y la más gentil figura de mancebo de su tiempo.

Al nacer así DOLORES, la muerte hallábase de facción sentada á su cabecera, y como para completar las angustias que rodearon su cuna y estuvieron á punto de romper el hilo de su existencia al recibirla, quien esto escribe, había sido trasportado por esos mismos días desde una hacienda lejana del norte en una camilla, con el brazo que hoy le sirve para trazar en el papel estos recuerdos, tronchado y roto por el infantil atolondramiento y los caballos.

Resintiéronse juntamente con todo esto la madre y la criatura, y esta hija de los dolores hubo de perecer en el alumbramiento, hecho de que ha guardado constancia en su fe de bautismo, acto celebrado de necesidad (1).

(1) Este documento que para memoria y guarda de sus hijos hemos hecho copiar, dice así:

El presbítero Miguel Tagle que suscribe, cura rector de la

Un infortunio leve pero de otro género visitó en seguida aquella combatida infancia que, cómo las flores, no tuvo sino una fugaz juventud, la juventud de una mañana sin zenit y sin ocaso.

Un día, cuando DOLORES había vivido sólo dos ó tres años y su padre vagaba en el destierro de las cobardías políticas de aquel tiempo (1846), cayó en un brasero en ascuas de los que por entonces usábanse en los estrados de Santiago, y fué cruelmente quemada, pero sin consecuencias ni huellas para su salud. Todo lo contrario. Junto con crecer era el bullicio, la alegría, «el alma de la casa», como suele decirse de los espíritus que desde temprano de alguna manera predominan; y estas dotes de su espíritu y aún de su naturaleza física que se reflejaban en su hermoso, expansivo, eternamente risueño semblante, haciéndola tan peculiarmente simpática, bien hallada y bien venida, sólo se extinguirían en ella junto con el latir ligero

parroquia del Sagrario de la Catedral de Santiago de Chile, certifica que á fojas 72 vuelta del libro núm. 46 de bautismos que principia el 7 de mayo de 1842 y termina en 4 de julio de 1845, se encuentra una partida que, copiada á la letra, es como sigue: “En la ciudad de Santiago de Chile en quince de abril de mil ochocientos cuarenta y tres, nuestro teniente de cura don Tiburcio Benavente puso óleo y crisma á Dolores Ramona del Cármen, de tres días de nacida, hija legítima de don Pedro Félix Vicuña y de doña Cármen Mackenna. Padrinos don Fermín Solar y doña Isabel Guerrero, *la bautizó por necesidad una partera examinada*, de que doy fe. — MARIANO FUENZALIDA. — Hay una rúbrica.”

Concuerda con el original citado, y para que conste doy el presente, á petición de parte y para los fines que le conviniere, en esta parroquia del Sagrario de la Catedral de Santiago, á veinte días del mes de diciembre de 1882 años. — MIGUEL TAGLE, cura rector.

de su corazón en todo semejante á su rostro y á su alma. Ah! Cuándo estaba ya muerta y helada parecía sonreírse dulcemente... El último destello de su cariñosa, vivaz, vehemente, casi impetuosa compleción moral habíase petrificado en la carne hecha mármol por el soplo frío de las tumbas prematuras...

Cuando DOLORES tenía sólo cinco años, su familia, combatida por la suerte, que en Chile solía ser en esos años consorte inseparable de la adusta política, cambió de domicilio, é instalóse en Valparaíso dónde era más accequible la quietud y más fructífera la educación de la mujer.

Valparaíso no era todavía ciudad, era el *puerto* de Santiago.

Pero Santiago parecía un vestigio del claustro colonial, donde para que la mujer fuese cumplida había necesitado, durante los siglos feudales, ántes que todo otro ornamento femenino, estas dos cosas para ser cabal y cumplida:— no saber leer ni saber escribir: bastábale con saber rezar.

Hábitos y tradiciones tan singulares iban á la verdad desvaneciéndose de prisa en la capital, es decir, en la *ciudad*.

Pero en el *puerto*, la afluencia extranjera había introducido, á la par con las hortencias y las dalias, las magnolias y los jazmines del Cabo, el arte de pintarlas, y junto con la promiscuidad de las lenguas vivas el arte de hablarlas. A los doce años DOLORES poseía así el inglés y el francés con la descuidada familiaridad de la niñez y á esa edad dibujaba flores con el talento que más tarde diérale la justa fama de una artista verdadera:

«Querido hermano, escribíale en efecto, á quién hoy le devuelve estas flores del alma marchitas con el llanto, y

que entonces vivía en el destierro, querido hermano, decíale, la dulce principiante desde Valparaíso el 29 de octubre de 1855, yo te mandaré una pinturita hecha de mi mano.—Hace cinco ó seis meses que aprendemos á pintar con Lutgarda y *pintamos regular*. Hay algunas niñas que hace más tiempo que aprenden pero nosotros sabemos *más regular* que ellas.»

Tuvo DOLORES una virtud perseverante que las tempranas y á la verdad bizoñas líneas de la infancia arriba copiadas traicionan, como el perfume que la violeta humilde exhala escondida en los abrojos—la modestia. Sentíase superior á sus condiscípulas, pero encontraba en una frase íntima, casera é inútil la expresión de su ufanía sin romper por esto el capuz de la humildad. Y así fué siempre su alma, corola de aromas escondidos cuya esencia divina recojieran solo dos clases de seres á su paso,—sus hijos y los pobres, es decir, también sus hijos.

Por lo demás, las inocentes confianzas de aquella niña que fué anticipada para aprender y para amar, y por lo mismo fué tal vez para morir, revisten los más delicados atributos de la cándida infancia.—«Te acuerdas, nos decía DOLORES en una ocasión, sin duda cómo un reproche á la presuntuosa tiranía del imberbe maestro, te acuerdas de las clases de inglés que nos hacía en Tabolango á Lutgarda y á mí? Pues ahora yo estoy en el último año del inglés y del francés...»

Y luego, como arrepentida de su jactancia poliglota, agregaba en la misma carta de junio de 1854.—«Hazme el favor de mandarme dos muñequitas que sean una para

Elena y otra para mí, bien vestidas y con crespos. Te las agradeceremos mucho».

¿Era aquél el premio hábilmente solicitado del antiguo profesor de Tabolango que á la sazón vivía en Inglaterra?

En cuanto á su ternura infantil que compartía con sus muñecas, «este primer síntoma de la maternidad», y con sus hermanos mayores, estos afectuosos tiranos del hogar, además de las huellas constantes de sus lágrimas que alteraban los perfiles de su trémula vacilante ortografía, conservamos un rasgo peculiar y querido de su sensible y vehemente carácter.

Un día, á mediados de 1854, había comenzado á escribirnos con la docilidad de una buena discípula una carta en inglés; y de repente, interrumpiéndose á sí misma bruscamente con angélica ingenuidad, exclamaba: «No quiero seguir escribiéndote en inglés, porque no encuentro en este idioma palabras bastante cariñosas para decirte todo lo que siento».

Otro dón, ó más bien otro adorno del espíritu que aquel angel acompañó hasta la hora en que la muerte tronchó sus alas, encontrándola vestida con su túnica y manto de cristiana, fué su natural alejamiento de las pompas y de los fastuosos pasatiempos del orgullo ó del placer mundanos que consumen sin producir. Los bailes, los saraos, las óperas de gala no eran para ella sino espectáculos más ó menos curiosos, pero que no interesaban su sér ni siquiera su vanidad femenina, esta embriagadora i costosa enfermedad que Eva legó á sus hijas como legó al hombre y á Satán el orgullo y el predominio, la ira y el alcohol.

Conducia DOLORES con frecuencia sus hijas á la ópera,

pero además del reposo y regocijo natural que una fiesta procura á todo espíritu que trabaja, ella creía encontrar en ese género de honesto entretenimiento una prolongación del estudio matinal y de la tarde por el cual ella asiduamente velaba. Era el teatro, según su síntesis, una clase nocturna de música, de declamación y de modales, una preparación necesaria pero modesta de las exhibiciones que la vida moderna impone á todos los que en su comunidad viven y aprenden.

Fuera de esto, que era una especie de tarea de educación sin ostenta, el premio sencillo de la aplicación matinal de cada día, DOLORES, como ejemplo ofrecido á sus hijas, no ostentó nunca otro traje de gala que su atavío de novia que guardaba cuidadosamente para ellas. Sin ser rica, tuvo verdaderas prodigalidades para con sus dos pasiones dominantes más allá del dintel del santuario de la familia, es decir, con el arte y con la caridad; pero las modistas no se enriquecieron con su garbo.

Siendo muy niña, y á propósito de un famosísimo baile de fantasía que un fastuoso comerciante inglés (Mr. Schwartz) regaló á sus amigos al retirarse enriquecido en el año ya citado de 1854, nos escribía característicamente á Inglaterra con fecha de 15 de agosto. «Todo Valparaíso está en una gran alarma, porque va á tener lugar un baile de fantasía en casa de Mr. Schwartz, lo cual será cosa *muy célebre*... Todas las señoras y caballeros van á ir muy bien vestidos.— La señora Fherman va á ir de reina y el señor Fherman de rey... Josefina S... irá de húngara y Manuela, de Primavera... Este último sería para mí el traje más de mi gusto».

La Primavera! Ascendía ya tímidamente la delicada savia del germen á la rama, y aquella pintura de la venidera

fiesta era tal vez el primer ensueño á que dos hadas amigas, dos encantadoras primas hermanas que vivían muro de por medio con ella, conducíanla por la mano. Pero no era esa ciertamente ni su primera vanidad, ni su última envidia femeninas, porque antes ni más tarde anidáronse en su alma franca las aves de la noche que simbolizan las tenebrosas cavilaciones sino las que alegres y sin rumbo cantan á la luz en su aurora.

Habitaba la familia de DOLORES, en efecto, por aquel tiempo ya lejano, en la calle del Circo, de Valparaíso, en una modesta casa que compró más tarde el almirante Simpson y que hoy suele arrendarse para las temporadas veraniegas, y cúpole á la última en el lote santiaguino del recién pasado estío venir á habitar en el antiguo nido; de suerte que como el ave que vuelve por la postrera vez á la enramada, ella nos dejó consignadas sus melancólicas y casi doloridas impresiones en esta página del corazón, escrita á la madre que tanto amó.

«Valparaíso, enero 12 de 1882

Mi amada mamá:

Ya nos tiene usted en Valparaíso, viviendo en la misma casa en que vivimos cuando yo era chica.

Toda ella está poblada de dulces y tristes recuerdos. Son tan distintas las épocas de la vida! La que entonces era una chiquilla loca es hoy una mujer seria y madre de una numerosa familia.

Le escribo ésta en su antiguo dormitorio, y me parece que veo su cama, su lavatorio, su sofá de crin negro, en fin, mamá, hasta las piedras del patio me son conocidas y todo me causa un goce mezclado de pena.

Luisa duerme en el mismo lugar que dormía de soltera y ha llorado mucho recordando otros tiempos de penas y de felicidad, pues aquí se casó y todo tiene para ella el mismo lenguaje de los recuerdos.

...SU DOLORES.»

No había terminado del todo el año fatal que así comenzó cuando el alma tiernamente sensible que sabía encontrar aún entre “las piedras del pavimento”, humildes pero no indiferentes testigos de su pasada dicha, había ascendido de un solo vuelo de la íntima cariñosa charla de la materna alcoba al mundo de los recuerdos que ella misma invocaba, como en previsión de su fin que sin sentirlo se acercaba.

Singular y dolorosa confrontación del destino!

En medio de todo eso, que era ternura, humildad y amor, fué atributo dominante de aquella brillante naturaleza, rota tal vez por su propia exuberancia, algo que constituye en nuestra raza y en nuestro país la negación de todos los egoísmos, incluso sus sórdidas cavilaciones y sus estériles rivalidades. Era una organización esencialmente entusiasta. El germen céltico, impetuoso y ardiente había prevalecido en su estructura física y moral sobre el moroso y tardío temperamento del vizcaíno que observa, espera y guarda... DOLORES era en efecto una hija, emigrada, á virtud de los misterios de la trasfusión de la sangre y de los climas, de los campos de la verde Erin, á los valles centrales y succulentos de Chile, tierra de prosaico pan llevar; y por esto nunca hablaba de los infortunios de la noble y maltratada patria de sus mayores sin que las lágrimas asomasen á sus hermosos ojos de un azul profundo

cual las tranquilas aguas del lago de Eneskillen, cuna de sus ascendientes forasteros que el amor aclimató bajo más blando y más sosegado cielo.

En todo lo que hacía dentro ó fuera de la casa, gastaba aquella mujer, siendo adolescente, y aún siendo madre, mucho más entusiasmo que cálculo; y de aquí la universal fácil, atrayente, casi seductora simpatía que arrastraba consigo aún en sus juegos, aún en sus expansiones más irresistibles. Cuando tocaba apénas al dintel de la edad de la primavera, llegó en una ocasión de Valparaíso á media noche á la estancia de campo en que habitaba con su familia (la hacienda del Melón, en el departamento de Quillota), una comitiva de jóvenes amigos portadores de una nueva feliz y largo tiempo esperada, cual era la ganancia de un cuantioso pleito que iba á trocar en hartura la escasez noblemente sobrellevada durante quince años; y hé aquí como la vehemente niña nos contaba su participación en el general alborozo y natural alboroto de la casa de sobresalto despertada.—Lo primero que hice fué gritar: «Viva! ganamos!» y me fuí á todos los cuartos de las niñas gritando «hip! hip! hurrah!» y dicen las niñas que yo les hablaba la mitad en inglés y la mitad en español... Después salí á repicar la campana, y con el toque todos creyeron que era quemazón y en un momento se llenó el patio de gente».

Pero DOLORES no limitaba la forma y la expansión peculiar de su manera de ser á los asuntos puramente domésticos. Poseía una alma que era un dechado de delicadísimos afectos, y siendo físicamente precipitada para hablar, como su abuelo celta, las lágrimas solían preceder á sus palabras y aún reemplazarlas en sus arrebatos de éfusión.

—Pobrecilla! Cuando era una aturdida que á los diez años jugaba á las muñecas, decíanos en una de sus cartas de infantil ortografía y á propósito de un primer destierro: —«Cada vez que tomo la pluma para escribirte ó cuando me acuerdo de ti, no hay vez que no riegue el papel con mis lágrimas...» Y en efecto allí, delante de mis ojos, en esas cuartillas de papel que guardo con el avaro tesón de los que creen que aún en la vejez se ama y se llora, están visibles todavía las dulcísimas huellas de aquel llanto, rocío disecado de la alborada de la vida, que hoy el alma, después de treinta años, devuelve á una ausencia que Dios oh! hermana de mi alma, quiso fuese eterna pero no sin esperanza!

Tenía todo esto lugar en 1857; y quien esto recuerda con el corazón, más que con la memoria, había regresado de su primer destierro para volver al segundo, antes del tercero; y acentuándose entonces con los años el carácter profundamente afectuoso de DOLORES y las preocupaciones por la patria tal cual ella la entendía, y á la cual prestó siempre ardiente, desinteresado, entusiasta concurso, decíanos tres años más tarde desde el puerto del Papudo donde en el estío de 1860 pasaba con la familia una estación de baños:

...«Es verdad, mi amado hermano, que casi no nos conocenos porque siempre hemos estado separados por tu mala estrella; pero cuando te vengas se ha de componer esta tanto que tú no la vas á conocer, porque nosotras con nuestro cariño y nuestra ternura te haremos olvidar todo cuanto has sufrido lejos de todas las personas que te aman y te comprenden. Yo espero que cuando te vengas has de venir á vivir sólo para nosotras y para mi mamá y que de

jarás de ser el que hasta ahora has sido, tan embusterito, tan ingrato y tan pícaro y sobre todo tan literato porque esos diantres de libros y poetas (?) han sido los que te han alejado siempre de tus hermanitas que con tanta ternura te aman.

«Vente, mi Benjamín, en un buque de vela y te desembarcas en un puerto como éste para ponerte á salvo de las pesquisas de este gobierno... que tanto, tantísimo nos ha hecho sufrir.»

Y luego, dando suelta á su natural y briosa intrepidez de niña, que manto de riquísima abnegación envolvía y apagaba, como la blanda piel del armiño ceñida al cuello y á la espalda, exclamaba con genial y sincera valentía:— «Ah!, hermano querido, quién fuera hombre!—Qué dicha sería, mi Benjamín, tu Lolo si pudiera ir á buscarte... Esta es la segunda vez de mi vida que he deseado no ser mujer, y siempre ha sido por ti. Estos vestidos tienen la culpa que una no pueda seguir los impulsos de su corazón. Ay! hermano, yo estuviera á tu lado si no fuera una niña! ¡Qué tonta soy, nó?»

Y dos meses después, completando el círculo de sus afinidades revolucionarias y políticas á su manera, contábanos su propia derrota, en estos términos:

.....«¡Ay! mi Benjamín, te aseguro que desde que te fuiste he pasado días más tristes que los que esperaba pasar en mi vida; primeramente nuestra separación que me costó muchas lágrimas y que me cuesta aún. Después vino un día de contento y de gloria para todos los chilenos, ese triunfo adquirido por los hermanos de tus amigos los héroes Gallo y Matta... Ese día brindamos todos á tu salud y á la de tus compañeros y á la salud de los libertadores

de la patria... Después, mi querido hermano, vino un día de tristeza y duelo para toda la República, la horrible traición de U... que sepultó á todos en la mayor consternación, la muerte de tantos valientes, la del arrojado Arancibia, la huida del que, á costa de su sangre, quiso libertarnos, la dispersión de los hombres más valientes que jamás tuvo Chile... todo esto, mi Benjamín, me hizo sufrir más que á nadie, porque tú sabes que dotada de un corazón demasiado sensible había tomado por esos valientes y por su causa un interés superior tal vez á mi edad y á mi sexo. El día que supe este fatal acontecimiento me eché á llorar á gritos sin que nadie pudiera consolarme.»

Tal fué la leyenda doblemente triste de Los Loros y de Cerro Grande, contada por una cronista y una partidaria de 16 años!

Para muchos, pero no ciertamente para muchas, habrá sin duda novedad y aún extrañeza en estas manifestaciones de una tierna niña que ambicionaba, sin saberlo, ser en su patria una Policarpa Salavarrieta ó una Juana de Arco.

Pero semejante creencia sería por fortuna entre nosotros un error profundo de visual y de injusticia.

Nosotros, que solemos por nuestro oficio de sepultureros sociales, penetrar de continuo en los archivos más recónditos de la familia, en las confidencias escritas de las madres, de las esposas y de las hermanas, de las desposadas mismas, empapadas siempre con lágrimas y enviadas á los soldados que defienden en tierra extranjera la honra de Chile, podemos dar á la verdad testimonio amplio de que el patriotismo de la mujer chilena supera en todo al patriotismo del hombre, porque el suyo es incondicional y es sin compensación.

Los varones en todas partes pelean y mueren por una convicción, por la gloria, por mil causas más ó menos levantadas, pero en su propio sacrificio y en la fama póstuma que á su nombre sigue encuentran el estímulo que lo^s enardece.

Mas la mujer chilena lo da todo y en cambio nada pide.

Si una bala mata al sér que ama, recibe ella una carta de enlutada orla con la firma de un jefe ó del Ministro de la Guerra; y desde este momento, como si el plomo homicida hubiese caído en su propio corazón, cúbrese el rostro de negro tul, cierra su puerta como si la morada antes feliz se hubiese trocado en sepulcro, y así oscura, triste y sublime va contando los días que le faltan para el nuevo consorcio que su fe le brinda más allá del cielo...

De esa misma escuela era DOLORES, y si hacemos aquí traición á su candoroso patriotismo de virgen, es porque más adelante habremos de revelar su ardiente patriotismo de matrona.

Encuentra en esta página oportuna cabida, á través de remotos años desde aquella época trascurridos, un episodio de la vida de DOLORES destinado á poner sin esfuerzo en evidencia el temple de su alma de chilena y en cuyo ejercicio una mujer romana de seguro no se habría desconocido.

Cuando aconteció en efecto el combate de Iquique, que inmortalizó para la historia de Chile una fecha y para el mundo un nombre, DOLORES, poseída de un ferviente é irresistible entusiasmo, formuló el voto de ser la mujer chilena que orase, la primera entre todas, por el héroe y por su alma al pié del mástil de fierro junto al cual el capitán Prat cayó en esa jornada, y tan pronto como el mo-

nitor peruano fuese capturado por los naves chilenas. Por manera que cuando se anunció desde Coquimbo, después de Angamos, en octubre de 1879, que el acorazado peruano se encaminaba á Valparaíso al mando del capitán Peña, la generosa patriota que tenía empeñada su palabra á la religión y á la gloria, trasladóse inmediatamente, con el fin de cumplirla, á Valparaíso, acompañada de uno de sus hermanos. Y una vez allí, sin aguardar en el hotel más tiempo que el que necesitaba para mudar de traje, alquiló una chalupa y al amanecer dirigióse á alta mar para que, si era posible, nadie ganase la escala antes que ella.

Y así su voto de romana quedó valerosa y fielmente cumplido en el altar de fierro del bajel cautivo.

Aconteció todo esto de una manera verdaderamente inusitada y solemne que un diario de Buenos Aires (*La Nación* de noviembre de 1879) contaba en los siguientes términos, trasmitidos por su corresponsal de Valparaíso, que fué testigo presencial de aquel hecho tan sencillo y á la vez tan grandioso:

«Arrastrados, dice este último, por el entusiasmo público, multitud de santiaguinos se trasladaron á Valparaíso á presenciar la entrada del *Huáscar* con bandera chilena. Una pálida reseña de esa interesante fiesta la leerá usted en los diarios. Me limitaré á referirle una escena por demás tocante que aquellos han olvidado consignar.

«Después de anclado el *Huáscar*, y cuando había sido invadido hasta en sus jarcias, una señora, que con gran dificultad había llegado á su cubierta, preguntó por el lugar en que había caído Prat, y una vez que se le señaló, se arrodilló en él y empezó á rezar en voz alta. En el momento todos los que estaban á bordo del monitor y los miles de personas que lo rodeaban en vaporcitos, lanchas y bo-

tes, se descubrieron, y sobrecogidos de respeto acompañaron á la piadosa matrona en su plegaria.

«Imagínese usted la grandiosidad del cuadro: á mí me sería imposible pintarlo con felicidad, ni menos expresar con la pluma el profundo recogimiento y la emoción sincera que en esos instantes se trasparentaban en los semblantes de todos.»

El diario argentino no dió el nombre de la fervorosa peregrina, que perdida entre la ruda muchedumbre marítima osó invocar á Dios en el día de las profanas libaciones, y ella cuidó que nadie lo supiera, al menos en el público. Por esto su versión de hoy es sólo una confidencia de ultratumba arrancada al altar de su sublime patriotismo; porque fué DOLORES la que hizo eso, escondida de todos menos del Dios de los ejércitos y del adalid de los inmortales.

Cumplido su sigiloso empeño, DOLORES regresaba á su hogar, con su rostro magullado por una caída, pero contenta y casi orgullosa de su empresa cristiana ya lograda. Cuando sus hermanas, más prosaicas ó más tranquilas que ella, burlábanla afectuosamente por los rasmillones sacados de su campaña marítima, les contestaba ufana y riéndose alegremente. — *Pero lo vi... lo vi... y cumplí mi voto!*

Mas no se crea que en aquella excursión había sólo fervor de mujer ó pueril entusiasmo del momento. Permitíase DOLORES, no obstante, el encogimiento moral impuesto á su sexo en una sociedad que no ha alcanzado todavía su pleno desarrollo, permitíase, decíamos, albergar á medio esconder dentro de su espíritu un patriotismo serio, reflexivo y cristiano. Y bajo esta faz de su naturaleza y de su misión legítima de mujer y de chilena había escrito con

alguna anterioridad y á propósito de un acontecimiento de guerra tristemente memorable, la siguiente carta dirigida á su marido desde la ciudad al campo, en la cual reflejábanse desnuda y viva toda su entereza y toda su previsión femeninas. Ah! si las mujeres de Chile hubieran dirigido la guerra contra los hombres del Perú ...

Pero la carta, entretanto, decía como sigue:

«Santiago, julio 30 de 1879.

Por los diarios verás que la voz del pueblo es la voz de Dios. El *Rimac* está prisionero con sus cuatrocientos hombres, cuatrocientos mil pesos y un valioso cargamento.

Chile merece su suerte y los que elevaron á... deben estar hoy contentos y satisfechos de su obra.

Vengo llegando de misa. Mi oración ha sido ésta:

«Señor, castíganos, hiérenos hasta que el sacrificio nos purifique y regenere; la penitencia y el sacrificio es el bautismo que nos vuelve la gracia.»

Sí, mi Juan de Dios, el castigo nos devolverá la honra perdida, el desinterés y la abnegación, virtudes que son hoy sólo una bella expresión en mi tan querida como idolatrada patria...»

Mas, volviendo otra vez á los presagios y á los entusiasmos juveniles de la edad en que la mujer no tiene en Chile deberes sino dentro de su hogar, hacemos memoria de que cuando ocurrió el desastre de Cerro Grande, que tan vivamente impresionó á DOLORES en la soledad de su familia y del campo, no había cumplido todavía aquella oculta heroína de tres guerras, dieciséis años de vida, esto es, la edad de aquella «primavera» que ella había visto lucir radiosa de alegría en la frente de sus primas hermanas

opulentas y festejadas con un baile que en esa fecha contaba ya seis años de memorias... Mas como aún en esa primavera de su vida fuera sumamente hermosa, desarrollada y precoz, encontrábase dos ó tres años más tarde desposada en su corazón con los votos que más tarde lleváronla al altar.

En una hacienda vecina á la que ella habitaba en 1860 vivía en efecto, entregado á los duros empeños del trabajo varonil y sin más fortuna que su nombre, su corazón y su mano, fuerte en el arado, el noble mozo, que cuatro años más tarde sería su esposo afortunado y que hoy la llora sin querer egoístamente consolarse.

No tuvo DOLORES sino ese solo amor, y á la verdad en el retiro austero que constituyó desde la primera niñez su existencia de familia, no alcanzó ocasión de dar cabida en su alma bien guardada, á las inquietudes y á los vaivenes que en la vida de las ciudades gastan prematuramente muchas veces el vacilante corazón de la mujer. Fué el amor de aquella niña lo que la yedra que crece solitaria al pie del árbol. Abrazólo desde la raíz, y cuando había cubierto su follaje de flores gayas y de ricos frutos, cesó de crecer y dar sombra para convertirse más allá en luz que guía, que acaricia y que protege...

Celebróse el matrimonio de aquellos desposados de un amor puro como las auras del campo, por el mes de marzo de 1864 en la sacristía de las monjas Rosas, cual si las flores del alma buscaran por aliadas las flores de Dios, y puso las bendiciones de la iglesia Monseñor Eyzaguirre. Este ilustrado y liberal sacerdote había sido desde temprano el director espiritual de la novia, y ésta guardóle el culto de

una respetuosa afección ántes y después de su dolorosa é inesperada muerte que recuerda hoy la suya propia.

Deslizáronse desde entónces rápidos los años en las venturas que el cielo inventa para los que se aman, prolongándose dulcemente los días en que basta una sonrisa partida de la cuna que dos manos suavemente mecen para hacer entrever las leyendas y los panoramas del paraíso... Sólo una nube había cruzado aquél firmamento diáfano de dichas. —la muerte, temprana también, de un nobilísimo hermano que sucumbió luchando heroicamente en las faenas que habían devuelto tardío pero seguro bienestar á los suyos.

De aquella felicidad pronta á desaparecer y del último duradero dolor nos ha dejado al acaso también, la segunda y amada hermana que nos ha precedido, anticipándose así cruelmente á nuestra propia natural jornada, nos ha legado decíamos una página íntima y preciosa que ella misma escribiera como simple y pasajera efusión de su congoja en una pequeña cartera que servía de memorial á su marido; y como este grito de su corazón es tan tierno, tan espontáneo y ay! tan doloroso hoy día para los que dos veces sobrevivimos, reproducimoslo íntegramente tal cual ella sin cuidarse lo estampara con su lápiz:

«Purutún, septiembre 18 de 1868.

Hoy hace cinco años que la mejor de las madres invocó la bendición del cielo para la hija que esa misma mañana le había sido pedida en matrimonio.

¡Pobre mamá!

Hoy que soy madre comprendo tu enternecimiento ..

Al hablar ese día de mi porvenir llocaste y tus lágri-

mas te dieron desde ese instante toda la ternura, toda la idolatría de una hija amante.

Dios oyó tu súplica. He vivido en esta casa que tú bendigiste un año ántes que yo la habitara.

He vivido tan feliz, tan dichosa que tengo seguridad que á mis padres debo esta dicha después que á Dios, que me dió un esposo que me quiere y á quien adoro.

He vivido cuatro años y sólo una vez, una sola vez, la desgracia me visitó para dejar en mi alma profundas huellas: mi hermano, mi Juan querido, voló al cielo llevándose mucha parte de mi habitual felicidad (1).

A ti, hermano querido, está encargada la felicidad de los que tanto te amaron...

Ruega por ellos, pide para ellos las bendiciones del cielo para que todos vivamos unidos por la más tierna de las afecciones y para que tu recuerdo sea un constante estímulo para imitar tus virtudes.

Sí, mi Juan, tu eres nuestro abogado en el cielo y á su bondad y á tus ruegos espero deber largos años aún de una completa felicidad.»

Ah! Esa cruel partida, esa plegaria del alma dolorida no era todo, ni aquel llanto solitario, escondido, mudo como todos los dolores verdaderos, no correría sólo... La joven rama al caer prematuramente tronchaba sobre el venerable tronco, le arrastró consigo... y allí, en la misma fosa de lágrimas cayeron el padre venerable y su báculo más erguido... DOLORES, que había sido la abnegada enfermera de ambos, á este mismo propósito nos escribía estas ternísimas palabras que ponen á descubierto toda la poesía

(1) Juan Vicuña, muerto á la edad de 34 años el 8 de enero de 1868.

y toda la sensibilidad de su alma buena y escogida entre las buenas.

«Peñalolén, abril 13 de 1875.

Por los diarios he visto que ya te has ido á dar tu último adiós al Melón; adiós, que yo no he tenido valor para ir á darle á pesar que he deseado mucho ver á mi mamá y contemplar por última vez el lugar donde vivió treinta y ocho años mi inolvidable papá; lo único que he pedido que me traigan de ese lugar tan querido ha sido la rústica banca que él hizo hacer cuando aún no estaban edificadas las casas y en la cual se sentó por tantos años; la cual conservaré siempre como un recuerdo de *una felicidad ya pasada...*»

Pasó DOLORES la mitad de su breve, ejemplar y fecunda vida en el campo, como niña y como prometida, como esposa y como madre, y nunca, en medio de la rutina diaria de los negocios y de la labranza, dejó de mostrarse una mujer superior. En los fundos que inteligentemente explotaba su marido no había bodegón donde se vendiera chicha, ni cepo en que se castigara á los que la habían comprado. Pero había escuelas en que ella misma, como patrona y protectora inteligente, enseñaba y ejecutaba innovaciones que respondían á una de las ambiciones más acentuadas de su alma redentora. Mujer de fe profunda, pero sin fanatismo; cristiana más de ejemplo que de dogmatismo, reunía de continuo á las pobres de su fundo, especialmente los domingos, y con cualquier pretexto ó halago casero, explicábales sus deberes, encaminábalas sagazmente á la mejora de su abatida, mísera, al parecer irremediable condición, y en seguida distribuías aquellos dones humildes de la caridad que son en Chile peculiar-

mente gratos al siervo llamado convencionalmente «inquilino», porque esas manifestaciones sencillas acércanlo tímidamente al señor feudal, dispensador supremo de todo lo que constituye su existencia, desde el hogar que es el rancho, al salario que es el pan.

De las orillas del río de Aconcagua, donde en las vecindades de la estación de la Calera, había visto deslizarse cual los raudales de su impetuosa corriente, los días rápidos de aquella «pasada felicidad» que más tarde con tan indecible aflicción recordara, fué llevada DOLORES por su animoso compañero al pie de la cordillera, á la estancia histórica de Peñalolén, donde vivió venturosa todavía largo tiempo.

Hacia sólo dos ó tres años que se había separado de aquel lugar tan hermoso como querido y donde tantas lágrimas han empapado en la cabaña de los humildes y de los fieles su santa memoria; y la siguiente esquela de adioses que hemos arrancado al armario que guardaba las calladas intimidades de la esposa, demostrará cuán justamente fué llorada en su partida: son palabras escritas á la ventura y desde Santiago á su marido en los postreros días de la «entrega», esto es, cuando un dueño traspasa á otro dueño la «inquilinada» junto con la «bueyada», la «mulada» y demás aperos, y así decían:

«Mi Juan de Dios:

Tu cartita nos ha hecho llorar, pues el alma no puede dejar sin pena un lugar de tan dulces y queridos recuerdos.

Mientras vivamos recordaremos el dulce nido de nuestros hijos.

Ellos han nacido y crecido allí, y allí los hemos cuidado con el amor y con la ternura de nuestra alma, allí han bebido las primeras inspiraciones del bien.

Felizmente, donde quiera que vayan irán sus padres y allí tendrán siempre ejemplos que imitar.

El primero que debemos darles es perdonar á los pobres que principiarán á sentir nuestra ausencia. Compadécete de ellos y sírveles en lo que puedas.

Me he acordado mucho del pobre Jaña que tan enfermo está, del pobre Arce que tiene tanta familia.

La viejita ña Jacobita vino hoy á pedirme un papel que le ofrecí para que conste que el ranchito es suyo y á decirme que si la aprietan mucho, le dé un huequecito en la Reina para morir tranquila.

Yo creía que no quería á los inquilinos de Peñalolén, y lo que más me aflige hoy es que padezcan y que nos echen menos.

Acuérdate, pues, hijo, que el «rico es la Providencia del pobre» y perdónalos por su ignorancia.

Si alguien te busca, que encuentre en ti un apoyo y un protector.

El bien es lo único que moraliza y enseña.»

Noble, dulce, tierna y santa mujer, ejemplo escondido y callado de tantas virtudes del hogar, de tantos tesoros del alma; ¿por qué fué tu paso por la tierra cortado tan temprano?

¿Por qué no es dado á tales seres alcanzar de lo Alto una prórroga de misericordia, tasada siquiera en días y en horas breves, que aplaque la codicia cebada de la muerte, en nombre de los bienes cuya cuenta se haya todavía inconclusa y mutilada?

En otra carta de aquella misma época DOLORES agregaba:

«Mi mamá y yo hemos llorado al darle el último adiós á

Peñalolén. Así se va pasando, mi Juan de Dios, nuestra corta peregrinación por este mundo. *Todo, todo tendremos que dejarlo.*

Nuestras buenas obras serán nuestras únicas compañeras en el viaje de la eternidad.»

Y ¡penoso detalle! en esa misma carta su hija primer nacida, que era ya una criatura de notable gracia, inteligencia y galanura, agregábale esta cruel posdata del cariño que es hoy una horrible y á la vez ternísima realidad en el dolor.

«Le pido papá me haga el favor de traerme una corona del sauce que estaba donde mi *tata*.

Adiós, pues, papá: contésteme, porque yo soy *su segunda mujer* y lo quiero tanto y quién sabe si más que *su primera!*...»

Poseía DOLORES cierta elocuencia natural y sin estudio, según se habrá observado, no para hablar porque era tímida é impetuosa á la vez, sino para escribir, dón que heredara de la prodigiosa facilidad de su padre y de la intensidad del pensamiento materno que aún en edad avanzada escúlpese en el papel como en el mármol la incisión del buril. Pero aunque en varias ocasiones entregó á escondidas á la prensa algunos de sus pensamientos y de sus deseos, no obedecía ciertamente en ello á la vanidad sino á la poderosa abundancia de su espíritu apasionado por el bien. No escribía por lujo, sino por labor, no por vanagloria sino por esperanza, y no abría sus libros favoritos sino cuando el plumero, la aguja y la cartilla habían terminado su cotidiana tarea en las alcobas de sus hijos. Tenía una pequeña biblioteca como tenía un pequeño jardín, y sus autores favoritos eran aquéllos que en nombre de Dios habían

escrito para el mundo como Landriot, Fénelon y Dupanloup (1).

Más adelante insertamos algunos de los escritos sociales de nuestra modesta hermana, especialmente los que publicó con sus iniales en 1871 y en 1881 con el nombre de Mme. Siadnarom.

«Hacen dos días, decíamos á propósito de libros en la época más dichosa de su existencia recientemente unida al hombre que tanto amó, y desde su hacienda de Purutún, el 10 de marzo de 1865, hacen dos días que al subir el tren para irme á Quillota recibí el lindo librito que te había encargado, el que te agradezco mucho. El me ha hecho pasar en mis ratos de soledad momentos muy agradables porque cuando sale Juan de Dios al campo me quedo com-

(1) Hé aquí un apunte formado por ella misma de su armario de Peñalolén.

CATÁLOGO DE LA PEQUEÑA BIBLIOTECA QUE ESTOY FORMANDO PARA MIS HIJOS.

«La Moral en acción». — *Schmidt*. — «Cuentos». — «Apuntes históricos». — *La B. Wilson*. — «Perlas del corazón». — *Mme. de Genlis*. — «Las veladas de la Quinta». — *Bouilly*. — «Las madres de familia». — *Id.* — «Cuentos a mi hija». — *M. del P. Sinués*. — «La vida íntima». — *Monseñor Dupanloup*. — «El matrimonio cristiano». — *Monseñor Landriot*. — «Le Christ», «Le Symbolisme», «L'Eucharistie», «Les Pechés de la Langue», «La Sainte Communion», «La prière Chretienne», «L'Oraison», «L'Esprit Chretien», «L'Autorité et la Liberté», «La Femme Forte», «La Femme Pieuse», «Conférences sur L'Humilité». — *Mlle. V. Manuiot Marguerite*. — «Le Journal». — *Bourdon*. — «Les Beatitudes», «La Charité», «Leontine», «Le matin et le soir». — *E. Marcel*. — «Tuteurs D'Odette», «Un noble Cœur», «Les trois Voeux». — *Pichenot*. — «Education Maternelle». — *Bouuiot*. — «Les Empreuves d'une Mère». — *Bremer*. — «Guerre et Paix». — *Debeney*. — «Les Devoirs de Famille». — *G. Nelly*. — «Henry de Fermont». — *Mlle. Fleuriot*. — «L. Chemin et le But», «Sans Nom».

pletamente sola y me canso de coser ó de leer libros que, aunque instruyen, son pesados. Tu sabes que á mí mamá nunca le ha gustado que leamos novelas en lo que tiene mucha razón, así es que cuando encuentro un libro como el que me mandaste, lo leo con placer.»

Y como en estas reminiscencias, que son sólo la exhalación de su existencia, fresca todavía cuál las matas florecidas que el jardinero ha arrancado con su tallo en la mañana, nuestra tarea de escritor y de hermano consiste únicamente en trasplantar á otras almas esa alma con sus propios elementos, queremos reproducir aquí algunos de sus conceptos fraternales, en el terreno de la literatura y de la política, cartilla esta última no poco desencuadrada del presente tiempo, en que su espíritu solía leer sólo para enseñorearse y perdonar.

Copiamos simplemente algunos fragmentos de sus cartas de cinco años que la previsión del cariño ó del augurio nos ha hecho guardar como tesoros:

«Peñalolén, marzo 19 de 1877

Tu «Lautaro» me ha hecho pasar ratos muy entretenidos, y ya me preparo para leer la «Batalla de Maipo» que está anunciada en los diarios.

En la larga temporada de campo que he pasado, tus artículos y sobre todo la «Quintrala», me han dado momentos muy agradables y siempre esperaba con vehemencia la llegada de los diarios y salía la primera á recibirlos para que Luisa y los niños no los leyeran primero, pues todos querían ser los primeros en leer tus tan noticiosos cuanto entretenidos escritos.

Juan de Dios, como siempre, muy ocupado; en este mo-

mento me tiene medio sorda porque hace dos horas que está limando un fierro que le dejaron malo en la fundición.»

«*La Reina, marzo 18 de 1882*»

Muy ingratos somos, ó más bien, muy flojos para escribirnos, querido hermano; pero te aseguro que no lo soy para quererte y recordarte, tanto á ti como á Victoria y tus niños á quienes quiero, no tanto porque son tus hijos, sino porque ellos reflejan ya en su corta edad la educación que han recibido, siendo amables, leales y francos, cualidades que te distinguen y que hace que todos te aprecien y especialmente tu hermana que te ve siempre con gusto defendiendo al débil y humillando á los soberbios y esto lo veo casi día á día en los artículos que escribes. Ayer solamente lamentaba junto contigo las consecuencias de un *Error fatal* cuyas víctimas (las de la fiebre amarilla) siguen cayendo una á una en ingrata fosa y estoy temerosa que caiga también este niño cuya carta te incluyo. Te ruego que no descanses en trabajar por el bien de esos infelices cuyas desgracias claman al Cielo; si esto sucede con los oficiales ¿cuál será la suerte del pobre soldado?

Con pena paso por tu quinta cuando voy á Santiago, ya es tiempo que te vengas—quizás estarás como nosotras esperando que pase el vergonzoso día de la elección para volverte á Santiago—pues, para vacaciones es bastante tiempo.»

Hemos dicho que Dolores no aborrecía la política. Menos aún la amaba. Pero su fondo de sano y sensato patriotismo, aquella voz interna de la naturaleza que encontraba ecos en su candoroso corazón cuando era una inesperta y casi atolondrada criatura, fortaleciéndose ahora con sus

preocupaciones de madre y de esposa, hacíanla mirar el charco desde lejos, según acabamos de verlo en el último pasaje de su carta de hace un año. Sus ideas alcanzaban, á la verdad, en ese terreno, tal elevación y un criterio tan limpio y tan inusitado en nuestras deterioradas prácticas, que no podemos menos de copiar de entre las pocas cartas que de ella por casualidad se han conservado, el siguiente pasaje alusivo á una candidatura de diputado que en 1876 fué ofrecida á su marido, no por el Gobierno sino por el pueblo. La sinceridad de este programa íntimo no podía ser ni más cabal, ni más alta, ni más honrada, y así decía:

«Valparaíso, marzo 25 de 1876

Creo como tú que más vale ocupar un puesto modesto y servir en él á su país que tomar un puesto que no se puede desempeñar debidamente; pero también creo que si tú fueras diputado no pronunciarías floridos discursos ni hablarías con lucidez; mas tengo la seguridad de que obrarías con *honradez*, conservarías siempre una *noble independencia* y sabrías dar una sabia y oportuna lección á aquellos que en todo ven sólo su ambición é interés personal.

- No creas, mi Juan de Dios, que por lo que digo anteriormente deseo que aceptes el puesto que te han ofrecido. Tú tomarás el partido que quieras. Eres en esto, como en todo, enteramente libre. El ofrecimiento vale para mí tanto como el puesto mismo y sé que en él y fuera de él sabrás servir á tu país por todos los medios que estén á tu alcance.

Así, lenta y modestamente, te formarás un nombre que algún día enorgullecerá á tus hijos, siendo para ellos un noble estímulo y un noble ejemplo.»

Otra de las manifestaciones tan espléndidas como dulces y peculiares que aquella opulenta naturaleza, tan admirablemente dotada, dispuso para dar formas á su espíritu fué su pincel. Hablaba DOLORES varios idiomas vivos con facilidad, escribía al correr de la pluma sus impresiones y sus sentimientos con una vistosa naturalidad que no habría desdeñado un autor de más que mediano mérito, y no contenta con poseer y ejercer con habilidad suma todas las pequeñas artes y las mil industrias caseras de la mujer chilena, hormiga, abeja y reina, habíase consagrado en los últimos años á la pintura sin más maestro que su genio y su labor.

Hemos visto que desde la edad de las muñecas, solía pintar flores, y aunque no fué nunca una artista correcta, como lo requería su índole vivaz, los muros de su casa, literalmente cubiertos con sus obras, dan ahora lucido testimonio de la riqueza de su colorido y de su libre expansión para reproducir con habilidad y prontitud sorprendentes todo lo que cautivaba su gusto ó hería su pupila.

No tenía Dolores la pasión de las telas por ostenta, y en consecuencia pedía prestados aquellos cuadros que sus amigos le indicaban, y apasionándose de su tarea más de lo que era lícito á sus fuerzas, solía pasar encerrada y de pie en su taller días enteros, después de haber distribuído á cada cual su tarea de colmena.—En todas las casas en que habitó, ora en el campo, ora en el poblado, dejaba siempre vacío el aposento más espacioso, y para dispensarse del gasto superfluo de amueblarlo convertíalo en taller, con un caballete y una silla. Y era así como imitaba al arte ó reproducía la naturaleza, con tan evidente talento, que pocas veces era fácil distinguir el traslado del original, ó viceversa.

No hemos contado uno á uno los cuadros de diversos tamaños que pintó Dolores en los últimos seis años de su vida; pero no podrán ser menos de treinta, y de estos algunos, como la escena famosa titulada *Une bonne histoire*, en que dos clérigos celebran á carcajadas cierta alegre anécdota, cubren una buena parte de la testera de su salón. Ultimamente, en el invierno pasado, rompiendo cajas de cigarros, trabajó con más coquetería que tesón una serie de vistas de Nápoles que aún en esa ciudad del arte habrían sido vendidas como de buenos artistas y por subido precio (1).

Sin embargo de esto, su modestia como artista no desmerecía de su timidez de mujer. Solía decirnos que cuando se veía obligada á penetrar por etiqueta á una casa de fuste ó á un salón de gentes estiradas «de temblaban las piernas de susto»; é igual estremecimiento experimentó en sus manos cuando le exigimos sus primeros trabajos para ser exhibidos en público. Habiéndose organizado una exposición de pinturas en septiembre de 1876, escribíanos en efecto desde Peñalolén lo que sigue, que naturalmente carecía de todo artificio y aún de la coquetería lícita en tales casos en la mujer hecha artista:—«Veo que quieres poner mis cuadros en la exposición del Santa Lucía, pero te digo la verdad que tengo miedo de exponerme á una

(1) En la Exposición de 1878 Dolores exhibió algunos cuadros y hé aquí lo que de ellos dijo un crítico:

“Varios cuadros de la señora Dolores Vicuña de Morandé, siendo notables un cardenal que con su familia sale á paseo y un cuadro en que se ve á dos campesinos y un fraile arrodillados ante un rústico altar. Se nota en ellos mucha tendencia á seguir la escuela de Mochi, que como se sabe, es un notable al mismo tiempo que armónico colorista.”

crítica que quizá la pretensión de colocarlos á la espectación pública haga justa; pues tú sabes que sólo soy una principiante y que sólo he pintado para adornar mi casita y entretenerme en los momentos que la atención de mi familia me deja libre; quisiera, pues, hermano, que hicieras ver los cuadros por alguna persona inteligente para que juzguen si se puede ó nó colocarlos como tú deseas.»

Al fin de alentarla, nosotros le habíamos trasmitido una opinión benévola pero efectiva del distinguido paisajista Smith sobre sus primeros ensayos. Mas ella atribuyó este estímulo á interesada diplomacia, y en esa misma carta nos daba este cariñoso y casi brusco desmentido. «Lo que me dices que dijo Smith *no lo creo*, porque él sólo puede haber visto los cuadritos que tú tienes.»

Tenía esto lugar en septiembre de 1876. Pocos meses después el artista chileno cuya vida acaba de ser contada en tan bellas páguas por uno de sus confidentes, se hallaba casi agonizante, y en tal apurada coyuntura alguien solicitó de mi generosa hermana y por mi conducto la hospitalidad de su casa de campo, es decir, su propia morada para prolongar aquella lenta agonía de un talento desvalido, y hé aquí lo que con corazón siempre bueno, entusiasta é inmensamente desprendido en esta ocasión ella nos escribía:

«Peñalolén, marzo 24 de 1877

Tu sabes que la casa que ahora ocupo es pequeña y edificada consultando la estricta comodidad de mi familia; pero para Smith, para el rey de los artistas chilenos, para el hijo de la amiga más querida de mi mamá, no faltará un lugar en ella, ni tampoco para su señora á quien tengo el gusto de conocer.»

Los artistas tienen por campamento el orbe y por cúpula la bóveda azul del firmamento, y así en todas partes se reconocen y se albergan como albergaba á sus numerosos huéspedes la sencilla castellana de Peñalolén y que en seguida lo fué de La Reina, fundo gemelo de aquél.

Era también DOLORES costurera y eximia bordadora, matizaba en la tela con la aguja con la misma facilidad que con el pincel, y como por sistema y hábito no consentía nunca en estar desocupada, pasó su última noche en casa de su madre bordando una alfombra de iglesia que, cual su vida, quedó sólo comenzada, como su último cuadro que era un templo pagano, el grandioso de Pesthum, cerca de Nápoles (1).

Pero donde lucía con el esplendor inextinguible del diamante en la roca de granito el mérito sólido y aquilatado de DOLORES era en el cúmulo de sus virtudes morales y en la manera de practicarlas. Fué bajo muchos conceptos domésticos una mujer antigua. Los adornos de su espíritu cultivado eran á su alma sólo lo que la guirnalda de oro que encuadra la rica tela de una concepción de gran valía. Su consagración á su esposo no tenía límites y creemos que su primera separación en dieciocho años fué la eterna. Con sus hijos ¡cosa rara y admirable en una madre santiguina! no tenía preferencias ni de afectos, ni de vanidad,

(1) En este cuadro figuran en torno de los muros del derruido templo griego siete vacas de la campiña napolitana y ese detalle vivo era lo único que le faltaba terminar á la artista cuando sucumbió. Esta circunstancia arrancó á una de sus siete hijitas esta tiernísima y delicada expresión: “Estas siete vaquitas de mi mamá somos nosotras... también hemos quedado inconclusas”...

ni de condescendencia, y si por ventura albergó su alma alguna atracción irresistible, supo ocultarla como una culpa. Sucesivamente vímosle en el curso de su vida de madre á la cabecera de cada uno de los seres á quienes había dado vida, y no conocimos diferencias en su preocupación, en su cuidado, en su ternísima abnegación, esta virtud sublime de todas las madres chilenas tan rara vez hallada en los varones. A los pequeños ángeles que se habían ido antes que ella mostrándole el camino... no los recordaba sino con sofocados sollozos.

Aunque solía sentirse ufana de las promesas de sus hijos, era vigilante, y como tuviese todas las debilidades santas del cariño se mostraba de continuo más ingeniosa que severa en las reconvenciones.—En una de sus últimas horas de íntima expansión referíanos que uno de sus niños había acogido con murmullo una orden suya, alegando que—«no lo dejaban estudiar á gusto», porque era tiempo de exámenes; y aunque la murmuración filial parecía justificada por su arranque; corrigiéndole la madre previsoramente, no con áspero altercado, sino devolviendo al campo un caballo que ese día había pedido para el solaz del niño. Y cuando éste á su turno fué á reconvenirla por aquella privación de un legítimo ó higiénico placer, limitóse ella á contestarle sonriendo que lo había hecho—«para que estudiase más á gusto».

Sus ideas sobre la educación física y moral de la familia reposaban todas en la moral más pura y en la santa modestia de las madres chilenas, estas mansas palomas de la techumbre protectora que se truecan enalcones sólo delante del ultraje ó del peligro. «Lo único que te encargo, nos escribía desde Peñalolén en junio de 1869, adelan-

tando la experiencia de su hogar al nuestro, que vino más tarde, lo único que te encargo es que desde hoy en adelante crie á tu hijita sin composturas ni salidas, origen de todas las enfermedades de los niños. Los chiquitos han de pasar todo el día con la ropa con que se levantan y más vale verlos sucios que enfermos; si yo no hubiera llevado este método con Pedrito, que es el único delicado que tengo, quien sabe si hubiera sufrido una desgracia.»

Y en ocasión posterior, aludiendo á una ruda campaña política emprendida sólo en nombre del honor, más que en el de la ambición ó el éxito imposible, nos decía:

«Que el nombre de mi hijita mayor sea el que corone tus nobles esfuerzos, son los votos de Juan de Dios y por consiguiente de tu amante hermana que pone tu causa bajo la protección del cielo.»

Estos votos así tan delicadamente formulados tenían una doble explicación, porque el nombre de «Victoria» que había dado á su primer nacida, consagraba á la vez la única gloria de Chile en la guerra con España y una ventura del corazón de su hermano acaso única también en el páramo de combatida vida.

Pero la base primordial, la ara verdadera en que DOLORES cimentaba la educación de sus siete hijos, que para su alma simbolizaban la escala de Jacob, era la religión.

La fe abrasaba su alma con intensidad parecida á la que devoró en su claustro de Avila á Santa Teresa de Jesús. Mas ella no encaminaba al cielo la suya sino á través de sus hijos y para sus hijos. Y de esto nos ha quedado dichosamente una prenda llena de ternura, de unción cristiana y de una sencilla elocuencia, con motivo de la primera comunión de su primogénito, celebrada hace tres

años en el Colegio de los Padres Franceses de Santiago, cuya conmovedora ceremonia comunicaba la madre al esposo desde la ciudad al campo en una carta hallada después de su desaparición del santuario de las consagraciones de la vida. En ella, sin pensarlo tal vez, la amorosa madre, parecía profetizar en cada línea su no lejano y hasta hoy no explicado fin, y así decía:

«Señor Juan de Dios Morandé.

Santiago, octubre 2 de 1879

Mi Juan de Dios:

Cuánto he sentido que tus ocupaciones te hayan privado de asistir á la primera comunión de nuestro Pedrito! Te aseguro que he pasado uno de los más dulces momentos de mi vida; tú sabes cuánto me conmueven las ceremonias piadosas. ¿Y cuál más tierna para mí que el ver á mi hijo asociado á los ángeles, lleno de unción y de pureza practicar el acto más importante de su vida, pues de sus creencias religiosas, de su fé, depende su felicidad, su porvenir?—Sí, mi viejo, cada dia se afirma en mí más la convicción de que el único bien de que el mundo no puede despojarnos, sin arrebatarlos todos los elementos de consuelo, es la religión. Y por eso es que mi mayor empeño es educar á mis hijos religiosamente, dándoles con esto el salvavida de las borrascas del mundo, donde quizás *no los alcanzará nuestra tierna solicitud*, pero donde sentirán siempre la influencia del cariño, de la ternura de los que les dieron impulso á su débil barquilla al principiar la vida.—Sí, hijo, las primeras piedras deben ser las más sólidas, el primer empuje el más recto. Dios hará el resto.

Así, dejó á Dios confiado el porvenir de mis hijos, segura

que los protegerá y nos reunirá algún día en el cielo, donde sólo *tendremos que esperarlos algunos años.*

Nunca había sentido el orgullo de madre más vivo que hoy; veía á mi hijo, á ese hijo de mi alma, un sér inteligente tributándole alabanzas á su Criador, dándole su amor, adorándolo, y he comprendido cuán grande es la maternidad que multiplica los seres para que adoren á su Dios.

La iglesia estaba adornada con flores blancas y con mucho gusto y orden; los niños muy respetuosos y recogidos. —Hubo muy lindos cántico de los otros niños del colegio, y una bonita y tierna plática que nos conmovió mucho, sobre todo á mí que soy tan amiga de ver en el porvenir; y cuando vi á mi hijo postrado al pie del altar me dije: “Señor, has que él haga su última comunión con la misma unción y pureza, *yo no estaré entonces allí, pero mi alma estará contemplándolo desde el cielo y desde allí le tenderé mis brazos.*”

DOLORES.»

Y bien, sólo así, cual os mostrais ahora, madre, esposa y mujer dulcísima, es como os recordamos con el amor infinito de las almas que no mueren, imaginándonos á cada instante que te divisamos allá, DOLORES, hermana y angel, entre tu padre y tu hermano que antes que tú se fueron, en la cúspide de la luz, con tus brazos extendidos sobre tu hogar y el nuestro como el ala del ave que de los espacios baja al nido y calentándolo con su sangre lo fecunda, lo bendice... y regresa otra vez hacia el empireo.

Realzó también el alma de DOLORES una virtud del alma rara en Chile—la lealtad del alma.

Tuvo no sólo la lealtad ingénua del corazón sino la transparencia de esa virtud que la sociedad claustral y

temerosa en cuyo seno vivía no siempre ostenta en sus hábitos ni en sus acciones, por tradición, por raza, y ¿por qué no decirlo? por egoísta y pusilámíne enseñanza.

Fué DOLORES, antes que todo, una mujer de verdad, y si su pincel pudo, sin esfuerzo diseñar alguna vez sonrisas plácidas en el semblante de sus ángeles, ó por ventura en el disfraz de sus personajes femeninos, no habría podido jamás arrancar aquellos falsamente á su rostro, fanal diáfano de su naturaleza, espejo luminoso de su ser.

Nótase por esto que todas sus amistades fueron tan antiguas como su existencia y tan sólidas como su virtud. No tenía DOLORES amigas por novedad ó por moda, sino por afecto ó por respeto, y sucedía que en los barrios en que habitaba, todas sus vecinas eran pronto sus amigas de corazón, casi su centro, como probáronlo el día de su cruel desaparición, y lo han seguido demostrando más tarde en el hogar en que se apagó su luz, mas no su memoria.

Pero en medio de sus afectos de familia prevaleció en la vida de DOLORES el cariño puro, natural y respetuoso de una santa mujer que le acarició cuando tierna criatura en sus rodillas y recuérdala hoy con la misma delicada ternura que desde pequeña le infundiera. Esa amiga de la infancia, de la juventud y de la edad de los deberes, fué la respetable señora Crnz Arriarán y Ríos, que disputaba á su madre, casi el derecho de haberla formado en el reflejo de una doble enseñanza, muro de por medio.

Y la franqueza genial de DOLORES no era ni liviana ni fácil, ni cómoda y de uso intermitente, porque de preferencia á otros ejercitábala consigo misma. Antes que el varonil inteligente esfuerzo de su marido le proporcionara hogar holgado, complaciáse en llamarse «pobre», y nunca

pagó tributo á la bajeza cortesana que se inclina ante el poderío ó el orgullo ajeno. Sin ser en manera alguna altiva, complaciase en encontrarse ante sí misma superior con los soberbios, y delante de su paso, sin ser nunca sombra ni envidia para ellos, nunca tampoco fué apresuramiento ni siquiera vanal complacencia. DOLORES había aprendido de sus padres el dón raro y divino de vivir contenta de sí misma.

Todo lo que hasta aquí llevamos dicho sobre aquella de nuestras amadas hermanas, de quien en la familia solían decir que, físicamente al menos, era gemela del que hoy en este libro la recuerda y precedióle por largo trecho en el sendero de la vida, pertenece á la comunidad de las almas y ha sido arrancado hoja por hoja á los recuerdos que durante cerca de cuarenta años resumieron dos existencias en una sola ventura doméstica.

Pero tuvo DOLORES una virtud preclara que necesariamente tornóse pública, y fué el motivo principal y el más justificado del luto casi universal que rodeó su tumba tan prematuramente abierta.—Esa virtud fué la santa caridad.

No era el amor á los desgraciados un accidente de la vida de aquella mujer que por su educación evangélica y los azares de la carrera de sus padres vivió siempre en medio de los pobres ó cerca de ellos. Era una propensión innata, silenciosa, irresistible de su sér; y si más tarde esa inclinación de su alma se hizo callejera y aún publicista fué porque ¡ay! en las sociedades modernas es preciso que el hambre grite entre los sórdidos para ser socorrido, es preciso que el dolor solloce entre los indiferentes para ser consolado.

Desde temprano tuvo DOLORES en su tierna, severa y

resignada madre un modelo sigiloso y alto para el bien y la plegaria. Pero la acción necesitaba más juvenil emblema, y cuando trasladó su hogar del campo á la ciudad, halló sin esfuerzos su ideal en una naturaleza angélica que Dios había depurado de toda envoltura terrenal, mediante la cabal y radiosa belleza interna del espíritu y la adorable beldad de su rostro de consuelos.

La siguiente carta, guardada acaso como otros guardan las reliquias de la fe dentro de marmóreas urnas, explica nuestro pensamiento y aquella conjunción de dos almas á cuya memoria la mía propia levantará humildes altares miétras viva, ame y admire:

«Señora doña Dolores Vicuña de Morandé.

Mi hijita querida:

Me fué imposible ayer ir á dar á usted la respuesta sobre su encargo. No pude moverme de casa, mi Dolorcita, y sólo muy tarde recibí contestación.

Siento vivamente anunciarle que no les es dado á las Hermanas de Caridad ponerse en evidencia, ni ocupar la atención pública, según las reglas de San Vicente de Paul, según me han dicho.—Así, pues, mi buena amiga, no queda esperanza por este lado.

Hoy, ó tan pronto como me sea posible, pasaré á ver á usted.—Le suplico disculpe mi tardanza involuntaria para contestar á usted; y asociándome con mi corazón á sus nobles sentimientos, soy su más apasionada amiga y servidora.

VICTORIA PRIETO DE LARRAÍN.

Casa de usted, diciembre 24 de 1877.

Un año rápido había trascurrido apenas de la fecha de esa carta que traiciona las nobilísimas complicidades del bien, cuando el alma que la dictara, á manera de blanca paloma restituída de la cautividad terrena al éter azulado, había volado al cielo... Mas, al alejarse «trazando con sus alas blandos espirales», dejaba trás su estela aquella «hijita querida», á quien tan cariñosamente acariciaba. Y ésta, á su vez, convertida en destello del alma ausente recogía con culto respetuoso su parte de herencia, de misericordia y de peregrinación. La hermosa corona que «Las Madres cristianas de Santiago» hicieron suspender sobre el sepulcro de la señora PRIETO DE LARRAÍN el día de su inhumación, en octubre de 1878, había sido dispuesta por su secretaria, es decir, por DOLORES, quien, á nuestra vista, la humedeció tiernamente con sus lágrimas.

Desempeñaba DOLORES el puesto que acabamos de señalar desde hacía algunos años, y llenábalo sin más bullicio que el de la oración en el templo y la visita sin ruido ni aparato á la apartada escuela y á la dispensaría, al arrabal y al lodo, á la cabaña y al moribundo.

Pero desde la desaparición de la señora PRIETO DE LARRAÍN, DOLORES, su fiel discípula, aspirando tal vez á sucederla, tomó coraje, y abandonando su natural timidez para lo que era público comenzó á hacer el llamamiento de los buenos, á su manera, atreviéndose en ocasiones á formular por la prensa proyectos y empresas de caridad que suscribía con sus iniciales alternadas por disfraz.

Perdiéronse muchos, casi todos aquellos generosos ensueños en el piélago revuelto de la diaria publicidad que remeda en las sociedades modernas á las fiebres intermitentes de la sangre... Durante una hora, cuando el repar-

tidor ó el correo toca á la puerta en la mañana, sobreviene el período álgido, y la fiebre roja de la curiosidad ó de la pasión enciende el rostro y el espíritu del paciente colectivo que se llama «la sociedad». Pero después de unos cuantos minutos, el enfermo arroja el diario y continúa el pesado marasmo y la inacción estéril, cuyo vértigo sólo sacude en ocasiones el lujo de la ópera ó el alza y baja de los valores de plaza ó de las especulaciones á la ventura.

De en medio de la universal indiferencia, mano piadosa ha escogido, sin embargo, algunos fragmentos de los esfuerzos que DOLORES hizo más de una vez por atraer á la sociedad al socorro perseverante de los desheredados, y el siguiente proyecto de conmemoración del año nuevo que apareció con sus iniciales y á manera de proclamación en los últimos días de diciembre de 1877, coincidiendo en su fecha con la carta ya citada de la señora PRIETO DE LARRAÍN presenta una de las facetas más notables de su modesta vida, la faz de la valerosa propagandista en el bien del pobre.

«AL EDITOR DE «EL FERROCARRIL»

Santiago, diciembre 27 de 1877.—Señor: Ponemos bajo la protección de usted y de la prensa en general, que siempre ha estado y está dispuesta á servir á los intereses de los desgraciados, el siguiente proyecto, y con su poderoso concurso esperamos que se haga camino hasta llegar al corazón caritativo de nuestra culta sociedad, entre la cual habrá una alma generosa que le dé impulso y vida, y ayuda de la poderosa cooperación de la prensa, nos haga ver que es posible realizar, en cada una de las parroquias de esta capital, la rifa que llevará pan al verdadero indigente,

haciendo así desaparecer de nuestras calles esos vergonzosos grupos de *fingidos menesterosos* que hacen alarde de su desnudez ó miseria, perjudicando de la manera más cruel al verdadero y honrado desvalido.

Soy de usted, señor editor, S. S.

V. D. M.»

Á LA GENEROSA Y CULTA SOCIEDAD DE SANTIAGO

Hay un día feliz que todos celebran, que todos esperan con placer, en el cual las relaciones se estrechan, en el cual todos se felicitan con más ó menos cariñosos obsequios, todos están alegres como la esperanza que divisa ya cerca la realidad de sus ensueños; todos esperan algo bueno, los unos honores, los otros riquezas y poder, otros más modestos y quizá más felices, que esperan ver realizadas las dulces y gratas afecciones de su corazón: todos esperan algo el día primero del año, rico siempre en promesas y con verdad ha dicho un célebre escritor: «La esperanza es el primer astro que se eleva sobre la cuna del género humano y el último que se estingue sobre su tumba.» Hay seres para quienes este acto brilla sólo al través de una nube de lágrimas y de dolor, hoy para ellos más empañado que nunca; estos seres desgraciados divisan con pena llegar un año más cruel quizá que el que ya nos dice su eterno adiós.

En otro tiempo, el primer día del año era costumbre en nuestra sociedad que en todas las casas se hiciera una especie de rifa, sacando de una urna el nombre de un santo que nos sirviera de intercesor en todo el año, piadosa costumbre, ya casi extinguida y que quisiéramos hacer revivir con una más piadosa, más generosa y grande, esto

es, con la caridad. ¡Caridad sublime! hermana predilecta de la esperanza, te invocamos con fé!

Decimos con fé, porque nos dirigimos á la filantrópica sociedad de Santiago, que acude siempre generosa á aliviar todas las penas y á enjugar todas las lágrimas, y por consiguiente acudirá con más razón hoy que sólo se trata de mitigar el hambre de numerosas familias con los desperdicios que diariamente se botan. No hay casa en Santiago que con lo que sobra de su abundante mesa, no pueda mantener tres ó cuatro personas, pero las majaderías de los pobres, sus exigencias y á veces su poca honradez, hace preferible botar estos desperdicios, que sería un succulento alimento si se lograra someter á los pobres á un reglamento mediante el cual los dueños de casa no fueran molestados.

Persiguiendo este fin, es que proponemos que la Sociedad de Beneficencia nombre varias comisiones compuestas de los curas, subdelegados y algunos vecinos para que investiguen la verdadera indigencia de las familias, y una vez ésta plenamente justificada, tengan derecho á un boleto de la rifa, que proponemos en las siguientes condiciones:

De los libros de la intendencia se toma la numeración de cada calle, y estos números, con el nombre de la calle á que pertenecen, se ponen en una urna, y el día 1.º de enero todo pobre, provisto de un certificado de la comisión, tiene derecho á sacar un número que le indique la casa donde diariamente debe ir á esperar á la puerta (jamás dentro de los dinteles de ella) las migas y las sobras de opulenta mesa, perdiendo este derecho el día que moleste con exigencias ó dé motivos de quejas, las que serán dirigidas á la comisión perdiendo por este motivo el derecho

á la caridad pública. Si la casa que la suerte le asigne no fuese opulenta, ó se negare á hacerle esta caridad, tendrá derecho á otro número y así con las sobras que diariamente se arrojan á las acequias y que ni los perros aprovechan, comerían miles de familias sin imponer más molestia que el que la cocinera ó el sirviente de la casa saque la olla al menesterosc que tendrá así un alimento seguro para sus desgraciados hijos.

Estamos seguros que nuestro pensamiento encontrará una generosa y simpática acogida en el benévolo corazón de las señoras de la sociedad en general, y creemos que la Sociedad de Beneficencia, considerando los inmensos bienes que esta rifa está llamada á hacer á las clases necesitadas de la sociedad, ponga todo empeño de su parte para reglamentarla y llevarla á cabo, si posible fuera, el día 1.º de enero de 1878.

Si tan felices fuésemos, cuántos bienes podrían dimanar sólo de un poco de buena voluntad, atrayendo sobre nuestros hogares las bendiciones de mil agradecidas familias y la de Aquél que dijo: «El que recibe uno de esos desgraciados en mi nombre me recibe á mí mismo»!

V. D. M.

Ignoramos la suerte que esa idea de caridad tan ingeniosamente elaborada encontró en el indiferentismo público. Pero ¿no es verdad que su adopción habría valido cien veces más que la pesada moda é infinita gabela de inacabable abrir y monótono leer que imponen las cartas tarjetas del 1.º del año, especie de contribución mobiliaria decretada por las prensas y las piedras litográficas sobre la paciencia y los bolsillos de los inscritos en las listas?

No dejaremos de notar por lo demás que el pensamiento

de DOLORES para convertir la vanalidad de los ricos en pan para los pobres confluía, acaso sin saberlo ella, con ardidcs semejantes más ó menos bién logrados en favor del menesteroso en otras sociedades cristianas y adelantadas. En muchas ciudades de Italia, por ejemplo, se han suprimido las felicitaciones postales, y cada cual deposita el presupuesto de sus tarjetas en la arca común destinada en semejante día al alivio y al socorro de los necesitados. Era eso mismo lo que su instinto de caridad alumbraba á DOLORES, y si hubiese vivido algunas horas más, tal vez con su perseverancia peculiar de mujer de fé habría sido una feliz iniciadora.

Como madre y como secretaria de la sociedad de las madres cristianas, vivía DOLORES siempre angustiada con la infelicísima suerte de la infancia menesterosa que es arrojada en nuestro país casi toda entera, como el vallico, á la fosa del camino ó del pantano. Y esto sin conocerse por muchos hasta hoy los terribles secretos de la miseria, para la cual no hay estadística escrita en nuestro país. Ah! Conócenla sólo, de cuando en cuando, los sacerdotes confesores en su cruel rejilla.

Alzaba por esto indignada su voz la joven matrona, y el siguiente escrito, que alguien copió de la prensa sin ponerle fecha ni el nombre del diario que lo dió á luz, descubre sus inquietudes, sus proyectos y sus esperanzas, en ese camino de punzantes asperezas é indecibles rubores:

«Es una vergüenza para el país que casi todos los días en los diarios se diga en tal ó cual calle se ha encontrado un párvulo abandonado: vergonzoso y triste es el espectáculo que todos critican y nadie procura remediar ni investigar la causa de tan repetidos crímenes. Nosotras, re-

celosas de la crítica y llenas de temor, nos atrevemos á indicar las causas y á proponer un remedio que si no es del todo eficaz, al menos evitará tan tristes escenas.

Una mujer de la clase proletaria, seducida ó siguiendo el impulso de la naturaleza, es madre y desde el momento de la concepción principian para ella amargos sufrimientos. Ya no puede como antes ocuparse de trabajos pesados; tiene que renunciar á ellos y al alimento que éstos le procuraban. Viene en seguida una época que la imposibilita para ganar un pan, llega el parto y se encuentra estenuada por el hambre y los sufrimientos, nace su hijo y la infeliz madre carece, junto con él, de todo lo más esencial para vivir; no tiene un colchón en que pasar sus dolores, no tiene muchas veces un techo que la cobije, pues su estado la obliga á dejar la casa de sus mayores que, pobres como ella, no pueden soportar el aumento de la familia; y en medio de tantas angustias para la infeliz mujer ¿qué hace el padre de ese niño á quien en mala hora dió el sér? Ha olvidado ya hasta el nombre de la infeliz mujer que siendo la más débil, lleva sola la más pesada carga, mientras él, sin obligación legal ninguna para con ella ni para con su hijo, sigue impune haciendo nuevas víctimas. ¡Extraña y triste situación de la mujer, situación hasta en los animales desconocida, porque generalmente el padre ayuda á la madre á alimentar y cuidar á sus pequeñuelos hasta que éstos pueden hacerlo por sí mismos!

Se conoce que los hombres han hecho las leyes que tanto los favorecen y que dejan sin ningún apoyo á la pobre mujer abandonada del que debía ser su protector. ¿Qué hará ella, pues, en tan desesperada situación? Abandonar á su hijo ó presentarse ante el juez, pero ¿á qué? Para que le digan la razón concluyente—*ese hijo no es mio*, conclu-

yendo con estas palabras todos los deberes que la paternidad le impone? La pobre mujer no puede jurarlo por más honrada y virtuosa que sea, porque no es válido su juramento: tiene, pues, que callar y seguir amamantando con lágrimas al hijo de sus entrañas, condenado como ella á la miseria y al más cruel abandono.

¿Por qué, pues, se culpa tanto á las pobres mujeres? ¿Por qué se les deja á ellas solas tan pesada carga? ¡Ah! la que se resigna á llevarla con dignidad y honradez, ve desaparecer á su hijo arrebatado de entre sus brazos por la miseria y la necesidad!! ¡Oh! infelices madres, apurad todo el cáliz de la amargura, bebed hasta las heces la copa que el infortunio os preparó, pagad con el más cruel de los tormentos,—cual es ver expirar á un hijo,—el momento de debilidad en que te entregaste al infame que os abandonó junto con su hijo: sufrid, sufrid cuanto sea necesario sufrir antes que abandonarlo; mostrad y probad que siendo la más débil soportais con resignación las cadenas que las leyes de los hombres han echado á vuestro cuello, que para vosotras, desgraciadas madres que bañais con lágrimas la cuna de vuestros hijos, que así como sólo hay vergüenza y miseria en la tierra, habrá un lugar en el cielo ganado con los más crueles sufrimientos.

Nos dirán, «no hay remedio para esta clase de males»: estas son las leyes de la naturaleza. Nosotras diremos: nó, y mil veces nó; pues los animales nos demuestran que esta no es una ley natural, porque si bien es cierto que algunos de entre ellos desconocen la paternidad, son aquellos que pueden procurarse, desde que nacen, su alimento, y no los que nacen tan desvalidos como el hombre. ¿Por qué, pues, tanta injusticia? ¿Por qué dejar todo el cuidado del hijo á la madre? Pues aunque las leyes aparentan protegerla,

son necesarias pruebas que una mujer no puede dar, porque su palabra no es válida y una sola del hombre basta para concluir con todas sus razones y quedar él autorizado para dejar en la misma situación veinte ó más mujeres sin derecho á exigir de él la menor protección para sus hijos y menos para ella.

Nosotras quisiéramos, pues, que nuestras leyes se igualaran en esto á la de los Estados Unidos, donde el juez, cura ó subdelegado llama á la mujer que está en cinta y bajo juramento la obliga á decir quien es el padre de su hijo, el que á su vez es llamado, y en la misma forma se le pregunta si él es el padre de ese niño. Si en sus contestaciones están desacordes se llaman uno ó dos vecinos, y si ellos dijieran que la voz pública —que nunca se engaña— lo designa á él como padre de ese niño, queda obligado, si no á casarse, á pagar los gastos de la enfermedad de la mujer y darle lo necesario para el sostén del hijo por un tiempo que la ley señala.

Se nos dirá que esta ley, entre nosotros, no haría sino fomentar el vicio y dar lugar á abusos; sabemos que tiene sus inconvenientes, pero ¿qué quereis que se haga? Indicad, pues, los medios para que pueda subsistir una mujer con dos ó tres niños pequeños y con necesidades. Ellas tienen que tener casa, comer y vestir, y ¿cómo podrá proporcionarles esto su madre? No hay más remedio que obligar al padre á socorrer en sus primeros años al hijo; de esta manera sería la ley más igual y los hombres tendrían algún freno en sus pasiones.

Hay, á más, otro medio, y éste no es tan difícil como á primera vista se cree.

El Gobierno piensa invertir cuantiosas sumas en la colonización del sur de la república, donde cada colono ex

tranjero le importará lo que le importaría arrancar del hambre y de la muerte, veinte mujeres y veinte niños chilenos. Es á este punto donde el Gobierno debe dirigir sus miradas, seguro que esté en el mejor medio de poblar al país. ¿Por qué tanta protección al extranjero y tan poca ó ninguna á los hijos del país? A aquellos se les piensa abonar—30 centavos diarios para su comida, además cosechan y se les da una vaca parida y una yunta de bueyes. ¿Por qué, pues, no se invierte esto en sustentar á tantas infelices madres que recorren nuestras calles cubiertas de harapos, buscando con que alimentarse para poder criar á su hijo? Si esto se hiciera, no se vería, con vergüenza, el guarismo inmenso de mortalidad de párvulos que arroja nuestra estadística, y que sobrepasa á la de todas las naciones civilizadas de la tierra, ni tampoco se verían las madres en la dura y cruel necesidad de abandonar al hijo infeliz que la ley y su padre abandonó.

M. V. D.

No leerán tal vez con favor el fragmento que en seguida vamos á reproducir los que con justicia ó sin ella sostienen el absoluto albedrío del ejercicio de las profesiones, sin excluir aquellas que se ejercitan sobre la existencia misma de las criaturas libres ó esclavas, y en nuestro país deciden sin apelación ni correctivo entre la vida y la muerte. Pero, DOLORES ambicionaba llevar al hogar de los enfermos la misma limitación que la miseria impone á su escasa dieta y á su curación precaria.—El enérgico y tal vez un poco, económicamente considerado, atrabiliario proyecto que su celo en ese particular le inspiró y que algún diario de Valparaíso ó de Santiago registró en su tiempo, estaba concebido en los términos que en seguida copiamos:

«Hemos notado en una correspondencia de esta ciudad á *El Deber* de Valparaíso, que la Junta de Beneficencia, se ha visto obligada á tomar parte de sus capitales para hacer sus gastos.

Esto ha sorprendido al señor Ministro, pero nó á nosotros que sabemos la causa y origen de los excesivos gastos de los establecimientos de Beneficencia y sobre todo de los Hospitales. En las manos del Gobierno está el remediar este gravísimo mal cuyos alcances toman cada día más proporciones.

Los hospitales fueron y son fundados para socorrer á los indigentes que no pueden curarse en sus casas; pero hoy son también indigentes las familias que no pueden gastar cuatro pesos diarios, que es lo menos que cuesta sostener un enfermo á domicilio; pues el médico cobra *dos pesos*; un peso ó más la medicina; otro peso más ó menos la dieta. La familia que ve postrado en cama á su padre, echa mano de sus pequeños ahorros; luego después de su mobiliario, y cuando todo se agota, menos el cariño, recurre como á una única esperanza, al triste hospital.

Allí entra un padre de familia honrado y laborioso que pudo haberse curado en su casa, asistido por su mujer é hijos con todo cariño y solicitud. Recurre, pues, á la caridad pública, siempre más generosa que la de un particular. Su familia, por darle una medicina, quitaba de su boca el pan de dos ó tres días.

Este es el origen de la afluencias de enfermos á los hospitales, no sólo de la ciudad, sino que diariamente llegan en los ferrocarriles tres ó cuatro enfermos que muchas veces no tienen donde hospedarse, porque no hay una sola cama vacante en los hospitales, y más de una vez hemos visto algunos de estos infelices sentados en los sofás de la

Alameda con un rostro cadavérico implorando la caridad pública para tener con qué pagar una triste posada, mientras las sociedades de Beneficencia perecen, mientras mucha gente muere sin más remedios que los de nuestras famosas médicas, á quienes pueden pagar cincuenta centavos, ya que son tan pobres que no pueden dar tres, cuatro ó cinco pesos al caritativo médico que llega á su triste lecho.

Estamos en épocas de innovaciones, muchos empleados van á quedar sin trabajo y sin pan, pero así lo requieren las necesidades y nos sometemos á ellas.

Ponga el Gobierno con igual firmeza la mano sobre el mal que le dejamos indicado, y aunque tenga que luchar, deje ver una conducta cumplida en beneficio del público y sobre todo del pobre menesteroso, el mote de nuestras monedas «*Economía es riqueza*», «*Por la razón ó la fuerza*»

Dijimos antes que DOLORES había asumido cierta individualidad entre el grupo de las generosas señoras que en la capital reparten con el método de las hormigas los dones de la caridad, desde que la señora VICTORIA PRIETO DE LARRAÍN había sido llamada al merecido reposo de las santas. Pero su propaganda secreta para el socorro de todos los dolores humanos, y especialmente los de la mujer, venía sucediéndose desde que, formando hogar aparte, había tenido ocasión de conocer más de cerca las infelicidades de las que amamantan sus hijos con el hambre de sus entrañas. Un diario de Valparaíso publicó, en efecto, el proyecto especial de socorros que va á leerse á continuación y que parecería calcado sobre las *crèches* francesas, si su autora las hubiese conocido — Copiamos en esta ocasión del MERCURIO del 20 de junio de 1871.

«El MERCURIO es el diario más antiguo de Chile, y como más viejo, más bondadoso. Esto lo deja ver en la publicación diaria de muchos remitidos de pobres que, como nosotras, no teniendo otro medio de hacerse oír, y confiadas en su bondad, dirigimos estas líneas á las caritativas señoras de Valparaíso y Santiago. Para lograr nuestro objeto desearíamos que los diarios de la capital reprodujeran nuestra humilde súplica.

Señoras: no os vamos á pedir una limosna, pues sabemos que vosotras hacéis muchas y muy grandes en todas esas sociedades que habéis fundado para aliviar al enfermo, para recoger al huérfano, para dar asilo á la mujer que, cansada del mundo y sus vicios, se arrepiente y busca en la virtud los goces verdaderos. Todo esto nos es conocido, y por lo tanto no es una limosna lo que os pedimos, sino vuestra caritativa protección, á fin de que nos proporcionéis trabajo para nuestras hijas, pues ha llegado el día en que una joven pobre y medianamente decente no encuentra una ocupación que le dé una pequeña utilidad para ganar honradamente su subsistencia y la de su anciana madre.

Todas las puertas están cerradas para nuestras pobres hijas, porque faltándoles el trabajo adecuado á una mujer joven y virtuosa, les falta todo. Antes había mil medios de ganarse la vida, ya bordando, cosiendo camisas de hombres, ropa para niños, y aún vendiéndolas en las tiendas de nuestros padres ó amigos de éstos: pero todos estos honrados caminos están cortados hoy, porque esas pequeñas industrias están monopolizadas ó en manos de extranjeras, que siempre obtienen mayor protección del público. ¿Qué caballero se pondría hoy una camisa, por bien hecha que fuese, que no fuera de la *Ville de Paris*? ¿Qué señora

pondrá á su hija un traje que no sea de la tienda de Guerin? ¿Quién pondrá, en fin, en su ropa los bordados que no sean extranjeros, aunque inferiores á los de nuestras hijas? Muchas excepciones hay por la necesidad, pues no todos pueden comprar ropa hecha, pero se avergüenzan de decir que es *hechizo*, es decir, hecho en el país, y siempre que llevan algo bien hecho, dicen que lo compraron en tal ó cual tienda, quitándonos así la probabilidad de un nuevo parroquiano.

¿Dónde, dónde, pues, encontraremos trabajo? ¿Dónde la tranquilidad para nuestros corazones, que luchan constantemente con la honrada miseria y las tentaciones que el mundo ofrece á nuestras hijas? Ay! vosotras que sois madres comprenderéis nuestras angustias! ¿De qué nos sirven hoy los inmensos sacrificios que hemos hecho para que nuestras hijas se eduquen y aprendan á ganarse honradamente el pan? ¿De qué? ¡De nada! Y por eso es que nos dirigimos á las que también tienen entrañas de madres, pidiéndoles tiendan una mano protectora, para no pedirles más tarde un asilo de caridad donde vayan á llorar sus extravíos seres que tanto amamos.

Ahora tiempo fundasteis una sociedad contra el lujo, cuyos resultados nadie ha visto y cuyos beneficios nadie ha palpado. Fundad hoy otra, que, con distinto nombre, os conducirá insensiblemente al fin que os proponéis, haciendo más inmensos beneficios. Esta no os demandará sino pequeños sacrificios de vanidad, que serán tan dulcemente recompensados con el bien que haréis á madres menos felices que vosotras. Estended, pues, vuestra mano protectora á la humilde joven que cuida de una familia que carece de toda fortuna, á la niña que no se atreve á

pedir limosna, á la joven madre que necesita pan para sus hijos.

Ah! madres! oidnos! no seáis egoístas! Puede llegar un día en que la suerte coloque á vuestras hijas en la necesidad de trabajar para comer, y entonces ellas añadirán sus bendiciones á las nuestras; entonces comprenderiais qué consuelo es para una madre poder dar trabajo á sus hijas!

Permitidnos indicaros las bases de tan benéfica institución, pues ella sería en beneficio de todas las clases de la sociedad, así es que os pedimos os ñjéis en las indicaciones que, como las más interesadas, os hacemos á continuación.

Que se reúnan 30 ó 40 señoras y todas se suscriban para los primeros gastos de instalación con 50 centavos mensuales; que se determine un local donde se comprarán todas las obras de nuestras obreras, siempre que éstas estuvieran bien trabajadas, como bordados, miriñaques, cuellos, ropa de niños, gorritas, babadores, ropa blanca, etc., etc., que allí mismo las socias tengan buenos géneros, figurines; patrones de bordados y toda clase de útiles de costura, donde la joven vendedora pueda proporcionarse buenos materiales, pagados con el producto de su obra ya vendida; que las socias se comprometan á comprar en este establecimiento todo lo que necesiten ellas y sus familias, pagando un 5% más caro de lo que la casa lo había comprado y dejando esta pequeña ganancia á beneficio del establecimiento para ver si con el tiempo puede llegar á sostenerse por sí mismo, contando con la decidida protección de varias familias, á las que se procuraría servir con toda puntualidad. Allí la señora podría escoger los géneros y los moldes que necesitase para hacer ropa á sus niños, de todo lo que dejaría un minucioso apunte la persona encar-

gada del establecimiento, y ésta daría ese trabajo á la obrera más entendida y prolija.

¡Cuántas molestias no se evitarían así las señoras, cuántos ahorros y sobre todo, cuánto beneficio para los pobres! Y para esto sólo se necesita *caridad*; palabra sublime que tantos tesoros de consuelo encierra para la que sufre.

Esta es nuestra idea, y deseando que encuentre aceptación entre vosotras, nos lisonjea la esperanza de veros pronto formando una sociedad que sea el baluarte de la virtud de nuestras hijas.

Espero en Dios y confío en vosotras que no desatenderéis las súplicas que por muchas os hace.—UNA MADRE.

En ocasiones, para hacer más denso su difraz ó para exhibir de una manera viva y práctica la pintura de los males y dolores que denunciaba la tímida cuanto ingeniosa escritora, usaba también con admirable propiedad en sus comunicaciones á la prensa el lenguaje de los huasos. De esta naturaleza es el curioso escrito que publicó en favor de los campesinos en el MERCURIO del 12 de mayo de 1871, el cual, por su novedad y gracejo alcance, reproducimos más adelante.

DOLORES, como muchas nobles chilenas, tenía no sólo el sentimiento de la caridad sino su ingenio, su adivinación, su perseverancia infinita, su verdadero genio, cual lo tuvo el santo de las Landas, San Vicente de Paul.

Hemos pasado hasta aquí en prolija, cariñosa y tal vez mínima revista los servicios de propaganda y difusión cristiana y suplicatoria, pero inteligente y vivaz, que DOLORES prestó en favor de la misericordia social y doméstica debida al niño, es decir al huérfano; y la mujer, es decir, á la madre, á la viuda y aún á la culpable desventurada; y esto

hemos hecho porque nos proponíamos justificar ante sus propios benévolos jueces, que han fallado ya, sobre su mérito verdadero y realzándolo con sentidas ovaciones, cuánto fué acreedora á ser bendecida y á ser llorada.

Y ahora que nos acercamos á la tumba que recibió tan tiernos é inusitados homenajes, deberemos agregar todavía una palabra sobre lo que una hermana de cuya memoria viviremos eternamente orgullosos, hizo por su patria en sus días de prueba, confundiendo en el mismo altar de los sacrificios la gloria y la misericordia que tuvo á cargo, como la vestal romana, guardar y distribuir.

Todas las guerras que desde David han assolado al mundo han sido hechas más ó menos por los hombres y para los hombres, por sus iras, por sus provechos, por sus pasiones ó por sus locuras. Pero esas mismas guerras, inclusa la de Troya, han sido emprendidas de hecho contra la mujer. Los varones, es decir, los fuertes, se alistau, marchan, combaten y vuelven al hogar y á la patria fieros ó inanimados sobre el broquel ó con el broquel; pero en todos esos actos que el fuego de la gloria calienta y exalta, encuéntrase cierta participación voluntaria que da conciencia y vigor á su espíritu, á su responsabilidad, á su abnegación de hombre, á su magnanimidad de combatiente. Mas la mujer que no tiene albedrío sino resignación, la mujer que no manda porque sólo sabe amar y obedecer, es la verdadera víctima expiatoria señalada por los holocaustos perennes y sin estímulo ni retribución. En tales casos las más afortunadas son aquellas que no teniendo deudos que llorar consagran sus mejores horas al alivio de los que padecen las heridas del acero ó del plomo, al consuelo de los que sufren los invisibles dolores de las almas que han quedado sobre la tierra, huérfanas, viudas ó desamparadas.

Entre éstas, las señoras de Santiago, desde la primera hora de la presente, cruenta y prolongada guerra que ha pasado su hoz sobre la vida ó la salud de veinte mil chilenos, colocáronse á la altura del más generoso patriotismo y de la abnegación más probada en el desinterés y en el trabajo. Nosotros vímoslas [en grupo, después de haber erigido costosos hospitales de sangre en diversos barrios de la ciudad, vímoslas, decíamos, servir por sus propias manos á los heridos que nos devolvían las batallas, enjugando muchas veces sus lágrimas de compasión con el mismo blanco delantal que vestían en la amputación ó en la cocina. Santas y sublimes mujeres, cuántas y cuán generosas lecciones habéis dado á los grandes egoístas.

Pero no todas en la falange habrían de tener igual misión, y un día en que por una hoja suelta la Sociedad Protectora establecida en Santiago desde la primera semana de la guerra, anunció que no le era dable continuar haciendo extensivos sus socorros á una infinidad de albergues de soldados, por la escasez de sus recursos, un grupo de señoras, en su mayor parte jóvenes madres, ocurrió á la cita que se daba en un arrabal para arbitrar algún medio caritativo.

Desde esa fecha, que fué la del 12 de diciembre de 1880 quedó fundada la «Sociedad del Perpetuo Socorro», nombre que se juzgó adecuado á la situación y al objeto que la instituyera. Y, recuerdo doloroso que clava en el alma espina punzante, las dos jóvenes damas que iniciaron aquel movimiento redentor, la señora Juana Tagle de Iñiguez, su primera vicepresidenta, y la señora Dolores Vicuña de Morandé, su primera secretaria, heridas sucesivamente por el mismo rayo, duermen hoy la una junta á la otra mucho antes que la hora del natural reposo hubie-

se llegado para ambas. ¿Matólas por ventura casi juntas el ángel de los desvelos?

No nos detendremos en las obras de misericordia que planteó la «Sociedad del Perpetuo Socorro» desde su fundación hasta la muerte de la que, con el calor de su alma y la vivacidad siempre alerta de su ingenio diérala recursos, pan, albergue, escuela, vida normal y casi venturosa.

Nombrada uno ó dos meses después de la instalación presidenta, es decir, directora general de aquella administración delicada, difícil, compleja y llena de zozobras y de lástimas, DOLORES realizó en pocos meses, ayudada por media docena de amigas y especialmente por su secretaria la diligente y evangélica señorita Lucrecia Calvo, verdaderos prodigios no sólo de caridad sino de administración. Desempeñaba a la vez el rol de la hormiga y de la abeja reina en el haraposos enjambre. Juntaba á domicilio las provisiones y las telas más humildes y en el taller, en la enfermería y en la escuela destilaba en seguida la miel acopiada de los consuelos vertiéndola gota á gota en los labios y en los pechos lastimados de los que gimen y de los que en silencio padecen.

Durante los primeros doce meses (de diciembre de 1879 á diciembre de 1880) colectó así, en dinero, con afán y diligencia infinitos, no menos de diez mil pesos, y en especies pedidas al hacendado, al banquero y al simple menestral, una suma tal vez mayor. Y con este acopio sustentó en comparativa abundancia su hambrienta y desnuda grey femenina de invierno á invierno, desde Tacna á Lima.

Con admirable previsión buscó también para sus instalaciones los barrios vecinos al Matadero porque sabía que en las grandes ciudades los más viven de los desperdicios

de los menos, y gracias á estos artificios multiplicados por el trajín personal y la viveza de su espíritu erizado de ardidés, logró albergar y mantener 918 desdichadas, repartiéndolas no menos de 506,822 raciones en bien dispuestos asilos arrendados por contrata. Ella misma guardaba las llaves de cada despensa, y cada mañana, hecha la distribución del hogar y del templo, cumplía su deber enseñando con el ejemplo á bien vivir á los demás aun en medio de los dolores y de las miserias incurables.

Y no contenta con repartir así el pan del sustento y el jabón del aseo en doscientas ó trescientas familias, empeñábase en lavar la mugre moral de aquellos seres con el estímulo, con la escuela y la predicación hecha á su manera. En más de una ocasión visitamos en su compañía la escuela del Matadero que ella fundó, á la cual asistían hasta 140 asilados de ambos sexos, cuyo cuidado compartían las dos sociedades juntas que á ella y al que esto escribe cupo presidir.

Un detalle doloroso se ha grabado en nuestra memoria de aquella ú otra visita de esos días.

Durante el primer año nacieron en los diferentes asilos del Perpetuo Socorro 102 niños y murieron ochenta! La guerra no sólo mata en los campos de batalla, porque mata también en los regazos sin abrigos, en los alumbramientos sin leche y sin caldo, en el desamparo del vicio ó de la culpa...

Otro detalle, que pinta la índole peculiar de la administración del Perpetuo Socorro. En las cuentas de entradas y gastos de DOLORES que llevó con la más escrupulosa contabilidad, como lo hacía con sus propios gastos do-

mésticos, aparecen distribuídos entre los asilados 75 escobas y 300 peines...

Otro detalle todavía, nimio tal vez, pero que completa en su propia humilde significación la calidad de su carácter completo en todos sus nobles atributos.

Disponía DOLORES que la más formal de sus asiladas cuidase del orden, de la policía y del aseo en aquellos conventillos que el hábito de los campamentos entre las compañeras de los soldados solía hacer turbulentas y aun agresivas. Estos guardianes de la paz doméstica tenían el nombre de «porterías», y éstas, á pesar de su miserable humildad, eran tratadas con el más inalterable respeto por su fundadora. La siguiente esquelita que no sabemos cómo hemos encontrado entre nuestros papeles, escrita en una tira de papel, descubre como DOLORES respetaba aún el rubor de las limosnas:

«Señora portera:

Déle casa y comida, con puerta á la calle, á la portadora, porque tiene su padre muy viejo.

DOLORES VICUÑA DE MORANDÉ.»

Fué obra de justicia estricta, por consiguiente, que cuando antes de los premios sangrientos de la guerra, el Congreso se propuso recompensar las acciones cívicas con medallas de oro, la fundadora del Perpetuo Socorro fuera incluída en la lista de honor por la primera autoridad de la provincia en los términos que aquí se copian:

«Es acreedora al premio ofrecido la Sociedad del Perpetuo Socorro, que ha tenido por objeto proporcionar casa y comida á las mujeres de los soldados que se encontra-

ban en el ejército espedicionario del norte, y dar instrucción á los hijos de las mismas, para cuyo efecto ha fundado varias escuelas. Su presidenta ha sido la abnegada matrona doña Dolores Vicuña de Morandé, que siempre se ha mostrado activa y celosa en el cumplimiento de sus propósitos» (1).

No entraremos en el pormenor de la misericordia femenina y de sus obras puestas al amparo de una sociedad que como la Protectora, su hermana de leche y de lágrimas, necesitó vivir de la publicidad, y á este respecto como un póstumo hemenaje á la solícita obrera que todo lo improvisó de la nada, imprimiremos más adelante algunos de los documentos públicos ó privados que ponen en evidencia su actividad, su acierto y su logro.

Pero antes de cerrar esta página de los recuerdos de la caridad en acción, de la magnanimidad batalladora que forma los verdaderos héroes de la presente edad del mun-

(1) Por ese mismo tiempo los diarios ilustrados de la capital dieron á luz el retrato de la señora Vicuña de Morandé, y una publicación popular le consagró, á manera de décima, la siguiente sencilla poesía alusiva á su caridad y á su arte:

“Si nacida ella hubiera
En el tiempo glorioso en que la patria
Tuvo una Paula Jara,
Su digna émula fuera:
Pero nació en el tiempo afortunado
En que á Chile risueño el orbe ve
Progresar y ser rico y envidiado,
Y Rosa Bonheur fué....
Si es hermoso ese cuadro que ella pinta
Llevando en su pincel la inspiración,
Más hermoso es el tiempo que ella emplea
En prodigar solícito cuidado
A la esposa y al hijo del soldado
Que por la Patria muere en la pelea.”

do, no podemos menos de consignar en este lugar de preferencia una santa inspiración de aquella mujer infatigable, destinada á hacer permanente los frutos que la experiencia de la guerra había puesto en su conciencia y en su mano, contenidos en el siguiente llamamiento, que si ella hubiera vivido habría de seguro llevado algún día no lejano á cabo.

«Hoy, decía en su especie de solicitud que dirigió por la prensa al Gobierno y á la sociedad, hoy que tanto preocupa á la administración la triste suerte de los infelices hijos de la clase proletaria que sólo nacen para sufrir y morir en brazos de sus desgraciadas madres, vamos á permitirnos hacer algunas indicaciones que si bien parecerán extrañas están perfectamente ajustadas á la caridad evangélica, que hace del más desgraciado de nuestros hermanos el más digno de nuestra conmiseración.

La mujer que tiene un niño en sus brazos tiene que renunciar á todo trabajo retribuido, y sacrificar al hijo al salario que el trabajo exige.

Este es el punto de partida: la mujer que por causas que no es del caso especificar, da á la vida un nuevo sér que nace al mundo sin padre, el que debe ser su protector natural, queda á merced de una infeliz mujer tan débil como él, pues los cuidados que él reclama, su alimentación exige atenciones para la madre que nadie ofrece á una criatura quizá más desgraciada que envilecida, á la cual todos rechazan excepto Dios que la conforta y le manda criar á su hijo; pero la sociedad la rechaza cruelmente poniendo en su frente un sello de ignominia, lo que la envilece para siempre; y si aún queda en su alma la fe, obedece á Dios, toma su hijo, lo cría, pero no puede trabajar; mendiga su pan y el de su hijo, pan insuficiente para su

subsistencia, su hijo más débil sucumbe el primero y al fin ella paga con su vida su falta y su miseria.

Esta es la historia de todos los hijos de las mujeres que caen, felices aún si sus madres para escapar á la vergüenza no se hacen monstruos que abandonándolos á la caridad pública no oyen sus jemidos y se evitan el dolor de verlos morir de necesidad.

Nadie podrá negar que lo que dejamos dicho es la estricta verdad. Ahora para remediar tantas desgracias, para proteger á las inocentes vidas de tantos ángeles que nacen en el lodo, en la vergüenza y la miseria, vamos á proponer un medio que ya ha dado muy buenos resultados en algunas sociedades de beneficencia donde se ha puesto en práctica. Para esto sólo se necesita voluntad por parte del Gobierno el cual tendría que sacrificar algunos miles de pesos, cantidad bien insignificante dado el humanitario bien que ellos iban á prestar á los seres más desvalidos de la sociedad: á la mujer desgraciada y al inocente niño.

Si hay caritativo asilo para la mujer que siente los dolores del alumbramiento; si hay una casa de amparo para el hijo que abandona; si hay fondos con que pagar á una mujer extraña la crianza del mísero huérfano, ¿por qué no puede haber un establecimiento para la madre que oyendo los gritos de la naturaleza, sintiendo los jemidos de su niño quiera ser ella misma la nodriza de su propio hijo y encuentre para cobijarse un techo y un pedazo de pan que asegure la subsistencia de ambos?

La Sociedad del Perpetuo Socorro, cuya memoria hemos leído hace poco, ha amparado durante la guerra á 900 mujeres con un gasto anual de 9,000 pesos, es decir nueve pesos por persona, dándoles pan, techo y una abundante comi-

da. Estos son prodigios de la caridad que pueden repetirse para salvar de la muerte á 9,000 niños. No se diga que esto sería fomentar el vicio, porque nadie entra en él para tener que comer una ración de hambre; por el contrario, una institución así sería profundamente moralizadora y sería la redentora de la mujer casada que hoy es un verdugo, una víctima ó un monstruo, y esta institución la haría madre, esta institución le enseñaría el amor al trabajo, pues este sería proporcionado á sus fuerzas y le serviría para obtener su vestuario y todas las cosas indispensables en la vida. La casa sólo les daría un hogar y un plato de comida, defendiéndola á ella y en ella á su hijo del hambre, del hambre que mata lentamente en una cruel agonía al hijo que estruja el exhausto pecho de su madre. Entonces el Gobierno que sostiene, que ampara la mísera niñez de la clase proletaria, y á la mujer desgraciada, tendrá el derecho de pedirle más tarde á esa mujer el hijo que él ha sostenido para que vaya á conquistar glorias para su patria, para que levante su poderoso brazo en defensa de la patria que verdaderamente fué su madre, dándole los medios de honrar á la que le dió el sér.

Madres infinitas hay en Chile que estrechando contra su corazón dichoso á sus hijos piensan con pena que hay madres infelices á quienes el hambre y la miseria arrancan estos pedazos de su corazón, ya para arrojarlos en un asilo de caridad, ya para confundirlos en la fosa común de nuestros cementerios. Las madres felices deben hacer un llamamiento. El Gobierno á ellas debe entregar estos asilos de misericordia, y las señoras no serán sordas al clamor de la inocencia y de la desgracia.

Y en medio de todo esto, que era la acumulación de la clemencia, del deber y de la abnegación patriótica, fué cuando la muerte implacable aparecióse una mañana en el santuario, y derribando de súbito su puerta postró á la criatura escogida y benéfica en las gradas mismas del pórtico del bien en que, rodeada de ajenas aflicciones, oraba y sufría.

Es este último trance, postrera hez del cáliz de amargura que todavía apuramos, lo que nos queda por contar de una vida tan amada y tan digna de durable recuerdo entre los buenos, y á ello procedemos sin ocultar á nadie la profunda aflicción que nos oprime.



II

LA MUERTE

II

La Muerte

...Era el 6 de diciembre, día de luz, confluencia de la atmósfera escandeciente del sol y del más brillante de sus satélites, y todas las gentes más ó menos capaces de comprender aquel raro fenómeno parecían dispuestas á consagrar aquella mañana como una festividad de observación y maravilla. Era casi un espectáculo nacional, algo como el «Dieciocho del cielo», que un sol de septiembre encendía y alegraba.

DOLORES, como siempre en casos semejantes, mostrábase entusiasta, curiosa, llena de emociones y de preparativos. Su actividad intelectual como su salud exterior ostentábanse unidas en su simpático rostro perpetuamente lleno de sonrisas. Su edad era todavía la de la juventud en la mujer de este clima, y había dado á luz diez hijos de los que siete formaban el encanto y la preocupación de todas sus horas. Su marido, casi tan joven como ella, se había dirigido aquella mañana al campo vecino dónde mantenía radicados su negocio y su fortuna.

Alzóse, en consecuencia, aquel día, esperado de todos, sobre un verdadero cuadro de felicidad doméstica, punto

blanco y risueño en un cielo diáfano, luminoso y admirablemente despejado que iba á enlutarse para siempre en muchas almas.

Por otra parte, ningún indicio hacía presagiar la súbita catástrofe que en el espacio de un décimo de minuto debía postrar tantos corazones y plegar tantos convulsos labios sobre el rostro helado de aquella criatura que parecía haber robado á la naturaleza todos los tesoros visibles de la salud: la robustez, la agilidad, el buen humor, una prontitud admirable para concebir y más admirable todavía para ejecutar; mujer que despertaba de continuo con la aurora, que en sus alumbramientos consagraba á su reposo sólo un tercio ó la mitad del tiempo acostumbrado por su sexo; que no llamaba jamás médicos sino para sus hijos, ó para su servidumbre, ó para sus pobres, á los cuales en el campo ella misma curaba como facultativo, como boticario y como hermana de caridad.

Parecían por todo esto hallarse los hilos de su existencia no sólo intactos sino bien templados para producir y conservar las armonías de la vida durante un tiempo indefinido. Era, además, DOLORES mujer valerosísima como todas las naturalezas abnegadas. No pensaba jamás en la muerte ni la temía. Hablaba del fin natural de la criatura como de un simple desenlace transitorio, como de una mutación destinada á tomar su forma definitiva en regiones mucho más venturosas y esperadas.

Para lo único que se sentía cobarde y mostrábase aturdida era para los dolores ó los peligros de sus hijos ó de su marido.

Albergaba para con ellos todos los egoísmos y todas las tímideces de la ternura, y pedía en sus oraciones á Dios

que no consintiese en dejarla sobre la tierra en pos de los que amaba. En una ocasión en que esforzadamente había hecho un viaje á Constitución por el río, dentro de una lancha con sus pequeñuelos, atólos á todos con cordeles á su cintura para precaverlos de riesgo... Y era así como habría deseado ella vivir, sirviendo de ancla común en los días de borrasca á los frágiles esquifes que la naturaleza había labrado de su propia sustancia. Y era también así como ella habría deseado hacer su viaje del más allá, llevándose todo lo suyo en dulcísimo y liviano convoy por los espacios...

Por esta misma causa sufría DOLORES ansiedades indecibles y casi se enloquecía con las enfermedades de sus hijos. Desdichadamente en el año último ¡una verdadera cadena de alarmas habíala detenido constantemente á la almohada de tres de ellos, en Valparaíso, en el campo y en Santiago. Un tifus pútrido, fruto de las exhalaciones miasmáticas de la primera de aquellas ciudades, y en seguida una profunda clorosis de una de sus niñas, cercana ya a la pubertad, trajéronla profundamente inquieta, agitada é insomne hasta hacerla perder el color, la alegría y aún su entusiasmo, llama vívida de su sér. De suerte que su familia, ajena de todo arcano de la ciencia, vive ahora persuadida que lo que la mató de una manera tan inexplicable, si no fué la contemplación violenta de los astros, en hora extraña, fué el dolor reprimido de sus inquietudes de madre cariñosa.

De todas maneras, en una ó dos ocasiones de su vida durante los últimos diez años de ella habían ocurrido leves asomos de una congestión cerebral en su organismo, pero delante de su genial alegría y de su incesante, madru-

dora é incansable actividad física, toda sombra de muerte y aún de pasajera dolencia había desaparecido en torno de su radiosa existencia. En sus tiempos postreros se había engrosado de una manera notable, pero su corazón y su voluntad que manejaban de consuno el músculo y la arteria habían crecido con sus fuerzas, y nada parecía hallarse más lejos de sus hábitos y de sus gustos que la poltronería.

Todo lo contrario, su pasión por la pintura obligándola á permanecer de pie en un solo sitio durante muchas horas consecutivas había producido cierta inflamación en sus rodillas; pero bastó la quietud de algunos días para restablecerla al más perfecto equilibrio.

Vanos y tal vez fatigosamente prolijos parecerán los detalles que apuntamos á los extraños. Pero ya lo hemos dicho. Estos recuerdos de una vida amada y ya pronta á extinguirse no han sido escritos para ellos sino para los que aman y para los que recuerdan... Los demás pueden pasarlos por alto en su propia humildad, como el canto á Teresa en el poema inmortal de Espronceda.

Hemos dicho que DOLORES aguardaba la conjunción de los astros casi como una festividad doméstica, bien ajena á que, ella como átomo de luz, habría de tomar misteriosa participación en el celeste arcano. Esa mañana, su madre á la cual amaba con entrañable ternura, especialmente desde que había sido madre, debía partir aquella mañana para los baños de Panimávida, y con este motivo la familia habíase reunido la noche precedente bajo el techo común y venerado. DOLORES, que llevaba siempre mal su nombre, á no ser como contraste, mostróse en esa víspera más festiva, más chispeante, más retozona que nunca, por

manera que aquella breve separación no fué un adiós sino una charla mujeril, amena y bulliciosa.

Con la primera luz de aquella mañana que apagaría sus resplandores sobre su propia frente empalidecida y yerta, levantóse DOLORES y puso en movimiento, cual solía, la complicada maquinaria interna del hogar santiaguino, despachando sus hijos varones á los estudios y á los exámenes, á su marido al campo, á sus hijas al templo y encaminándose ella misma á la estación del ferrocarril del sur para despedirse de la madre que partía.

Antes de todo esto dióse tiempo para oír la misa cotidiana de su devoción en las Capuchinas, á cuyas puertas vivía, para visitar con sus niños el postrer día del «mes de María», ya próximo á extinguirse entre el incienso, los cánticos y las flores de la Catedral. Y de regreso á la ciudad, después de haber recibido la bendición de su madre, que por excepción en aquel momento se la diera al alejarse el convoy del sur, vínose todavía al trajín del comercio, en seguida condujo sus dos niñas mayores, que eran ya sus inseparables compañeras, á la ducha matinal y veraniega, que hacía parte de su sistema de educación y de higiene.

Hecho todo esto, que para otras naturalezas habría sido la ocupación fatigosa de un largo día, dejó DOLORES su carruaje á la puerta para proseguir el segundo tercio de la jornada haciendo buenas obras de amor y de familia; y á la manera del operario que interrumpe la monótona tarea de su oficio para gozar del reposo del taller, del pedazo de sol y del claro de cielo á que todos tenemos derecho, sentóse bajo un alero de su jardín para contemplar con un

vidrio empañado el fenómeno del ósculo lejano de los astros.

Sus hijas entretanto habían dispuesto el almuerzo después del baño que aviva el apetito, y aunque llamábanla con insistencia y aún con el apresuramiento de la impaciencia, su madre parecía totalmente absorbida por el espectáculo celeste...

Habíase echado DOLORES á los ojos, cual si hubiera querido amortajarse ella misma delante del sol, su mantón de iglesia, esta armadura matinal de la mujer santiaguina, para protegerse mejor contra el ardor del estío, y algunos médicos han atribuído á esta circunstancia, á la múltiple agitación en aquella mañana y particularmente á la tenaz fijeza de su mirada en una posición violenta el fatal golpe de sangre que le quitó la vida. ¿Y por qué nó? La esposa del distinguido jefe de la expedición astronómica de Francia en Chile M. de Bernardières, observando con cariñosa tenacidad el fenómeno á esas mismas horas en Lorient, puerto de Francia, sufrió penoso vértigo (y esto lo ha referido ella misma en carta á su marido) que antes no había experimentado nunca. Misterios de la tierra semejantes á los del cielo, que ni la luz confluyente de dos astros logrará tal vez jamás esclarecer!

Eran las 11 en punto de la mañana del día astronómico ya señalado. Su carruaje aguardaba, según dijimos, á DOLORES á la puerta para dirigirse á la casa de campo de uno de sus hermanos donde una antigua y querida doliente requería su cariño, su cuidado y su compañía, cuando después de haber almorzado casi distraídamente, conversando con sus hijos sobre aquella de las virtudes femeninas que ella más había amado y que en esa ocasión personificaba

en una conocida señorita de Santiago—la modestia,—de súbito pidió su manto, que había echado sobre un sofá, diciendo que era ya hora de ir al Camino de Cintura..., y al hacer el ademán de alzarse con esfuerzo de la silla, palideciendo como el astro que á esas horas surcaba el firmamento, cayó lívida sobre el tapiz, exclamando con voz desfallecida.—*Ay! que fatiga!*

El profesor de idiomas de sus hijos don Adolfo Tapia, hombre excelente á quien en esos días había prestado DOLORES un servicio de corazón, recorriendo la ciudad en obsequio de su bienestar, hallábase á su lado, y corrió á socorrerla junto con su hija Victoria. Pero ya su cuerpo estaba muerto, y sólo sobrevivía el lento y progresivo enfriamiento que de su corazón, centro de tantos tesoros en la vida, repartíase á sus vasos destrozados como el albeolo de la encina por el rayo.

Desde ese momento todos los cuidados, todas las lágrimas, todas las plegarias de las familias del barrio entero, postrado de rodillas en torno de su efigie inanimada, fueron ineficaces para volverla á la vida, porque su alma, según lo dijera al bordo de su fosa un pintor poeta, había volado á incorporarse, como un rayo de luz impalpable, á la irradiación de los planetas que habían presenciado su última misteriosa confidencia en la cita de los cielos, y allí desde aquella mañana de amargura, para siempre mora...»

Mas ella al partir no nos dejó su carne y su ceniza... Y al contrario, como si hubiera previsto la inminencia de su viaje eterno, esculpió con su propia mano sus conceptos del amor de la criatura y del Creador, sus santos y postremos adioses, en una plegaria verdaderamente sublime de su pecho y de su espíritu, último grito de su alma de madre,

de esposa y de cristiana que fué encontrada en su escritorio de campo como su único testamento.

Por la grandeza de su melancólico fervor y por la tiernísima elocuencia de sus vocablos, ciertamente no indignos ni de Bourdalou ni de Lamartine, vamos á reproducirla sin disimular nuestro orgullo, sin quitar á su forma, como religiosamente lo hemos hecho en todas nuestras citas, ni el más leve rasgo.

Esta página copiada por una de sus tiernas hijas con la religiosa fidelidad de la postrera oración, de la última voluntad de los que parten para no revisar más sus obras, decía textualmente como sigue:

«¡Dios mío! mirar el mar ha sido siempre para mí una dulce y santa contemplación: él me hace involuntariamente pensar en tu grandeza y me ha hecho tener dulces reflexiones.—Su superficie suave y tranquila, se asemeja, Señor, á tu tierno y paternal aspecto. De ella se evapora la gota de rocío, que elevándose á las nubes pasea los espacios, todos poblados con tu grandeza; desde allí vuelve á caer como tímida lágrima sobre las altas montañas, y al tocarlas conviértese en blanco átomo de nieve.—Parece quisiera detenerse para no pasar en un mundo del cual desde las alturas del cielo ha visto sus valles, sus montes, sus precipicios... El destino la obliga á caer, y á tomar su primitiva forma, recorriendo el monte y la llanura, ya en el torrente, ya en tranquilo y límpido arroyo. Da vida á la tímida violeta, ó riega hermosa pradera, donde nacen flores, cuyas corolas envían su perfume hacia ti, como oración de gratitud.

A veces, Dios Santo! esta pobre y escondida gota de agua, roza en su corrida inmuudo fango, que empaña su brillo; otras veces se detiene y refleja del cielo la pureza, pero al fin tiene que seguir su curso, y llegando al punto de donde ha salido, vuelve al anchuroso mar, adquiere entonces su forma primitiva, y mézclase en la inmensidad de la cual nació.—Contempla entonces el camino hecho al través del mundo, llora la ausencia de queridas compañeras, retenidas cual sirenas en encantados estanques, en cuyo fondo solo encontrarán ciénago y dolores... Ella, volviendo á confundirse en la grandeza del Océano, ha entrado á la dulce patria por la que tanto ha suspirado, deteniéndose en su superficie ó descendiendo á sus espacios inmensurables, ha encontrado algo que la precave y la hace incorruptible, algo que como la eternidad y lo infinito, hace admirar tu inmenso poder.

Así, Dios mío!, mi alma nacida por tu santa voluntad, descendió del cielo, como la gota de agua que ha hecho su viaje por el mundo y en cualquier forma que lo haya corrido, siempre ha sido bajo tu benévola mirada.—Yo creo y confío, Señor, que por donde ella haya pasado, no habrán brotado por mi causa ni espinas ni abrojos. Me encargasteis dar vida y savia á numerosas flores que nacieron á mi paso, deposité en sus cálices gérmenes de virtud, fertilicé con amor la tierra, de la cual ellas más tarde deben extraer sus colores y su perfume, para que este llegue hasta ti como el incienso que eleva santa oración.

Yo, Señor, he recorrido el camino de mi vida con la mirada siempre fija en ti. Así, tu has sido el único guía de mi existencia, por esto he logrado apartarme del fango que me hubiera manchado, y si alguna vez he sido oprimida en el círculo estrecho, inherente á esta frágil vida, he lucha-

do; sostenida por tu bondad, he triunfado y mis ojos han vuelto á ver los preciosos valles que alumbró el azul puro del cielo... He vuelto á contemplar extasiada los infinitos mundos que forman pedestal á tu grandeza. También he podido enjugar lágrimas ajenas, lo que ha hecho disminuir las mías. Y de esta manera, mi Dios, he encontrado calma y felicidad, alejándome del dorado estanque en cuyo fondo sólo se posa el fango.

No he buscado gloria en las vanidades del mundo, sólo he levantado en mi interior un altar al Dios que me enseña á cumplir mis deberes, al que ha hecho dulces mis lágrimas, al que me ha dado una familia que no ha tenido más dones que los que emanan directamente del cielo; al que me dió un esposo honrado que ha dividido conmigo los gozos y penas de esta vida; al que por fin, me ha dado hijos en cuyas tiernas almas ha depositado gérmenes de virtud, que yo procuro cultivar con solicitud cariñosa.

Ah! Dios mío! cuántos y cuántos motivos tengo para ser virtuosa, para ser buena! Y cuánto aún me resta que hacer en obsequio y beneficio de aquellos que amo!... Señor! haz que como la gota de agua tenga yo su pureza, que conozca mi pequeñez, mi miseria, mi nada; que continúe sostenida por ti, guiada por los consuelos de tus santas doctrinas, el camino de la felicidad suprema, *y en la última hora de mi vida no me dejes llorar por los que deje en este mundo!*... Muéstrame el cielo, ábreme sus puertas, dulcísimo Jesús!, *recíbeme en tus brazos*, en los que está impreso con caracteres indelebles tu amor por mí; déjame cual la gota de agua confundirme en lo infinito de tu gloria, volviendo así adonde salí... Vuélveme á la grandeza de mi origen, *déjame amar allí á los que, obedeciendo tu santa voluntad, he amado en la tierra!* Señor, Señor, tus voces junto con la

mia seguirán cantando el himno de gratitud que desde hoy entono en tus alabanzas.

Dios grande, santo y poderoso! oye clemente mi oración, —Tu voz por medio de tus obras llega á todos los corazones que te aman.—El language de la naturaleza está al alcance de todos; él es hermoso y sencillo para los que buscan la verdad.—Tu idioma, sin ser sonoro, todos lo escuchamos y comprendemos: el mejor libro escrito no tiene la belleza que encierra la más pequeña de tus obras.—El mar con su continuo movimiento me ha hecho tener dulces y santos coloquios contigo y con aquellos que te amaron como Santa Mónica y San Agustín. y también me ha enseñado á pensar en los que tú has encargado de llevar la luz á las almas que gimen en las tinieblas, como lo fueron los dos obispos de Francia, Fénelon y Landriot, cuya voz, atravesando el tiempo y los mares, ha llegado hasta mí, débil mujer, enseñándome á amarte y bendecirte.—Dales, Señor, en pago del beneficio que á mi alma han hecho, la plenitud de tu gloria, y concédela también para aquel, que dándome aquí sabios consejos, me ha guiado por la senda de la virtud, sosteniendo mis débiles fuerzas.

Haz por fin, Señor, descender sobre todos los que me son queridos tu paternal bendición, enséñales á amar y bendecir tu santo nombre, y así podremos reunirnos todos en la eternidad, ligados por los imperecederos lazos de tu amor. »

Ni una palabra más queríamos añadir á este adiós supremo, grande y sencillo á la vez, sublime en la fé, tiernísimo y santo en los afectos. Pareceríamos como una profanación de esa melodía casi celestial en que el alma de la mujer muéstrase ceñida de la alba túnica y de las flamífe-

ras alas del ángel, agregar un solo mundano acento ni aún el gemido de todas las almas juntas que hoy la lloran, la invocan é imitan.

Esa *plegaria* que nadie hasta aquí ha leído en su hoja manuscrita sino con los ojos arrasados de lágrimas y sin los tributos de una admiración espontánea, no era sólo un adiós previsto, dulce y en el fondo magnánimo de la tierra, era el retrato de una existencia entera que, quebrada la urna de cristal en que habitara como escondida, poníase ahora en transparencia más allá de la vida; era una prolongación de la luz celeste que atravesando el espacio en sentido inverso de la tierra al firmamento iba á confundirse, bajo la mirada de Dios, como la gota de agua del Océano, por ella simbolizada en lo infinito de lo grande, de lo eterno y de lo misericordioso.

.....

.....

Dos días después, esto es, el 8 de diciembre, día nefasto como aniversario de dolores y catástrofes para la familia chilena, tuvo lugar la inhumación de sus restos mortales, y hé aquí como pluma fiel y ajena al elogio, describía acónicamente aquella suntuosa ceremonia en que el respeto de una sociedad tiernamente conmovida tributó á la joven é inolvidable matrona sus más generosos y sentidos homenajes.

«Numerosa y muy distinguida fué, decía *El Independiente* del 9 de diciembre, la concurrencia que asistió ayer al entierro de la dignísima matrona chilena, la señora doña DOLORES VICUÑA DE MORANDÉ.

Desde los funerales de la inolvidable señora doña VIC-

TORIA PRIETO DE LARRAÍN, nunca habíamos visto un acompañamiento semejante.

Abundantes lágrimas derramadas sobre esta tumba tan prematuramente abierta, demostraron más de una vez cuán amada ha sido en vida la virtuosa, patriota é inteligente señora VICUÑA DE MORANDÉ.

Dijo la misa en la capilla del Cementerio su confesor, presbítero don Juan Escobar, y se la ayudó don Guillermo Mackenna, Intendente de Santiago y primo de la finada.

Entre los concurrentes se encontraban el Ministro del Interior señor Balmaceda, el coronel Valdivieso, edecán del Presidente de la República, los generales Gana y Maturana, el coronel Barceló, don Francisco Echaurren Huidobro, don Belisario Prats, don Zenón Freire, don Ruperto Ovalle, los miembros de la familia Vicuña, que, como se sabe, es una de las más numerosas en Chile, y muchos senadores y diputados, jueces, etc.

Entre las muchas coronas que cubrían el féretro llamaban la atención dos que tenían estas inscripciones:

«Margarita Egaña de Tocornal á su querida amiga Dolores Vicuña de Morandé. Homenaje al talento y á la virtud.»

«Los pobres del Perpetuo Socorro á su inolvidable protectora.»

Antes de depositar en la sepultura los restos de la señora Vicuña de Morandé, pronunciaron sentidos discursos los señores don Fermín Solar A., don Rafael Sanhueza L. y don Manuel J. Herrera.

Y aquellos homenajes no fueron los únicos ni los más sentidos recuerdos, incienso perdurable que del fondo de las almas que no olvidan, sube é inunda los sarcófagos de

los muertos queridos, porque además del duelo que reproducimos más adelante de estas páginas, como quien ata la olorosa corona funeraria á la puerta del templo y del hogar, el 26 de diciembre, es decir, cuando la pascua de las flores, de los bullicios y de la alegría apagaba en los recintos de Santiago sus últimos acordes y exhalaban sus postreros aromas, tenía lugar en el santuario y en el cementerio una doble fiesta del corazón y de la gratitud que uno de los diarios de la capital (*El Ferrocarril* del 27 de diciembre) describía de la siguiente sencilla manera:

«En la mañana de anteayer, delante de una numerosa y escogida concurrencia, en la que figuraban diputaciones de la mayor parte de las instituciones de caridad de la capital, se celebró un homenaje religioso por el alma de la muy lamentada señora Dolores Vicuña de Morandé, en la iglesia de San Juan de Dios.

Un túmulo de flores y coronas entre las que descollaban las numerosas que habían cubierto el ataúd de la noble señora el día de la sepultación, ocupaba el centro de la iglesia y este rústico pero elegante catafalco resplandecía con centenares de luces artísticamente agrupadas. Una cruz cubierta con guirnaldas de yedra y siemprevivas dominaba el túmulo y á su alrededor hallábanse agrupadas todas las amigas de la querida difunta y sus deudos en número de varios centenares, las asiladas del Perpetuo Socorro, las hermanas de la Caridad, etc.

En la primera fila de los concurrentes notamos á los señores generales Baquedano y Gana.

Después de la misa, que ofició el presbítero don Ramón Angel Jara, acompañado por el excelente coro infantil de los asilados de la Patria, hubo una comunión general de

la que participó toda la familia de la señora Vicuña de Morandé, como sufragio á su alma, y en seguida el señor Jara entonó un solemne *responso* que hizo una impresión profunda en el auditorio. A sus entonaciones no respondía bajo la bóveda del templo sino un solo y apagado sollozo.

La distinguida señora Rosa Aldunate de Waugh, organizadora de esta fiesta religiosa, completamente nueva en su estilo, ha introducido así una verdadera revolución en las lúgubres ceremonias religiosas de la capital, generalmente tan pesadas, monótonas y recargadas de agua bendita y paños negros.

Todo esto ha sido reemplazado por macetones de flores vivas, por coronas artísticas, grupos de luz y un canto sentimental y sin orquesta que hace el más lindo efecto.

Interrumpida la manifestación, que no duró, por otra parte, sino una hora, continuó en la tarde con el mismo carácter sencillo y tierno, en el cementerio, mediante una peregrinación en la que tomó parte un número todavía mayor de asistentes que el de la mañana.

La sepultura de la familia Vicuña Mackenna se hallaba cubierta copiosamente de flores y coronas, y rodeada desde temprano por numeroso gentío de fieles, entre los que se notaban las asiladas del Perpetuo Socorro, y un destacamento armado del Asilo de la Patria.

El señor presbítero Jara, acompañado del cura de la Asunción señor Daniel Fuenzalida, y del capellán del cementerio, señor Varela, bendijo la sepultura, y después de cantarse un *responso llano*, uno de los asilados de la Patria, el niño Justo Arteaga, recitó con voz conmovida, la

siguiente sentida composición, en honor de la que había sido la constante protectora del huérfano:

«No os sorprendáis, señores,
Que la orfandad llorosa
Sobre esta fría losa
Venga á gemir también.

Segó traidora bala
Al que nos dió la vida
Peleando en lid reñida
Por la honra nacional.

La mano de la Patria
Nos deparó un asilo
Do el huérfano tranquilo
Halló la luz y el pan.

También, por dicha nuestra,
Junto á él encontramos
A la que hoy lloramos,
Llena de tierno amor.

Y fué para los huérfanos
La madre cariñosa
Que les abrió piadosa
Regazo maternal.

La amamos como madre
Y su cariño santo
Atemperó el quebranto
De mísera orfandad.

La gratitud nos trae
Junto á esta negra fosa
Do dormiré dichosa
El sueño de la paz.

Sin otro bien que el llanto
De la infantil plegaria,
En su urna cineraria
Venímosla á dejar.»

En seguida, el tierno é inteligente niño Enrique Waugh Aldunate pronunció el siguiente discurso:

Señores:

Los hechos de las grandes almas tienen eco hasta en el corazón de un niño que apenas alcanza á comprenderlas.

Permitidme que mi débil voz venga á tributar á la sublime matrona Dolores Vicuña de Morandé el homenaje que merecen las virtudes.

No me es dado ya acariciarle con mis besos inocentes con que tantas veces honré mis labios; pero como la paloma, símbolo de su alma pura, vengo á voltejear al derredor del nido frío de la tumba á ensalzar su caridad, á darle el último ¡adiós! que la cruel suerte privó de este consuelo, á encargarle nos conserve su amor en el cielo y á pedirle ruegue por los que le lloran en la tierra.

¡Mujer predestinada!... que todo vió tu alma antes de dejar este suelo. Legaste á tus hijos este consuelo: «Desde el cielo os tenderé los brazos.»

Este es el bálsamo que se extiende á todos los que te conocieron y al afligido hogar de tus amigas inconsolables.

Y al ofrecerte esta corona de suspiros y blancas rosas, quedan con ellas depositadas también el dolor de tu esposo, el desconsuelo de tus hijos, el testimonio de amor de la sociedad y el llanto de los pobres desamparados.

Y al darte el adiós eterno, dejadme hacer os una plegaria: (*poniéndose de rodillas.*)

«Ángel que en el cielo gozas el premio de tus virtudes, pide al Eterno nos conserve á los que nos han dado el sér y que no sumerja en el dolor que ha causado tu vacío en tu hogar. Inspírales también tu fé para que ellos nos adornen con su ejemplo, y haz que como tú inculqueu en nuestros corazones el germen de sus virtudes para reunirnos algún día en el cielo.»

En pos del niño siguió, á nombre de los artistas de Santiago (entre los cuales la señora Vicuña de Morandé ocupó un puesto tan distinguido), el señor don Pedro Lira, quien, más ó menos, pronunció las siguientes palabras:

«Señores: En nombre de los artistas, mis hermanos en el trabajo, vengo á saludar la memoria de la distinguida señora que, en medio de sus numerosas cuanto abnegadas tareas, supo procurarse algunas horas que consagrar al cultivo del arte y dar en ello una prueba más de sus brillantes facultades y de su esfuerzo infatigable.

La gran trinidad divina: la verdad, la bondad y la belleza fueron el noble motor de sus acciones y la constante aspiración de su alma. Ir de lo útil á lo bueno y de lo bueno á lo bello, fué su vida. Por eso murió mirando al cielo!...

Las madres y los huérfanos han expresado con sentidas razones su justísimo duelo por la prematura muerte de la heroína que se llama Dolores Vicuña. La religión responde á ese duelo con estas palabras eternamente consoladoras: «Non contristemini sicut et coeteris qui spem non habent». (No os entristezcáis como aquellos que no tienen esperanza).

Sigamos, señores, este consejo; y mientras nuestros corazones lloran tan irreparable pérdida, esfuércese nuestra inteligencia por sacar de esa vida la luminosa lección que nos ha legado y hagámosle la mejor ofrenda imitando esa bienhechora é incesante actividad en obsequio de la humanidad y de la patria, nuestras dos madres.

Como el sol después de haber traspuesto el horizonte, continúa largo rato iluminando la tierra con esa luz apacible, que es el crepúsculo, la señora cuya memoria venimos á honrar nos alumbrará largo tiempo con la luz del crepúsculo de las inteligencias, que es el recuerdo.

Y puesto que al principiar me he permitido citar unas palabras bíblicas, acompañadme á concluir con estas otras: «paz á las gentes de buena voluntad». Aquellas, son la esperanza; éstas, son la justicia.»

Por último, la asilada del Perpetuo Socorro, Dominga Núñez de Valdenegro, viuda de un soldado de Granaderos á caballo, con voz entrecortada por los sollozos y causando indecible emoción en todos los circunstantes, puso fin á esta tierna ceremonia pronunciando las siguientes palabras á nombre de sus compañeras que en gran número allí la escuchaban.

«Señores:

Esta peregrinación del templo á la tumba no es un vano homenaje de la mundana vanagloria.

Venimos á colocar aquí, junto con las coronas del eterno recuerdo, las lágrimas de la gratitud, eternas también.

Nosotras, las desheredadas de la fortuna, todo lo habíamos perdido:—esposos, hogar, hijos, hermanos, el pan de cada día, la tira de lienzo que cubre nuestra desnudez.

Pero en medio de nuestra desdicha Dios quiso, en su infinita misericordia, darnos una madre que nos restituyera, si no la vida, el cariño y el aliento de los seres amados que habían desaparecido en los campos de batalla.

Y esa madre cariñosa y vigilante, abnegada y sublime, que nos ha dado hogar, pan y vestido, es la dulce y santa matrona que en la plenitud de su generosa vida aquí descansa y allá en el cielo pide por nosotras como pidió en la tierra.

Roguemos, pues, al Todopoderoso por nuestra querida, por nuestra inolvidable protectora y madre, y confiemos en que de su plegaria, de su santidad y de su llanto ha de descender para nosotras perennemente desde lo alto el perpetuo socorro de que ella fué emblema en su corto y sublime tránsito por la vida.»

En seguida, deshechas en un mar de lágrimas y llevando muchas de ellas sus hijos suspendidos al regazo, todas aquellas desgraciadas fueron depositando en el dintel de la sepultura las humildes coronas de que habían sido portadoras.

Con este acto tiernísimo la peregrinación quedó terminada á las 7.30 de la tarde.

Tal ha sido el sencillo pero significativo homenaje que la amistad y la familia, el arte y la gratitud han tributado á la que vivió por tantos títulos querida y que de tan impensada manera fué arrebatada á nuestra sociedad.

La señora Rosa Aldunate de Waugh, que tan hermosos y nuevos medios ha encontrado en su rica fantasía para proporcionar á nuestra sociedad placeres tan inocentes como gratos, ha sabido también dar una nueva forma á las fúnebres fiestas de la tumba, y por la primera ocasión tal vez en nuestra sociedad, se ha oído al borde de la fosa la voz de una mujer; y por la primera vez también ha tenido lugar en nuestro cementerio, que hasta hoy ha parecido ser la propiedad exclusiva de los hombres, lo que podría llamarse una verdadera conmemoración doméstica, artística y femenina del alma y del paso por la tierra de una santa mujer.»

Tal fué la vida íntima y generosa, tal el luto empapado en llanto que siguió á la muerte dolorosísima é inesperada de aquella hermana, mitad del alma unida por el amor á su otra mitad, acopio profuso y rico de la sangre que la vívida afectuosa naturaleza depositó dentro de la misma quebradiza ánfora, savia exuberante y turgente que del tronco venerable y ya postrado subió á la rama y brotó en flores dulcísimas, pero que el cierzo inclemente de una mañana marchitó cuando el sol de la vida iba á sazonar sus frutos, dejando viudez, orfandad y dolor inacabables bajo la nube que de repente oscureció su lumbre, cuando llegaba ¡ay! á su cenit...

Fué una mujer indisputablemente superior, y si el destino hubiérala concedido plazo más largo en sus decretos irrevocables, habríala hecho tal vez objeto de durable veneración, mediante la amplia cosecha de los bienes que solo alcanzó á dejar en ciernes. Era pura, generosa, sufrida y amiga de los que sufrían, inteligente en grado altísimo, pero sin los desvanecimientos de la petulancia, peligro cercano de la delicada organización y del destino incierto todavía de la mujer en el seno de las sociedades.

Sintiendo bien definido sólo su hogar y el templo, hizo de la religión su ancla y de la caridad el barco alígero que lanzado sobre una onda de lágrimas recogía en todas partes las pabezas de ajenos naufragios; y al volver al puerto cargada de dolores y de angustias rescatadas, zozobró con la acariciadora brisa que de playa misteriosa sopló á su encuentro.

Cristianamente, era una mujer fuerte y habria podido ser una mujer santa, porque traía plegados á su ancho pecho, como en un santuario de castidad y de fé, las mejores virtudes de los ángeles. Era mundanamente tímida, recelosa de sí misma, pero en sumo grado indulgente con los que se extraviaban, misericordiosa con todos los caídos. Tenía una gran voluntad, y recalentada ésta por el amor, como los metales preciosos en la bóveda de fuego, convertía en esplendorosos raudales lo que en otras manos el egoísmo vuelve escoria. Era capaz de todas las abnegaciones, aún de las más levantadas, aún de las más humildes, con la familia, con la patria y con Dios.

Fué también susceptible de sentir y rechazar todo lo que se erguiera en su camino con vedado aliento para cerrarle el paso. Para los suyos el ángel se habría trocado en águila de atrevido vuelo, para su patria la mujer se habría

hecho heroína, para Dios la cristiana se habría vuelto mártir.

Su sinceridad era nobilísima, alta, espontánea, bien templado espejo del alma que unía á los labios sus latidos, sin contarlos como los del pulso. En ocasiones, su propia magnanimidad la arrebatava y su locución parecía brotar en ondas de su pecho levantado y palpitante.

Y eso no obstante, era DOLORES semejante en todo á la generalidad de las nobles mujeres de Chile porque todas sus virtudes eran flores de su suelo, todas sus acciones estaban impregnadas del perfume de un solo vergel. Su modestia, su constancia, su compasión, su amor al sacrificio propio, su vigilancia y su clemencia, su economía de hormiga y su desprendimiento de reina, su dulzura pareja y su orgullo excepcional, arrancado sólo como protesta contra la arrogancia ajena, todo era en ella una emanación de la mujer chilena, tipo el más acabado de la compañera del hombre y de la hija de Dios, guardada todavía como en cofre de riquísimo bálsamo y de impenetrable granito en esta lejana, resguardada y casi inaccesible tierra que geográficamente se llama «Chile», nuevo paraíso, fecundo para la caridad y las gracias de la virtud en el mundo nuevo.

Y por esto, al trazar su vida con la rapidez de la sombra amada que después del sueño al despertar seguimos en el vaporoso itinerario que recorrió en la tierra, hemos creído tributar en su recuerdo un homenaje espontáneo y sin afán laborioso á todas las mujeres que en su comunidad vivieron y que por excepción fueron á llorar y á depositar coronas en el templo y en su tumba.

En lo único que tal vez la dulce desaparecida aventaja-

ba á los seres de su sér, era en las formas y en los medios propulsivos de su naturaleza. El motor misterioso que imprimiendo más fuerte rotación al alma y á los sentidos convierte las sensaciones y los deseos en acción, trabajaba tal vez con mayor actividad en su cerebro, y por eso producía, creaba y se había hecho escritora, artista y fundadora. El molde y el material era el mismo, pero al escoger el artífice supremo la arcilla deleznable, imprimiéndole con su aliento temple más alto, cohesión más sonora, sin alterar por esto su sustancia primitiva. Y así el rico vaso de esencias al quebrarse en sus manos convirtiéndose en purísimo cristal por la difusión diaria y eterna de nuevas moléculas de vida, dejó su alma repartida en estas tres santas herencias: en la familia, en los pobres y en la enseñanza.

Que la dulce paz del cielo sea por tanto con ella, y que su alma, flotando más arriba del sol, confunda con sus rayos los efluvios inextinguibles de su amor, á fin de que en la diáfana atmósfera que eternal virtud alumbrá, la mujer chilena persevere y la madre santa, la hija angélica, el esposo y el hermano que no saben todavía consolarse, vivan en su dulce comunidad hasta la hora próxima ó lejana del final llamamiento que á unos en pos de los otros y de ella nos aguarda...



III

LA CARIDAD EN ACCIÓN

DOCUMENTOS, CARTAS Y FRAGMENTOS RELATIVOS A LOS SERVICIOS
DE CARIDAD DE LA SEÑORA DOLORES VICUÑA DE MORANDÉ DURANTE LA
PRESENTE GUERRA

III

La caridad en acción

Documentos, cartas y fragmentos relativos á los servicios de caridad de la señora Dolores Vicuña de Morandé durante la presente guerra.

I

NOTA SOBRE UN ASILO DE HUÉRFANOS DE LA GUERRA

Señores:

Mediante la laudable y patriótica consagración de ustedes el país ha recogido el fruto de una generosa propaganda, y la mujer del soldado tiene pan y el huérfano del valiente un asilo. La república debe á ustedes por esto un voto de gracias y nosotras como madres y como chilenas se las tributamos.

Pero la noble obra emprendida por ustedes se haya todavía incompleta. Poderosamente contribuyeron ustedes, á nuestro entender, á la fundación del Asilo de la Patria, preciosa institución de filantropía destinada á los hijos varones de los que murieron en la guerra.

Pero ¿y las huérfanas, dignos señores, que son siempre las más numerosas, las más desamparadas y las más dignas de socorro?

Hé aquí, señor Presidente y miembros de la Protectora, la necesidad apremiante que nos obliga á golpear á vuestra puerta en demanda de un oportuno auxilio. Tenemos una vasta y adecuada casa para recibir huérfanas desvalidas. Pero necesitamos completarla para recibir hasta veinte víctimas de la guerra y es lo que tenemos el honor de ofrecer á la digna Sociedad Protectora, en cambio de una cooperación semejante á la que se sirvió prestar al Asilo de la Patria, esto es, una cantidad determinada para su instalación y una corta subvención para su mantenimiento.

Ni por un momento dudamos que nuestra súplica sea desoída por la digna Sociedad Protectora. Ella querrá llenar por completo su noble misión. Tender su mano á la hija desvalida del soldado y recibir junto con nuestros respetos, la gratitud que inspiran siempre las nobles acciones.

Santiago, diciembre 1.º de 1879.

DOLORES VICUÑA DE MORANDÉ,
Secretaria.

Al señor Presidente y miembros de la Sociedad Protectora.

II

NOTA SOBRE EL ENTIERRO DE LAS VÍCTIMAS DE LA GUERRA

Señores:

La Sociedad Protectora ha enjugado muchas lágrimas, ha llevado el consuelo á la infeliz viuda, ha dado un asilo al huérfano, ha hecho sentir su benéfica influencia en todas las amarguras que destrozan el corazón de las afligidas

madres de nuestros soldados. Pero aún tiene que cumplir un sagrado deber, deber que le impone, su no solamente noble título, sino también los sentimientos de su patriotismo y de su abnegación. Hasta hoy los valientes defensores de la patria duermen el sueño eterno en la triste fosa, inhumana fosa común de nuestro cementerio, confundiendo sus sagrados manes con los que mueren pobres como ellos en un asilo de caridad. Para estos denodados defensores de la patria que sólo al volver saludan conmovidos el suelo de sus mayores muriendo contentos después de haber estrechado la mano cariñosa de sus deudos como única compensación de sus sacrificios, para ellos pedimos una sepultura, que, reuniendo en un sólo grupo á las víctimas de la presente guerra, sea el altar que la patria erija á sus mártires; allí la viuda y el huérfano irán a orar y á depositar las coronas y ofrendas de su cariño, y una sencilla columna mostrará que la patria sabe honrar los manes de sus héroes. Dirán á las generaciones futuras, descubriós respetuosamente ante las cenizas de vuestros mártires.

No solamente pedimos esto; la Sociedad Protectora cuenta en su seno varios miembros del Congreso y ellos deben ser los que protejan á los hijos del pueblo.

GERTRUDIS OVALLE DE ERRÁZURIZ.

Quien haya recorrido los campos de Chile habrá visto un sinnúmero de cruces que recuerdan las batallas espirituales dadas por un soldado del Evangelio; santo recuerdo que nuestros campesinos honran con religioso respeto. Igual recuerdo pedimos para las batallas dadas en el cam-

po del honor, pedimos que una cruz de piedra estienda sus brazos, su sombra sobre las fosas del campo de batalla, y mostrar más tarde á los intrépidos hijos del trabajo donde descansan los vencidos y los vencedores.

No dudo que ustedes conviertan en una hermosa realidad esta ambición de mi corazón, y, si así fuese, será eterna la gratitud del pueblo y de S. S.

DÓLORES VICUÑA DE MORANDÉ.

III

Señor don Agustín Edwards.

Santiago, noviembre 4 de 1880.

Muy señor nuestro:

La Sociedad del Perpetuo Socorro, fundada exclusivamente para socorrer á las familias de nuestros pobres y valientes soldados, lleva ya un año de penosa existencia sin haber jamás ocurrido á implorar la caridad de las personas pudientes; pero hoy la dura necesidad nos obliga á ello, y alentadas por su nunca desmentido generoso patriotismo nos atrevemos a suplicarle nos dé algún socorro mensual para sostener 900 personas que unen sus súplicas á las nuestras.

Como una excusa de nuestro proceder, enviamos á usted el movimiento habido en esta última semana en nuestra Sociedad que sólo cuenta con 477 pesos de entrada fija, dejando un inmenso déficit que hasta ahora se ha llenado mediante la diligencia de las socias y la generosidad de las personas de buena voluntad; pero la prolongación de la guerra ha extinguido el entusiasmo y, por consiguiente, esa generosidad que hasta ahora había sido nuestra Providencia.

Al tender, señor, una mano caritativa á estos asilos que encierran todos los dolores y miserias engendradas por la presente guerra, añadiréis, un nuevo título á la gratitud de los desgraciados y os quedarán eternamente agradecidas las que, al servir á estas desgraciadas familias, creen solamente establecer una triste compensación enjugando su llanto en cambio de la generosa sangre que derramaron nuestros heroicos soldados por la gloria de todos.

Con sentimientos de todo respeto, nos suscribimos de usted A. y S. S.

DOLORES VICUÑA DE MORANDÉ.

IV

FRAGMENTO DE UNA CARTA

...La Sociedad del Perpetuo Socorro marcha de una manera sorprendente, la mano de Dios está sobre ella, los beneficios que hace son incalculables. Da alimento de alma y del cuerpo como á 300 familias. Me preguntará con qué recursos y le diré que sólo tenemos 450 pesos mensuales de entrada fija; pero Dios, moviendo los corazones, hace lo demás y ahora nos encontramos en grandes conflictos esperando una nueva batalla que nos dará un buen contingente de viudas y huérfanos y no teniendo donde hospedarlos, recurrimos á usted pidiéndole en nombre de la patria un servicio que empeñará para siempre la gratitud de todo noble corazón. Sabemos que su digno esposo y la señora madre de éste tienen una antigua casa desocupada, situada en la calle de la Compañía, frente al Congreso. ¿No querrían ustedes santificar la antigua mansión de sus mayores dando caritativo albergue en ella á las familias más decentes que diariamente solicitan nuestra protec-

ción? No querrían ver asociado su nombre al dulce nombre de la Virgen del Perpetuo Socorro nuestra patrona y protectora? A ella y á usted, nuestra buena amiga, confiamos nuestra causa, advirtiéndole que en su casa se hospedarán personas decentes.

Esperando en el buen éxito de nuestra solicitud, prometemos de antemano hacer guardar en la casa el mayor orden y aseo y dar en ella habitación á personas que no puedan vivir en nuestros pobres conventillos.

Esperando su contestación á la mayor brevedad posible, soy su amiga y S. S.

DOLORES VICUNA DE MORANDÉ.

V

CONTESTACIONES

COMISIÓN CENTRAL DE DONATIVOS.

Santiago, mayo 13 de 1880.

Señora:

En contestación á su estimable nota de ayer, me es grato poner en conocimiento de usted, y de las distinguidas señoras que la acompañan en sus nobles y patrióticas tareas, que esta comisión, acogiendo favorablemente la solicitud formulada por usted, acordó, en sesión de esta noche, elevar á doscientos cincuenta pesos la asignación mensual con que auxilia á la «Sociedad del Perpetuo Socorro».

Sírvase usted, señora, aceptar la respetuosa consideración de S. A. y S. S.

JOSÉ TOCORNAL.

A la señora doña Dolores Vicuña de Morandé, Presidenta de la Sociedad del Perpetuo Socorro,

Santiago, diciembre 6 de 1880.

Señora doña Dolores Vicuña de Morandé.

Presente.

Muy señora mía:

Del acuerdo tenido con los compañeros de gabinete, sólo he podido obtener la cantidad de un mil pesos para la sociedad que usted preside, con la condición de que sea por una sola vez.

Lo pongo en conocimiento de usted á fin de que, teniendo en vista lo que le hago presente, se sirva procurarse recursos de otras fuentes, pues al Gobierno no le es posible atender, como lo deseara, á las necesidades de la indicada sociedad.

Con este motivo, tengo el gusto de saludar á usted y suscribirme S. A. y S. S.

M. GARCÍA DE LA HUERTA.

SOCIEDAD PROTECTORA.

Santiago, mayo 20 de 1882.

Señora de todo nuestro respeto:

El Directorio de esta Sociedad en sesión de anoche se ha impuesto con verdadero sentimiento de la nota de usted,

fecha 15 del presente, en que en su carácter de presidenta de la Sociedad del Perpetuo Socorro, anuncia que en pocos días más van á clausurarse los asilos que durante todo el tiempo de la guerra han dirigido usted y las demás señoras que componen la bienhechora Sociedad del Perpetuo Socorro.

La Protectora, que, como la que mejor, ha podido conocer y palpar los inmensos y oportunos servicios de esa Sociedad, no puede menos, señora, de deplorar el que ahora vayan á cesar los socorros y terminar las protecciones que con tanto tino y delicadeza usted y sus demás compañeras sabían repartir entre las pobres esposas de los soldados que peleaban por la patria.

Para nuestra Sociedad será siempre, señora presidenta, una de sus mejores glorias y satisfacción muy grata, haber podido cooperar con todas sus fuerzas á la fundación y constante mantenimiento de la Sociedad del Perpetuo Socorro: los pesos que salían de nuestra tesorería, para ser invertidos por esa Sociedad, sabían los directores de la Protectora que eran perfectamente empleados, y que con ellos se llenaban necesidades que sólo la prudencia y acierto de usted y de cada una de las directoras del Perpetuo Socorro podían satisfacer.

Una, señora presidenta, á la gratitud de las mil familias que ustedes han socorrido y asilado, el agradecimiento y gratitud de cada uno de los directores de la Sociedad Protectora.

De usted A. A. S. S.

CÁRLOS W. MARTINEZ,
Presidente.

Emiliano Llona,
Secretario.

Señora Dolores Vicuña de Morandé, Presidenta de la Sociedad del Perpetuo Socorro.

VI

REGLAMENTO INTERIOR DE LOS ASILOS

LA PORTERA

Son atribuciones de la portera:

- 1.º Recibir á las personas que lleguen á los asilos y darles la colocación más conveniente;
- 2.º Cuidar del orden establecido en los asilos;
- 3.º Dar cuenta á la ecónoma diariamente de la marcha seguida en ellos;
- 4.º Cuidar estrictamente la entrada á los asilos, no permitiendo la de hombres bajo ningún pretexto sin consentimiento de la ecónoma.

LAS ASILADAS

Son obligaciones de las asiladas:

- 1.º Guardar estricto aseo en sus personas y en sus habitaciones;
- 2.º Prestar al establecimiento todos los servicios que puedan, aseando patios, acarreando agua para las cocinas y haciendo todo lo que se les mande en el buen cumplimiento que puedan dar;
- 3.º No podrán salir de los asilos sin avisar á la portera y sin el consentimiento de ésta; y permanecerán fuera sólo hasta las ocho de la noche en invierno y hasta las nueve en verano.

Las puertas no se abren después de las horas indicadas.

4.º Las asiladas que lleguen al establecimiento en estado de ebriedad, serán despedidas inmediatamente que lo ordene la ecónoma;

5.º Igual pena tienen las que formaren desórdenes y escándalos en los asilos, ya sea que peleen de palabras ó de cualquier modo, y lo mismo se observará con las que maltraten á sus hijos;

6.º Las asiladas tienen obligación de aceptar las prácticas religiosas que el directorio acuerde;

7.º Ninguna asilada podrá retirarse de los asilos sin exponer los motivos que tenga para ello á la ecónoma ó á la portera.

VII

MEMORIA ANUAL DE LA SOCIEDAD DEL PERPETUO SOCORRO

Leida el 13 de diciembre de 1880

Reunido el Consejo de la Sociedad del Perpetuo Socorro que se compone de las señoras que fueron las fundadoras de esta institución y que durante un año entero han prestado sus servicios llenas de buena voluntad y de patriótico interés por las menesterosas familias que viven bajo el amparo de esta Sociedad; estando presente la señora vicepresidente Tránsito Rodríguez de Herreros, las señoritas ecónomas Lucrecia Calvo, Victoria y Luminanda Garrido, y la señora Dolores Santelices de Mackenna, la señorita tesorera Susana Calvo, la señora guarda-ropa Delfina Cal-

vo de Fontaine, la señora secretaria Tránsito Vivanco de Sanfuentes y la señora vicesecretaria Javiera Errázuriz de Errázuriz y varias señoras socias, la señora Presidenta leyó la siguiente memoria:

Señoras y compañeras:

Hoy es para nosotras un gran aniversario: nuestra humilde asociación cuenta hoy un año de vida.

Permitidme relataros su corta historia.

Cuando aún resonaba en nuestros oídos el clarín que anunciaba nuestras victorias de Pisagua, Dolores y Tarapacá; cuando con el alma henchida de justo entusiasmo sentíamos un legítimo orgullo de llamarnos chilenas y mirábamos en cada uno de nuestros valientes heridos un pedazo de nuestra gloria; cuando todas corríamos á los hospitales á restañar esa sangre preciosa, nadie cuidaba de enjugar las lágrimas que estas victorias arrancaban del corazón de la viuda ó de la desolada madre, y estas desgraciadas quedaban á merced de la Providencia, quién se encargó bien pronto de mitigar sus dolores.

El 12 de diciembre de 1879 se publicó una hoja suelta invitando á las señoras de Santiago á presenciar el reverso de la medalla de nuestras glorias; todas las que estamos aquí presentes, con muy pocas excepciones, acudimos presurosas al cuartel de la calle de Salas, número 25, donde almas caritativas habían reunido 300 personas que no tenían un techo ni un pan para dar á sus hijos; ¡doloroso espectáculo que ninguna de nosotras hemos olvidado! Santiago no fué sordo á este llamamiento y con gusto recibimos todos los donativos en ropa ó en especies que ese día nos enviaron; pero; ¿qué socorro era aquél para quien

nada tenía? Esa Providencia invisible nos inspiró entonces la idea de fundar nuestra Sociedad, y mientras discutíamos el nombre que debía llevar, alguien dijo, llena de fé: Pongámosla bajo la protección de la Virgen del Perpetuo Socorro y démosle su nombre. Acto continuo una mano generosa, el señor Federico Aldunate, depositó sobre nuestra mesa 200 pesos, recibiendo este inesperado socorro como una prueba de la protección que el cielo iba á destinar á nuestra humilde asociación, y desde ese momento quedó ya instalada y formado su directorio, pero sin saber aún qué sería lo más conveniente hacer para mejorar la situación de estas infelices mujeres.

Como recordaréis, nuestra primera intención fué darles únicamente el alimento, pero impulsadas por una voluntad desconocida y confiadas en el patriotismo y en la caridad de esta ciudad, nos fuímos al Matadero y allí los industriales de este establecimiento se mostraron tan generosos que á más de habernos dado 100 pesos en dinero nos dijeron que diariamente nos darían una buena cantidad de alimento. Esto fué para nosotras una revelación, y allí, en aquel apartado barrio, echamos los cimientos de una institución que ha aliviado la triste situación de las familias de nuestros soldados. Allí arrendamos la primera casa y el mismo día se recogieron 30 familias. Ustedes saben que esta casa fué bien pronto estrecha y que sucesivamente hemos ido arrendando conventillos en la misma localidad hasta enterar 120 piezas, en las cuales se hospedan cómodamente 300 familias ó sea 700 personas, las cuales han recibido diariamente un sano y abundante alimento durante un año, las que han sido socorridas en todas sus necesidades, cuidadas, y atendidas en sus enfermedades, atraídas al buen camino por buenos y santos consejos; to-

das ellas se han confesado, muchas han aprendido á rezar y á conocer á Dios.

Pero como estos beneficios no podían extenderse á las madres que tenían niños que pasaran de 12 años ó que tuvieran esposos ancianos, por ser estos asilos únicamente para mujeres y niños chicos, fué preciso formar dos secciones, una de ella dándoles casa y comida y otra dándoles solamente el sustento. Para estas últimas se hizo un arreglo con las venerables Hermanas de Caridad quienes, mediante una pequeña retribución de 5 centavos por ración, han dado el alimento á 116 familias durante el año que hoy expira.

Para que no olvidemos los beneficios que el cielo nos ha prodigado recorramos juntas el tiempo ya pasado y veamos como Dios no nos ha abandonado un solo instante.

La Sociedad Protectora, que se veía asediada por estas infelices mujeres y á quienes no podía socorrer sino de una manera muy modesta, fué la primera que comprendió los beneficios de nuestra institución, y á indicación del señor Dávila Larraín nos dió una subvención mensual de 100 pesos, pero cuando esta Sociedad vió nuestros asilos aumentó su subvención á 200 pesos. La digna Comisión de Donativos se mostró también muy generosa ofreciéndonos espontáneamente 50 pesos mensuales. Mas el número de las asiladas subía de día en día, y el producto de 600 y tantos pesos del bazar organizado por nuestra primera presidenta, la señora M. Martínez de Walker, no bastaba á asegurarnos la subsistencia durante el invierno de las 800 personas que amparábamos. Entonces la que suscribe, acompañada de la infatigable y abnegada señorita, ecónoma Lucrecia Calvo, se dirigió al señor José Tocornal, presidente de la Comisión de Donativos, quien, después de

oirnos con la mayor benevolencia, prometió ayudarnos en todo lo que á su alcance estuviera. Con esta promesa nos atrevimos á pasar una nota á esa digna Comisión, la que tuvo á bién aumentar la subvención mensual á 250 pesos. Estas han sido nuestras principales entradas. No debemos olvidar tampoco á la Ilustre Municipalidad y á su digno jefe, que en distintas ocasiones han salvado á nuestra Sociedad de muy crueles angustias.

Los artistas chilenos dieron un concierto cuyo producto, ascendente á 500 pesos, fué repartido en dinero á las familias más pobres.

De las provincias, y especialmente de Tongoy y de Linares, hemos recibido algunos socorros y muestras de simpatías que no olvidamos jamás, como también de algunos caballeros, cuyos nombres hemos dado á la prensa como un medio de hacerles conocer nuestro agradecimiento en cambio de los oportunos auxilios, ya en dinero ó en especies, que han mandado á los asilos.

Pero nada bastaba para sostener á 900 personas en el crudo invierno que hemos pasado, teniendo que proporcionarles alimento, casa, abrigo y suplir todas las necesidades que estas infelices, por ignorancia ó por escasez de trabajo, no podían proporcionarse. Cuando ya los fondos estaban agotados, hicimos el supremo esfuerzo de dirigirnos al señor Vergara, Ministro de la Guerra, á quien manifestamos que esta institución no era una sociedad de caridad, sino una sociedad nacida de la guerra, y que fuimos impulsadas á formarla por evitar la vergüenza de ver mendigar por las calles á las familias de nuestros soldados, y por consiguiente, éste era el porvenir que se les esperaba, si el señor Ministro no nos daba alguna subvención mensual. El señor Ministro se penetró de la necesidad que

había de sostener una institución que protege exclusivamente á las abandonadas familias de los soldados y nos dió dos mensualidades de 500 pesos, con la promesa de continuar dándonos mensualidades en la misma forma, y como éi se iba al norte nos prometió dejar un especial encargo al señor Ministro que quedara en su lugar. Con este auxilio pudimos arreglar por algún tiempo nuestros gastos y pasar algunos meses tranquilas.

Ya os he expuesto, compañeras y amigas, las fuentes de donde nos hemos proporcionado recursos. Permitidme detallaros y comprobaros su inversión con los documentos y recibos necesarios, y antes de concluir debo también manifestar, á nombre de las asiladas y al mío propio, la más ardiente gratitud á las infatigables y abnegadas señoritas ecónomas, especialmente la fundadora, señorita Lucrecia Calvo, quienes, desafiando la lluvia, el frío y hoy el ardiente sol, van diariamente como ángeles de misericordia á llevar á esos asilos el consuelo, el consejo y el ejemplo de la más noble virtud de la mujer, la abnegación.

Ya véis, queridas compañeras y amigas, la marcha que hasta hoy ha llevado nuestra institución; merced á vuestro celo y abnegación habéis realizado verdaderamente prodigios, habéis sostenido á 900 personas durante un año, habéis cumplido el precioso código del cristianismo: «las obras de misericordia». «Seáis por ello benditas, y aquel que dijo: «un vaso de agua que déis en mi nombre no quedará sin recompensa», os devuelva en años de felicidad las horas que habéis consagrado al servicio de los pobres. Este mismo deseo tengo para todos los que han contribuído de alguna manera á sostener esta institución y á los que generosamente nos han tendido una mano protectora.

No olvidemos jamás las delicadas atenciones y desinte-

rés con que los señores curas de las parroquias de San Lázaro, San Isidro y de la Estampa han servido á la Sociedad en todo aquello concerniente á su santo ministerio.

Los señores doctores Federico Gacitúa y Ciriaco Navarrete han asistido con la mejor voluntad gratuitamente á todos los enfermos que han necesitado de su asistencia, empeñando así, no solamente la gratitud de las madres, cuyos niños han salvado, sino la de todas las personas que saben apreciar el desinterés y el patriotismo con que estos caballeros han prestado sus servicios á la Sociedad.

También quiero haceros notar la abnegación de la señora Rosa Aldunate de Waugh, quien ha consagrado largas horas de labor al alivio de nuestros pobres, trabajando con el talento y proligidad que la caracterizan, una hermosa sobremesa, que se rifó á beneficio de la Sociedad en 200 pesos, que le serán devueltos en bendiciones de los pobres, cuyas lágrimas ha enjugado.

Hay dos señoras que desde Valparaíso han servido con mucha solicitud los intereses de la Sociedad: la señorita Josefina Aguirre ha cobrado y remitido las mesadas de varias mujeres que están en los asilos, prestándoles así un verdadero servicio, que ellas, como nosotras, agradecen; la señora Clorinda Osorio de Barahona ha atendido y hospedado á muchas mujeres que han tenido precisión de ir á Valparaíso, y aún que nosotras hemos devuelto este servicio, teniendo dos piezas listas para recibir á las que de ese punto ó de cualquier otro de la República vienen por urgente necesidad á esta ciudad, fué esta digna señora quien nos dió el ejemplo y quien ha prestado muy buenos servicios á muchas de nuestras recomendadas.

No olvidemos tampoco á las Hermanas de la Caridad: á la madre Eulalia, á la madre Delfina, quienes con su acos-

tumbrada dulzura nos han ayudado á dar el pan y el consuelo á tantas infelices que diariamente se agolpan á su puertas, duplicando así su pesado trabajo y poniendo muchas veces á prueba su abnegación y caridad, y haciéndose acreedoras á toda nuestra gratitud.

Creo que después de la visible protección del cielo, hemos conseguido obtener tan buen resultado en nuestra asociación, gracias á la publicidad que hemos procurado dar á todos nuestros actos, publicando semanalmente el movimiento habido en los asilos, y mensualmente sus entradas y sus gastos, cumpliendo así un deber, desde que el bien que hemos hecho ha sido con el dinero de todos.

Y ya que hablo de publicidad, quiero manifestaros la buena voluntad que la prensa en general ha manifestado á nuestra institución, publicando graciosamente nuestros avisos y nuestras actas; y habiendo algunos de sus más inteligentes cronistas visitado los asilos, han escrito largos y preciosos artículos que han dado á conocer una institución humilde, situada en los arrabales de la ciudad, y merced á ellos y á sus escritos, hemos visto llegar oportunos socorros, ya en dinero ó en especies, contribuyendo así al bien de esta Sociedad, que no olvida ningún beneficio.

No debemos olvidar á algunos dignos sacerdotes que han visitado los asilos, llevando á esas infelices mujeres palabras divinas de consuelo y de esperanza.

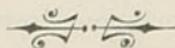
Y antes de concluir, dejadme manifestaros la profunda gratitud que nos merecen los generosos industriales del Matadero, quienes durante un año entero han rivalizado en mostrarse cada cual más generoso para con una Sociedad que ha recibido de ellos, se puede decir, la vida, pues sin el poderoso auxilio que nos prestan muy poco ó nada habríamos hecho. Dios y la Patria han encontrado en ellos

virtudes que los honran con el título de buenos cristianos y nobles ciudadanos.

Hoy, compañeras, nuestro ejército emprende su última jornada: muy luego veremos volver coronados de laureles á nuestros heroicos soldados y con justa satisfacción devolveremos á esos valientes, los pedazos de su corazón, que nosotras hemos querido guardarles, como una compensación de sus sacrificios, quizás como único premio de su abnegación, y os propongo que antes de dar libertad á las 918 personas que han vivido durante un año bajo nuestra protección, antes de devolverlas á su pobre y lejano hogar, antes de entregar la viuda y el huérfano á otros cuidados que los nuestros, vamos todas reunidas en romería á la Iglesia de San Alfonso, donde se venera la imagen de la Santísima Virgen del Perpetuo Socorro, y allí, un coro de mil voces, rendirá acciones de gracia por los beneficios que esta institución ha recibido de su celestial protección, y allí, daremos a cada una de las asiladas una medalla con su preciosa imágen para que les sirva de recuerdo de los días de pena y amargura que se impusieron en beneficio de su Patria, y también como un cariñoso recuerdo de las socias del Perpetuo Socorro.»

DOLORES VICUÑA DE MORANDÉ,
Presidenta.

Tránsito Vivanco de Sanjuentes,
Secretaria.



IV

ALGUNOS ESCRITOS DE DOLORES

IV

Algunos escritos de Dolores

I

SOBRE LA SUERTE DE LOS CAMPESINOS EN CHILE Y LAS
CAUSAS QUE LOS OBLIGAN Á SALIR AL EXTRANJERO

Señores Editores de *El Mercurio*:

Hemos leído con vivo interés todos los artículos y editoriales de su noble diario sobre la emigración fuera del país que tan funestas consecuencias va á traer á nuestra agricultura, á la minería y á toda industria. Hemos visto también lo que dice *La República*: que el Gobierno no ha podido ni puede hacer absolutamente nada para impedir la emigración, por cuanto la carta no le autoriza á engarrotar la libertad individual y la libertad del trabajo. Si el Gobierno no puede hacer nada en este sentido, puede sí, hacer mucho evitando la causa ú origen de la emigración.

Ustedes saben que no hay ninguna ley que favorezca al pobre inquilino, el que vive y muere sólo bajo la ley que el buen ó mal patrón quiera dictarle; ellos no tienen ninguna escritura que les garantice la posesión de su casa, ni

ningún derecho (á reclamo, así el pobre hace un rancho mal hecho, empleando los peores materiales y haciéndolo lo más reducido posible para evitarse gastos que nadie reembolsará en caso de ser despedido de la hacienda: de esta primera falta nacen mil inmoralidades y desórdenes, pues yo he visto una casita de seis varas en la cual dormían ocho personas, tres mujeres, dos solteras y una casada, tres hombres, el padre de familia, dos peones y dos niños chicos, sin contar perros, gatos y gallinas que también dormían allí; otro mal y éste es precisamente el principal, es el mísero jornal que algunos que se llaman *católicos* pagan á estos infelices parias de nuestra sociedad; en este sentido toda exageración es poca, pues hay haciendas donde el inquilino está obligado á trabajar todo el año sin recibir más recompensa que 25 centavos semanales y de esto recibe la mitad en géneros y sólo la otra mitad en plata, y á más de su trabajo, se le exige el de sus animales, si los tiene, y ciertas obligaciones, como tareas de siegas, composturas de cercas y trillas sin recibir absolutamente nada. ¿Y en estas haciendas es donde quieren que el pobre viva?

Más diré á ustedes: sé de varios hacendados que han hecho acuñar 300 ó más pesos en monedas de bronce, cuyo lema es el nombre de la hacienda, y con esta falsa moneda pagan las peonadas, teniendo los que la reciben que invertirla en el despacho de la hacienda, donde se les vende ganando un doscientos por ciento; en otras haciendas llevan á tal extremo el descaro y el abuso que el pobre sólo conoce un pedazo de suela con cierta marca por única moneda, y todo esto, agregado al mal trato y al despotismo, son causa de la emigración.

¿Y á estos males no puede el Gobierno tampoco poner ningún remedio?

Yo creo que sí, pues él está obligado á velar por el cumplimiento de la ley, y como usted ve, para el pobre sólo hay la del embudo.

¿No pudiera, pues, el Gobierno presentar un proyecto de ley por el cual el hacendado se obligara á pagar á su inquilino un sueldo que nunca bajara de veinte centavos y que estos fueran en moneda corriente? No podría presentar otro proyecto en el cual el patron se obligara á respetar el arriendo de un rancho por un año y abonarle los gastos que en él hubiera hecho el inquilino, cuando éste lo dejara?

Oh! si esto se hiciera, el pobre viviria más cómodamente, más seguro de su posesión, y recibiendo semanalmente su jornal, podría hacer sus pequeños ahorros, que despertarían en él hábitos de economía, pues como ellos dicen: «el real llama al real» y entonces no se verían en la necesidad de dejar su país para buscar el pan en lejanas tierras, donde muere la mayor parte.

No sé si me haya explicado mal, pues nunca he escrito y sólo lo hago inducida por la compasión que me han inspirado varias familias á quienes se les han ido los peones es decir, el padre y hermanos, y no teniendo peones, han sido despedidas de las haciendas; yo mismo he visto tres infelices mujeres, con seis niños marchando á pie, pues en una yegua que tenían venía la cama y algunos utensilios de cocina; hasta el perro venía acompañando á esta infeliz familia; pero Dios quiso que encontraran á alguien que les tuviera compasión en su orfandad, y en este momento están bien alojadas, se les ha proporcionado un pequeño trabajo, y allí estarán hasta que el pobre padre

vuelva á hacerse cargo de la familia que la necesidad le obligó á abandonar.

La prensa es la voz del pueblo, y conociendo que ustedes están siempre dispuestos á servirlo, me dirijo, pues, á ustedes para que den publicidad á estas líneas, que no pretenden sino cooperar á que ustedes logren contener la emigración.

V. D. M.

(*Mercurio* de 28 de marzo de 1871.)

II

(SOBRE EL MISMO TEMA EN ESTILO DE HUASO)

Señores Editores del *Mercurio* de Valparaíso:

Ayer liendo su apreciable diario he visto todos los zaldablez avisos que da á los chilenos que se van para el Callao de Lima, ay señor muchos males encontramos por allá y yo lo igo con esperincia pues que puallá cansi perdí la vía pero señor son tantas las promesas que nos hacen que uno se etermina á ejar mujer y niños por que como dicen ojos que no ven corazón que no siente; pues señor cuando uno recibe por una paga dos puros riales á la semana y esto la mitá en género ó comistrajos y uno en plata ¿que puede hacer pues señor uno? siqueja uno y lo echan al camino cos sus tiritas y sus hijos va uno onde el suelegao ó inpeutor y estos son mayordomos del patrón. Atienda pues señor que hará uno ir á buscar á otras tierras el pan que en la suya le niega y con esta espeutativa sale uno á roar tierras onde sale más fregao asi vemos que hoy en día un pobre no haya pa onde tirar pues el riquerio es-

ta tan malo que el inquilinaje paese que es horror. Uno que es pobre y busca vía no haya que hacerse, de Quillota pa bajo hey andao muchas hacienda pero pa lo mesmo no más, no hay alivio, el inquilino tiene que hechar piones todo los que hayan en la casa á ganar dos riales hechar sus hueyes á la siembra si los tiene echar las mangas hacer la siembra la cosecha las triyas y las avientas de valde y que otros trabajos hay para que le paguen cuando toitos los ponen de obligación y si uno no es tomaor ni taure y dándose sus trasas se pone un chaño nuevo y buscando puallí y puacá tiene comistrajo pa su familia le recargan á obligación por que está haciendo plata y si uno falta á la obligación aunque sea lloviendo sali pal medio el camino con sus hijos ay señor, y no tome uno cuando uno estan desgraciao que sólo haci olví sus trabajos. En tiempo de mis mayores habían esclavos y yo lo sería con tal de que me vistieran me dierae que comer y onde vivir yo trabajaría de la mañana á la noche pues no pasaría ni hambreni frío y si encontrara un patron me iba con toita mi familia aunque fuera agominao como esclavo que me importaba á mí cuando teníamos la comía y el bestío seguro cuando ahora de inquilino Vd me ispense anda uno poco menos que em-pelota y de los niños no igo na pues no tienen más capa ni manta que el rescoldo y unos dos cueros que dio la señorita; y no crea que yo no más soy el pobre; toitos tamos iguales es cierto que yo tengo once hijos que dos tengo guainitas pero son los de la obligación; yo trabajo en trabajos sueltos y mantengo como pueo la casa y no crea señor que yo tengo vicios, es cierto que hecho mis traguitos pero aya por pascua ó por corpio y así es tanta la desdicha de noostro que ya no hayamos que hacer. Cuando vino el comisionao nos prometió tantas cosas que nos disparamos

ciete y dejamos la mujeres á la volunta de Dios, dos murieron puallá yo causi la largué pero Dios me miró con piedad. Cuando yo le contaba á los perunos lo que padecíamos me dijeron que lo hecháramos al diario que ellos lo hacian así y que por eso nadie los podía obligar á trabajar onde ellos no querían y por eso venian á buscar chilenos los que Vd ice muy bien no van más que á morir haciendo mala comparación como un perro asi señor que si Vd busca un remedio pa que no salga más pioná digale al presiente que mande á visitar las acienda y vea si jente púe vivir como animales de otro sin ganar masque la leña y la agua sin tener más amparo que el de nuestro Dios. Ai! señor, no acabaria nunca de contale las calamiaes de un pobre cuando le toca un mal patron y estas mujeres señor que no se acen en ni una parte; si una la saca y por casualiá le toca un buen patron aunque tenga la barriga llena se lleva jerimiguiando por la mama y por la quebrá por el taita causi se mueren se pican á calentura y tiene uno que volver á que le echen la sogá al cuello. Por lo lao de arriba la jente gana poco pero la comía es cuaisi de valde, la tierra lo mesmo asi es estoy por irme puallá á ver si mejora mi triste suerte pero mi mujer no quiere ir que toa mi esperansa es lo que ejo dicho; nõ heje pues de escribirile á ese caballero presiente que es el que lo manija too á ver si se componen estos lugares de tanta esdicha donde no hay á quien quejarse.

Fuí á comprar sal deinglaterra y me la tieron en vuelta en un paper que se llama mercurio y como á Dios gracia tengo una niña que es muy huena leitora lió lo que Vd dice y me acordé de los consejos que me eieron puallá y así lleno de vergüenza mi niña le escribe estas cuatro mal formadas letras pidiéndole que no eche en saco roto las que-

jas de un hombre que habla por muchos no le pongo mi nombre porque el patrón no lo vaya á saber pero soy un

PADRE DE ONCE HIJO.

(*Mercurio* del 14 de mayo de 1871.)

III

LA INDEPENDENCIA Y EL TONO DE LOS JÓVENES DE SANTIAGO

Mi amada amiga:

Te decía en una de mis últimas, que Chile como país nuevo principia á formar sus costumbres y, por esta razón necesita oír la voz de la experiencia de cuando en cuando; un jóven inexperto necesita del consejo de supadre.

Chile, y en particular sus principales ciudades, han tomado por modelo á la vieja Europa; pero no á esa anciana respetable y respetuosa en cuyo seno se han formado los más grandes hombres que han iluminado con los destellos de su inteligencia el camino de la humanidad. Esto es lamentable.

Tú sabes que Europa tiene tres aristocracias bien definidas: la aristocracia del nacimiento, la aristocracia del talento y, por último, la del dinero. La última, por desgracia, es la que sirve de modelo á las nuevas naciones de América, siendo totalmente desconocidas aquí las dos primeras que son las depositarias sagradas de todas las buenas costumbres y que están siempre en lucha por sostener los blasones de la virtud y del talento. Lucha noble y san

ta; pues ella se propone salvar de la invasión del espíritu moderno la moral y el honor del hombre, la santidad é integridad de la familia y nadie debe por esta razón estar más empeñada en esta lucha que la mujer. Ella debe ser aquí como en nuestra querida Bretaña, el centinela que dé el grito de alarma y que vele con incesante afán por la pureza de las costumbres, por el respeto de todo lo que es santo y digno de estimación. Debe, pues, luchar por derrocar el becerro de oro á fin de conseguir que sólo se levanten altares al mérito y á la virtud.

Todas estas reflexiones me he hecho recordando á mi madre tan sabia como modesta, madre ejemplar que supo educar diez hijos luchando día á día con mil contrariedades, con miles de sacrificios, sin más sostén para dirigir tan numerosa familia, que una piedad sólida é ilustrada y que mostró á mis hermanos como un hábil piloto, todos los escollos de la vida que ellos han salvado gracias á su ternura, gracias á ese amor tan santo como abnegado. Si todos los hombres tuvieran semejantes guías muy pocos zozobrarian; pero los modelos de semejantes madres no se encuentran en el tumultuoso París, están en las provincias, asilos hoy de todas las almas que durante un siglo han sufrido el noble martirio. Por eso te decía, amiga mía, que quisiera que se dieran á conocer aquí las buenas costumbres europeas por medio de correspondencias ó por la generalización de algunos libros de costumbres que destruyeran, si fuera posible, muchas de las ya establecidas y que darán á no dudarlo, muy amargos frutos.

La independenciam de los jóvenes que aquí se llaman hombres es una cosa que sorprende: todos ellos asisten á los teatros, á las carreras, á los clubs y á los cafés; todos calzan guantes, fuman sin el menor miramiento. Estas

cualidades las tiene un joven de familia, un joven á la moda. El no monta á caballo, sólo anda en *faeton* ó en *landau*. Tu creerás, amiga mía, que estos gastos los hacen con el fruto de su trabajo, pues te equivocas. Los hace el pobre papá que conserva aun los buenos hábitos heredados de los españoles, el trabajo y la economía, que su hijo desconoce por completo, gracias al tono ó la importancia social que algunos mimados de la fortuna han ido á traer á París para plantear en este suelo precioso las costumbres perniciosas que serán la ruina de las familias y de la moralidad. Todos los jóvenes hacen alarde de una independencia que asusta, todos ellos tienen llaves de sus casas para recogerse á la hora que quieran y la condescendiente madre al dar esta llave á su hijo, le da la llave del mundo que desconoce y en el cual dejará los girones de la alba túnica de su inocencia, los restos de su honradez y del respeto que se debe á sí mismo. Y es su madre, su condescendiente madre, que porque su hijo sea joven de moda, joven independiente, joven de tono, le deja una libertad que jamás debe autorizar. y esto amiga, tiene siempre por origen una palabra insignificante al parecer, pero cruel y funesta en sus consecuencias y es el tono que permite que las *soirées* ó tertulias sólo principien á las diez ú once de la noche y, por consiguiente, tienen que durar hasta la madrugada del día siguiente.

Qué distintas son nuestras simpáticas fiestas que principian á las ocho de la noche y concluyen alegremente á las doce, dejándonos el tiempo suficiente para dormir y acompañar al día siguiente á nuestra madre á la misa de siete y saludar al pasar á nuestro compañero de baile que está ya al frente de sus ocupaciones!

Todas estas buenas costumbres se las debemos á nues-

tras madres, pues ellas son las que nos las han conservado, muchas veces á nuestro pesar, que también nos hemos sentido tentadas por la moda, pero ellas estaban allí como el faro que alumbrá y hace conocer los escollos del proceloso mar de la vida.

Mi madre leerá con gusto estos apuntes y estas impresiones y al leerlos verá que su hija le conserva en su corazón el lugar que ella supo conquistarse con su inagotable ternura.

Tuya siempre afectuosa amiga

MME. DE SAIDNAROM.

IV

LOS SALONES DE SANTIAGO

Hemos podido proporcionarnos copia de una carta que una distinguida señorita extranjera dirige á otra también extranjera y residente en Valparaíso. En esa carta se habla de las costumbres de la sociedad santiaguina y con espíritu de crítica imparcial y elevado. Por eso nos apresuramos á traducirla del francés, y trataremos de hacer lo mismo con las otras de la misma especie para conocimiento de nuestras bellas lectoras:

Querida amiga:

Continúo hoy mis observaciones sobre la sociedad de Santiago la que es nueva para nosotros, y que naturalmente me llama la atención por ser tan distinta de las que hemos conocido en los grandes centros de Europa.

Te he dado ya cuenta de los principales paseos, pero no

te he hablado de las costumbres de la juventud que son bien extraordinarias, pues aquí las niñas no tienen sociedad en sus casas y sólo la encuentran en las tertulias; todos los atractivos de una sociedad amena é inocente se pierden por algo que aquí llaman *gran tono*. Este gran tono es muy perjudicial á las buenas costumbres; nadie recibe en su casa porque hay rivalidad para presentar el mejor obsequio; y los jóvenes sólo asisten donde se les da vino de á diez pesos botella, este es el *tono*; las niñas han de estar vestidas con gran elegancia y ser muy circunspectas, este es *tono*; los jóvenes que tienen bigotes y patillas no bailan porque así se dan *tono* y, por consiguiente, los jovencitos son los únicos que forman el baile y para darse *tono*. He oído á jóvenes de veintidós años, decir que no bailan porque es cosa de niños, y de estas incomprensibles anomalías sólo tienen la culpa las madres que por dar *tono* á sus familias han destruído la buena sociedad y han relegado á los clubs y á los cafées á los jóvenes. Más de una madre he visto yo lamentarse amargamente de esta fatal costumbre, de la que ella es culpable, para con los hijos ajenos, pues cerrando los salones, rivalizando en lujo y *tono*, han abierto los clubs para que allí sus hijos encuentren los atractivos que modestamente tendrían en su casa.

Sociedades nuevas como estas deberían ser mejor dirigidas, tanto por las señoras como por la prensa que debía registrar de cuando en cuando artículos que tendieran á formar las costumbres y á embellecer la sociedad con todos los atractivos de las sanas costumbres, que nunca están reñidas con la moral ni con la importancia social que está al alcance de todas las personas piadosas que es en lo que hacen consistir el *tono*.

Esto sucedería si se escribieran sobre las nobles y sencii-

llas costumbres europeas, pero aquí sólo se conocen estas por la correspondencias de la señora Casamayor que tanto nos han hecho reir. Sucede aquí lo mismo con las costumbres que con los trajes, de los que siempre llegan modelos exagerados, porque en París lo que sale para las colonias va siempre recargado de adornos y de gastos que aquí se convierten en *tono*.

Lo mejor que hay respecto á hábitos y que se guardan con religioso respeto son las costumbres piadosas de las señoras; mucho se ha hecho y se hace por ridiculizar estas santas habitudes, pero las mujeres santiaguinas no han cedido un punto y yo alabo mucho esta rectitud que les conserva el respeto y el aprecio de todas las personas que tienen la honra de tratarlas; baste decirte que es tal la guerra que se las hace que no pudiendo nada con ellas, han emprendido esta cruel guerra contra los niños, formando sociedades de instrucción, de las cuales queda excluída toda instrucción religiosa.

Pueblos nuevos como éstos debieran tener preceptores y estos debieran ser hombres de talento y abnegados, pues aquí el progreso consiste generalmente en hacer guerra á todo lo que tenga conexi3n con Dios.

El progreso de las señoras consiste en el *tono* que mata la sencillez de las buenas sociedades y deja ancho campo de pernici3n á los jóvenes en cuya moralidad deben estar tan interesadas las madres como en la de sus inocentes hijas, víctimas más tarde de las costumbres adquiridas en la juventud por sus esposos.

Ayer fuí invitada á un hermoso paseo cuya descripci3n dejo á los diarios que tu lees con tanta avidez.

La señora Aldunate de Waugh, á quien conocimos en París, estaba al frente de este nuevo y elegante paseo; ella

lo ha organizado ayudada por varias señoras, las que destinan las entradas libres de esta preciosa fiesta á objetos de caridad; había más de dos mil quinientas personas, muchas de ellas en la quinta y muchas en un precioso salón del Palacio de la Exposición.

El salón estaba adornado con mucho gusto y elegancia, la concurrencia era de la mejor sociedad, las familias más distinguidas formaban parte de ella. Estaba la familia del Presidente y tuve el gusto de conocer á la hija del señor Santa María que es bien donosa y agraciada, cualidad poco común aquí, pues las niñas, siendo muy donosas, carecen de gracia y de ingenuidad. Estaban allí las primeras hermosuras de Santiago entre las que descollaba E. R. de C., todas vestidas con mucha sencillez y elegancia. Se les sirvió un magnífico obsequio demasiado bueno, cuyo costo debe haber disminuído en mucho las utilidades del paseo, pero así se requiere para que el paseo sea de *tono*, sin lo cual, las familias no concurrirían, pues el *tono* consiste en gastar y hacer gastar.

Si estos paseos se generalizaran serian de grande utilidad, tanto para la juventud cuanto para los pobres beneficiados. Yo prefiero esta clase de paseos á los bazares, que son aquí muy comunes, para proporcionar fondos á las sociedades de beneficencia, pues los jóvenes están exentos de todo compromiso y con un pequeño gasto de entrada á un lugar de recreo se proporcionan inocentes entretenimientos, buena sociedad y á la vez, van á enjugar las lágrimas de los huérfanos ó de las viudas. El paseo de ayer destinaba su producto para ayudar á la fábrica del templo de la Gratitude Nacional, para la instrucción y para una iglesia de una pequeña aldea cuyo nombre no recuerdo.

Me dijeron que se pensaba dar otro paseo. Ojalá para

entonces tu salud te permita acompañarme y juzgarás por ti misma lo que te dejo dicho, y te aseguro que serás como yo enemiga de este *tono* fatal que tanto perjudica á las familias. No hay madre que no se lamente de sus hijos hombres, pero ellas son las únicas responsables que han arrebatado á la juventud todos sus encantos, su sencillez, su candor, sus inocentes alegrías, su ingenuidad, revistiendo á sus hijas y á sus suntuosos salones *del tono*, enemigo de todos los nobles sentimientos del alma; pues aquí *es tono* sofocar los sentimientos del corazón y *es tono* amar sólo á las niñas que saben darse *tono*.

Sabes, querida mía, que me he extendido demasiado en esta carta, pues tengo aún mucho que contarte, muchas observaciones que hacerte, pero por hoy me limito á suplirte que no me juzgues maligna porque tanto he criticado *el tono*, palabra que me ha sonado siempre muy mal y cuyos efectos he palpado muy de cerca: yo creo en el respeto, en la buena educación, en la afabilidad, en la cortesía graciosa e ingenua, que son el encanto de otras sociedades en la cual *el tono* es la sencillez en el traje, en el tren de la casa dejando la suntuosidad que aquí se observa para salones cuyos respetos llegan hasta la hora de la cena!

Guarda como te he dicho todos estos apuntes cuya colección nos hará pasar ratos muy agradables y cuya compaginación nos será de gran entretención cuando nos volvamos á Europa; pues ellos serán el diario de nuestras largas escursiones que pueden sernos muy útiles para más tarde.

Soy como siempre tu afectuosa amiga.

MME. DE SIADNAROM

(*Nuevo Ferrocarril*, de noviembre 1881.)

V

LOS HOMENAJES

V

Los homenajes

“Aquietado su rostro por la muerte, la belleza escultural de sus floridos días reapareció en él, como el ocaso repite en el cielo las luces de la aurora. Parecía dormir el sueño de los bienaventurados y soñar con las alegrías celestes de la inmortalidad, del espíritu. Al contemplarla, el poeta de los inmortales amores en la vida y en la muerte, habría repetido, admirándola en su serenidad marmórea:

“Bella morte paré nel suo bel viso.”

(Homenaje del general Mitre á su esposa la señora Delfina Vedia, 1882.)

I

LOS HOMENAJES DE LA TUMBA

(*Discursos en el cementerio el día de la inhumación de los restos de la señora Dolores Vicuña de Morandé. 8 de diciembre de 1882.*)

EL SEÑOR RAFAEL SANHUEZA LIZARDI

Señores:

Si este lúgubre sitio fuese una cátedra de filosofía, tendríamos forzosamente que ocuparnos, en estos momentos,

de comentar el misterio de las leyes morales que nos gobiernan, á fin de sorprenderles el secreto que explica estos desaparecimientos instantáneos, inesperados, tan faltos al parecer, de lógica y de justicia, que roban á una numerosa y tierna familia, la base de su existencia, á la amistad un distinguido colaborador, y á la sociedad entera, uno de sus más útiles miembros.

¿Quién ignora, entre nosotros, que la señora Vicuña de Morandé tenía títulos bastantes para esperar que su existencia sería respetada, á lo menos durante la formación de su familia. por los dardos hambrientos é infatigables de la muerte?

Pocas veces se ha venido á este sitio á pagar un tributo más espléndido y más doloroso, que, el que acabamos de colocar en sus sombríos y silenciosos altares; porque son raras las personas que bajan al sepulcro en medio de las condiciones excepcionalmente aventajadas que distinguían á la señora Vicuña de Morandé, arrancada así, tan bruscamente, á nuestra estimación y á nuestro respeto, por la mano inexorable, cruel y avara de la fatalidad.

Sería tarea de prolongado aliento hacer aquí la historia de la existencia, santa, angelical, casi divina que acaba de suspender de súbito su carrera bienhechora, como un astro de magnas proporciones, detenido por inusitado cataclismo en medio del firmamento.

Básteme en recordar, en síntesis, que la señora Vicuña de Morandé fué una inteligencia y un corazón distinguidos, excepcionalmente distinguidos entre las mejores de su sexo. Como inteligencia no fué extraña á los nobles entretenimientos de la literatura y del arte, pues pagó á la primera más de un incógnito y celebrado tributo, y á éste arrancó obras y creaciones que en importante y cre-

cido número embellecen é iluminan la que fué su feliz y bendecida morada.

Como corazón, no sólo perteneció á los suyos y reinó entre ellos con aquella enérgica y vital aproximación que constituye el envidiado símbolo de los que nacen en las cimas de los más aventajados horizontes morales; no solo supo formarse al rededor de su persona atrayente, exuberante de exquisitas seducciones, una crecida falange de verdaderos y entusiastas admiradores y amigos, sino que fué una providencia y una misericordia infatigable para los dolores y para las necesidades de los extraños.

Ella perteneció á casi todas nuestras sociedades de beneficencia; y cuando el honor de nuestra bandera nos obligó á encender la vorágine implacable de la guerra, esta fuente de perennes infortunios, ella fundó la sociedad «Del Perpetuo Socorro»; como para equilibrar así, en cuanto á lo posible, el supremo mal con el bien supremo; colocando al lado del sufrimiento, el consuelo; junto al hambre, el pan; próximo á la desnudez, el abrigo cariñoso.

La señora Vicuña de Morandé, en fin, era uno de esos caracteres que el filósofo y el hombre moral buscan con infatigable empeño, al través de las escabrosas sinuosidades de la vida social: aquel para comprobar la doctrina de que si los hombres hacen las leyes, las mujeres, en cambio, forman las costumbres, y éste para persuadirse de si es verdad que sólo la mujer virtuosa es capaz de hacernos dichosos durante el largo peregrinaje de esta vida de penas y de lágrimas.

Por esto su muerte es luto para su familia, para la amistad, para el arte, para el menesteroso. Por esto se explica que su féretro se halle tan unánime y tristemente rodeado por la sociedad entera de esta capital, de or-

dinario, indiferente y perezosa. Por esto hay aquí, en donde faltan los esplendores de la fortuna, riego generoso y bendito de lágrimas, porque á donde no alcanza el oro, llega casi siempre el influjo saludable y santo de la virtud bien entendida y convenientemente practicada.

Por esto, en fin, su recuerdo, ha de burlarse de los agravios y de las veleidades del tiempo, para esculpirse en caractéres y en líneas de profundo relieve, en esa tela agría, olvidadiza é inquieta como las ondas del mar, que se llama—memoria humana.

Damos, pues, señores, nuestro eterno adiós, á esta celeste lumbreira del hogar, que la mano de un destino acaba de robarnos con desusada tiranía. Démoslo á nombre de la amistad, de que fué ejemplo;—á nombre de la caridad, de que fué llama, viva ardiente, enérgica, espléndida; á nombre, por último, de la sociedad, que con ella pierde una de sus más preciadas joyas.

EL SEÑOR FERMÍN SOLAR A.

Señores:

¡Un instante hacía que estrechábamos su mano cariñosa, que sentíamos las palpitations de su alma tierna y abnegada; apenas un instante que veíamos las manifestaciones de su cariño para con el sér que le era más querido sobre la tierra, cuando su existencia fué tronchada de súbito como flor segada por el rayo en una tempestad de verano!

No necesito recordar aquí sus virtudes y sus méritos. No es este solitario y lúgubre recinto, ni soy yo quien debe hacer la apología de aquellos que abandonan las mora-

das de la tierra: el recinto adecuado es el santuario del alma, el apologista los propios merecimientos; porque, señores, cuando se rompe la urna que encierra el espíritu, las virtudes se desprenden como el aroma del incienso que llega de los altares al corazón y del corazón va al cielo, llevando las plegarias de los justos.

Baste decir, señores, que ese espíritu invencible necesitaba un golpe rudo, instantáneo, para ser arrancado. La señora Dolores Vicuña de Morandé necesitó ser herida por la luz, porque luz era su espíritu, y debía de atravesar el astro que alumbra el día para elevarse al cielo envuelta en los más brillantes y puros resplandores de lo grande y de lo bello.

Señores: Al enviarle hoy desde esta tierra de lágrimas nuestros adioses supremos encendamos en nuestra alma, con la memoria de su alma generosa la luz de la esperanza y de la fé, para que, al dejarla, ella nos sirva de guía, de recuerdo y de consuelo.

EL SARGENTO MAYOR DE EJERCITO DON M. J. HERRERA

Señores:

Nos reunimos aquí, en esta triste mansión, á derramar lágrimas del alma sobre el ataúd que guarda los restos de una de esas existencias dulcemente privilegiadas que son el orgullo del país en que nacieron, el encanto del hogar y el consuelo de los desgraciados...

Ah! señores... La señora Dolores Vicuña de Morandé, arrebatada de súbito al cariño de la sociedad de Santiago, era una de esas sublimes bienhechoras que hacen de su hogar el pan de los desheredados de la fortuna, y viven en

el mundo como la hermana de la caridad, enjugando las lágrimas de los que lloran, llevando el consuelo á los afligidos y el sustento á los menesterosos.

Díganlo, si no, señores, las obras de beneficencia que con tan laudable empeño organizó... Díganlo la Sociedad del Perpetuo Socorro, de la que fué fundadora y digna presidenta, y que dió casa, abrigo y consuelo á tantos millares de viudas y huérfanos de los soldados de nuestro ejército. ¡Ocho de diciembre!...

Día de tristes y luctuosos recuerdos en las páginas de nuestra historia nacional... tienes ya una corona más, fúnebre é imperecedera que agregar á tu ya larga lista de aniversarios de luto y de llanto!

Pero, señores... antes de separarnos de este lugar de callados mármoles y de silenciosos cipreses inclinemos la frente resignados ante los designios de la Providencia, que nos hace *nacer* para la *vida* y nos da *vida* para la *muerte*!... Y al darle el adiós á esa ánfora bendita, dejemos grabado sobre su tumba el epitafio de la que fué Dolores Vicuña, con estas palabras:

«Amor! Virtud!... Caridad! Patriotismo!»

II

LOS HOMENAJES DE LA PRENSA

(*El Estandarte Católico* del 6 de diciembre de 1882.)

En este momento se nos comunica, 12 $\frac{1}{4}$ P. M., que la respetable y caritativa señora doña Dolores Vicuña de Morandé ha dejado existir.

¡Qué rudo golpe es éste para la sociedad de Santiago!

Cuando no había motivo alguno para presentir el fin de la apreciable vida de la señora Vicuña, nos vemos obligados á dar la triste noticia de su fallecimiento.

Hoy á las once y media de la mañana se encontraba con su familia almorzando, después de haber llegado de la estación de los ferrocarriles donde había ido á despedir á su señora madre, cuando repentinamente fué atacada de una fuerte fatiga que le causó la muerte. El profesor don Adolfo Tapia, que se encontraba almorzando con la familia en este instante, trató de socorrerla, pero todo fué en vano.

Todos los de la casa y familia le prestaron, aunque inútilmente, sus más esmerados cuidados. Un sacerdote fué llamado precipitadamente y le dió la absolución. Pero los médicos llegaron tarde, porque el ataque fué muy violento.

La señora doña Dolores Vicuña Mackenna de Morandé fué una de las fundadoras y presidenta incansable de la «Sociedad del Perpetuo Socorro», que tantos bienes hizo entre la clase pobre de esta ciudad en particular.

Ella, en su incansable anhelo por el bien, se hizo acreedora al título mil veces justo que se le daba por los que conocían sus méritos *el apóstol de la abnegación y de la caridad*.

Baja á la tumba la señora Vicuña de Morandé cuando apenas contaba la mitad de la vida, y se esperaba de ella otras tantas obras de sacrificio por el menesteroso, á los que con tanto ahinco y sin desatender los deberes de madre de familia se había dedicado.

Se asocia de todo corazón *El Estandarte* al sentimiento de su respetable esposo y familia.

(*El Ferrocarril* del 7 de diciembre.)

Uno de esos golpes que postran por lo súbito y lo terrible aún los ánimos más robustos, ha herido ayer la sociedad y el hogar de Santiago en la persona de la señora Dolores Vicuña de Morandé, arrebatada á los suyos en medio de la vida, de la felicidad más cumplida y de todos los dones del cielo.

Para el mundo que habitaba la señora Vicuña de Morandé, no era una desconocida. Como artista, como organizadora de las más simpáticas obras de beneficencia, como creadora del Perpetuo Socorro que dió pan y abrigo á tantos millares de viudas y huérfanos, su santa misión en la tierra será seguida de perdurables bendiciones.

Pero donde irradiaba en toda su admirable riqueza aquella alma verdaderamente divina, aquella inteligencia verdaderamente alta y superior, aquel corazón sin igual en la ternura, en la abnegación, en la caridad, era bajo el techo en que hoy un esposo justamente inconsolable y siete tiernos hijos lloran su nunca esperada desaparición.

La señora Vicuña de Morandé, por su carácter y sus prendas morales era una verdadera elegida y por eso la ha reclamado temprano el Dios de las clemencias.

Que EL otorgue á los que tan tiernamente la lloran el último de los consuelos: el de amarla eternamente en la tierra, porque así vivirá todavía para nuestra dicha entre nosotros, reclamada siquiera en préstamo al cielo donde ya mora.

(*El Independiente* del 7 de diciembre.)

La distinguida señora doña Dolores Vicuña Mackenna

de Morandé ha fallado repentinamente en la mañana de ayer.

El rayo implacable que tronchó de improviso esta nobilísima existencia, hirió á la sociedad entera de Santiago, como si en cada familia, en cada hogar, hubiese desaparecido un sér amado. Es que en realidad ha volado al cielo una alma que era toda abnegación, toda bondad, toda virtud, consagrada por completo al servicio de los demás.

La señora Vicuña de Morandé había ido por la mañana á dejar en la estación de los ferrocarriles á su señora madre, que iba á pasar algunos días en el sur. Se sentía hasta entonces tan bien, tan tranquila, que no pudo imaginar por un momento que el cariñoso beso de despedida momentánea que daba á la noble matrona, era el beso de la eterna despedida, y que era aquel el último deber filial que cumplía en la vida.

De vuelta á su casa, atraída por la curiosidad del acontecimiento del día, se puso á mirar el sol á través del tejido del manto que vestía, y desde ese instante sintió un incómodo dolor al cerebro, que fué acentuándose por momentos, hasta que, después de almorzar, la hizo caer como herida por el rayo para no levantarse más.

Un sacerdote alcanzó á darle la bendición suprema, pero los médicos llegaron cuando no había más que un cadáver.

Fácil es imaginar la desesperada y dolorosa consternación de aquel dulce hogar, tan feliz pocos momentos antes; pero sería difícil expresar la tierna y profunda simpatía con que ese irreparable dolor ha sido compartido por la sociedad entera de la capital,

Si alguna vez la cruda muerte ha abierto una herida que no puede cerrarse, si alguna vez ha hecho un vacío

imposible de llenar, ha sido ahora, al arrebatarse del seno de los suyos y del cariño de todos á la señora Vicuña de Morandé,

Joven, hermosa, inteligente, llevando un nombre ilustre, hija modelo, madre que era una lección y un ejemplo viviente para su joven y hermosa familia, amiga incomparable, la señora Vicuña no pasó por parte alguna sin dejar una impresión de cariño y de simpatías indelebles, que la muerte ha convertido en un doloroso recuerdo, pero que el tiempo no pondrá jamás en olvido.

Había escogido como lema de sus sentimientos y de sus acciones una dulce y acariciadora figura simbólica que llevaba al pie de este lema:—Lealtad;—y en efecto, jamás hubo un alma más leal, más sincera, más ingenua, más abierta á las expansiones generosas y á los nobles entusiasmos

Sabía adornar las virtudes puras y austeras de su espíritu con los atractivos de las inteligencias privilegiadas, porque Dios se había complacido en dotarla de aquellos dones que sólo concede á sus criaturas escogidas.

No hace mucho tiempo había obtenido en la Exposición Continental de Buenos Aires una medalla de honor por sus obras de pintura.

Poseía la música, el canto, el dibujo, todas las gracias de la inteligencia y del arte: y sobre todo, tenía un corazón lleno de aquellas ternuras sin nombre, de aquellas delicadezas ideales que hacen de la mujer un ángel.

Junto con estas virtudes y estos atractivos íntimos, había en ella las grandes virtudes que hacen brillar una existencia en campo más vasto que el del hogar. La patria tan querida, en sus días de prueba y de sacrificio encontró en ella un tipo admirable y perfecto de la incomparable ma-

trona chilena: incansable, abnegada, misericordiosa, la mano siempre tendida hacia el necesitado, el oído siempre atento á los gemidos de los que sufren, el corazón siempre latiendo de caridad y de consuelo, veladora como el ángel de la Guarda, decidida como un apóstol, consagrada como un sacerdote, abnegada como un mártir.

A su iniciativa, á sus esfuerzos, á su inteligencia, á su caridad y á su patriotismo ardiente se debió la fundación de la «Sociedad del Perpetuo Socorro», que ha sido durante mucho tiempo, y que es hoy día el hogar, el refugio y la vida de centenares de pobres mujeres, víctimas de los estragos de la guerra. Si la señora Vicuña no dejase en pos suya otra obra que esa sociedad, ella sola bastaría para hacerla vivir en la memoria y en el corazón de todos los que sientan vibrar en sí una fibra á los nombres santos de la patria y de la caridad.

Recordar su piedad y las nobles acciones de su vida sería hacer el más hermoso cuadro, pero demasiado extenso para la angustia de nuestro tiempo y de los límites á que debemos reducirnos.

Dios ha recibido ya en el cielo á una de las más hermosas almas que había aquí; quedan sólo en la tierra el recuerdo imperecedero de sus virtudes, y las lágrimas inagotables que se derraman por los buenos.

Al llanto de su distinguida familia y de sus numerosos amigos, unimos nuestras lágrimas más sinceras; al dolor general que esta muerte ha hecho sentir, unimos nuestro más vivo dolor.—Sabemos que para golpes como éste no hay consuelo; pero sabemos también que para las supremas desolaciones de la vida quedan siempre las plegarias. Ellas se elevarán numerosas y fervientes hasta el trono de Dios, y Dios será servido de dar á la que se fué sus inefa-

bles recompensas, y á los que han quedado en el llanto y el vacío, la resignación cristiana,—que es la fé y la esperanza.

El Mercurio del 12 de diciembre de 1882.

Un rasgo.—Una señora que conoció mucho á la lamentable señora DOLÒRES VICUÑA DE MORANDÉ y que la admiraba sinceramente por sus preclaras virtudes y por su talento, nos refiere de ella el rasgo siguiente que al vulgo podrá parecer romántico pero que para nosotros reviste una verdadera sublimidad.

Cuando el capitán Prat murió al pie de la torre del *Húascar*, la señora VICUÑA DE MORANDÉ hizo la solemne promesa de ir en peregrinación á bordo de la nave apresada para orar en el sitio en que había caído el héroe. Y apenas supo que el monitor había llegado á Coquimbo, se vino á Valparaíso y en seguida en una embarcación salió fuera de la bahía, donde, acompañada de uno de sus hermanos, fué la primera en subir á la gloriosa presa, y cuando le mostraron el sitio en que había caído el ilustre capitán, la noble matrona cumplió su voto orando por su alma, y no se retiró sino cuando hubo besado el fierro en que aquel reposara por última vez su noble cabeza.

La generosa peregrina regresó inmediatamente á Santiago al seno de su familia, que ella personalmente educaba con un tesón admirable, no solo con la teoría sino con los ejemplos.

La misma persona nos refiere que la casa habitación de la señora VICUÑA DE MORANDÉ, tanto en Santiago como en el campo, se halla ricamente decorada con más de 30 ó 40 grandes cuadros al óleo pintados por ella, siendo algunos de tamaño colosal; á todo lo cual nos permitiremos noso-

troz agregar, aunque sea como indiscreción, a fin de completar estos perfiles de la nobilísima vida que se ha extinguido, que la señora VICUÑA DE MORANDÉ ha publicado en este diario y en otros, bajo el más estricto anónimo para cubrir su modestía, brillantes artículos sobre la educación de la mujer y especialmente sobre los deberes del Gobierno para con las pobres viudas de los soldados y de las cuales ella fué ángel protector.

A LA MEMORIA

DE LA SEÑORA DOLORES VICUÑA DE MORANDÉ

Rompe la flor su broche, y en la aurora
La placentera luz con sus albores,
Bañada en esperanza y en amores,
Sus encendidos pétalos colora.

Y cuando ya ese cáliz atesora
Los sazonados frutos sin temores
La misma luz que le prestó colores
Lo destroza, lo mata y lo devora.

Al beso de un amor puro y ardiente,
También en la mañana así nacida,
Esperanzas y amor llevó en su frente.

Mas ¡ay! que fué la de la flor su suerte:
La luz de los amores le dió vida,
Y su amor á la luz le dió la muerte.

FERMÍN SOLAR AVARIA.

Santiago, 6 de diciembre de 1882.

AL SEÑOR JUAN DE DIOS MORANDE

EN LA MUERTE DE SU ESPOSA

(SONETO)

Quiero tu pena mitigar un tanto,
Quiero pagar tributo á su memoria
Y su tumba regando con mi llanto
De un nombre ilustre, proclamar la gloria.

Perdióse de tu hogar el dulce encanto,
Y cubierta por lápida mortuoria,
Al bardo inspira dolorido canto
Al contemplar su luminosa historia.

Tus hijos, á su madre cariñosa
Pierden, la sociedad perdió su estrelia,
Y tu perdiste á la que fué tu esposa.

TU DOLORES se fué, pero destella
Su noble imagen en tus tiernos hijos,
Y en tí tiene sus ojos siempre fijos.

SOR ...

A LA SEÑORITA VICTORIA MORANDÉ VICUÑA

EN LA MUERTE DE SU MADRE

(SONETO)

«¡Qué horror, qué espanto! estremecida exclama
«Tu voz, ¡sin madre! ¿y por qué vivo, oh cielo?
«¿Y fué para esto que, con dulce anhelo,
«Puso en mi pecho de su amor la llama?
«Feliz ayer, el corazón se inflama
«Hoy es dolor, y al contemplar el suelo
«Desde donde la vi tender el vuelo,
«En vano el alma se entristece y exclama.»
Hermosa niña que al nacer la aurora
De tu primera juventud, ya oscura
Miras tu frente, que el pesar devora,
Tu madre está á tu lado, y con ternura
Te acaricia: ¡no queráis tú con lianto
De dolor enturbiar un gozo santo!

Santiago, 11 de diciembre de 1882.

B. SOLAR AVARIA.

A LA MEMORIA

DE LA DISTINGUIDA SEÑORA DOLORES VICUÑA DE MORANDÉ

(INÉDITO)

De ternura, de amor y sentimiento
Fué su vida un poema,
Y en los rudos combates de la vida
Era la abnegación su santo emblema.

Su corazón amaba
Cuanto en sí lleva de lo bueno el sello
Y se extasiaba su alma,
Ante el fulgor divino de lo bello.

«Patria, amor, caridad» ese el compendio
Fué de su vida entera:
Donde amor, patria ó caridad llamaban
Allí estaba ella siempre la primera!

Rápido fué su paso por el mundo,
Mas en su corta vida
Esparció el bien generosa mano
Y una noble misión dejó cumplida.

Valparaíso, febrero de 1883.

PABLO GARRIGA.

VI

LAS CONDOLENCIAS ÍNTIMAS

(DATOS Y FRAGMENTOS DE CARTAS AL AUTOR)

VI

Las condolencias íntimas

DATOS Y FRAGMENTOS DE CARTAS AL AUTOR

Señor don Benjamín Vicuña Mackenna.

Concepción, diciembre 12 de 1882.

Estimado señor:

No quería yo tocar la herida que acaba de recibir su corazón con la deplorable muerte de su respetable y virtuosa hermana, pero debo de cumplir un triste deber, no por vulgar etiqueta, sino porque de corazón me asocio á su pena y á la de toda su familia por ese inesperado fallecimiento.

La señora DOLORES, su hermana, creyente sincera, practicaba en grande escala la caridad, amaba á Dios y al prójimo y dejó al mundo en todo el vigor de la vida para ir al seno de Dios á recibir la única recompensa digna de esa virtud que en la lengua del grande Apóstol es la plenitud de la ley.

Morir así es comenzar á vivir, y los que así mueren son más dignos de congratulaciones que de lágrimas.

Pero dejan objetos queridos acá, en esta pobre tierra de angustia y decepciones, y por esto se sufre, que lloran con sobrada razón una pérdida irreparable, y sienten la ausencia de un modelo de virtudes religiosas y sociales.

Ella, espero, alcanzará de Dios resignación y consuelo para esos seres de sus ternuras y desde la región de la eterna paz no olvidará que fué esposa, madre y hermana y venerada consanguínea de los que hoy riegan su tumba con lágrimas de acervo dolor. Será como su ángel delante de Dios.

Yo no conocí ni traté á la señora Dolores; pero he oído hacer de ella, de su fé y de su ardiente caridad tantos elogios que, recordando la benevolencia con que usted y otros miembros de su respetable familia me favorecen, no he podido resistir al deseo de manifestarle la parte que tomo en su común tribulación.

Acéptela usted, señor, como la expresión sincera de los sentimientos de su obsecuente y atento S. S.

† JOSÉ HIPÓLITO,
Obispo de la Concepción.

Valparaiso, diciembre 7.

Le ofrezco mis expresiones de amistad y simpatía en vista de la noticia que traen los periódicos hoy día, sobre la súbita muerte de una querida y benévola hermana, esposa del señor Morandé.

Sin haber tenido el placer de conocerla, deploro que se haya desaparecido de un círculo doméstico en el cual se había hecho apreciar tanto.

DAVID TRUMBULL.

Santiago, diciembre 9.

...Qué difícil será, amigo mío, poderle expresar en ésta, cuán grande es mi pesar, cuán intenso es mi dolor por la pérdida de su adorada hermana y mi incomparable amiga
DOLORES.

Junto con recibir su atenta cartita recibí como dardo la fatal noticia, la que me ha hecho tal impresión que estoy en cama, imposibilitada de mitigar mi sentimiento en medio de ustedes, cuanto tanto lo necesita mi afligido corazón.

Mujeres como ella, Benjamín, bien sabe usted, son muy pocas las que no dejan que desear á la familia, al mundo y á la amante amiga.

Lloro y acompaño á usted como si fuera mi hermana.

ROSA ALDUNATE DE WAUGH.

San Bernardo, diciembre 13.

...Solo una vez traté á tu hermana y eso fué hace poco más de un mes, un día que almorzaba contigo. Quedé sorprendido de la claridad de su inteligencia, de la bondad de su alma, de la franqueza de su carácter y de su espíritu filantrópico que la llevaba hasta creer realizable lo que es imposible.

Esa hora de agradable conversación me hizo comprender que no eran exagerados los elogios que de ella había oído hacer.

Ya comprenderás si he tenido más motivos que otros para deplorar su temprano fallecimiento.

DIEGO BARROS ARANA.

Baños de Cauquenes, diciembre 17.

Por los diarios he tenido el sentimiento de saber el fallecimiento de la distinguida señora Dolores Vicuña de Morandé.

Las virtudes que adornaban á esta distinguida y respetada matrona han causado una impresión profunda en nuestra sociedad.

J. ANTONIO VILLAGRÁN.

Valparaiso, diciembre 8.

...El diario anuncia ayer una triste noticia que me tiene sobrecogido de dolor. Desde ese momento sólo he pensado en usted y en su digna y respetable familia, porque conozco el profundo amor que profesaba á mi desgraciada amiga que ha desaparecido tan joven de la escena del mundo. Tan bondadosa y estimable por su gran corazón y su espíritu humanitario, deja un vacío irreparable en la sociedad donde era tan querida por sus virtudes. Mi amigo, yo estoy inconsolable porque su hermana DOLORES era entre su familia la señora de mi preferencia. Le debo atenciones que no olvidaré nunca y que conservaré siempre en mi memoria con eterna gratitud.

PEDRO MONCAYO

Andes, diciembre 7.

No puede usted figurarse la profunda y dolorosa impresión que me ha causado la noticia de la súbita muerte de su hermana DOLORES. Ella era acaso la que menos había tratado entre sus hermanas y, sin embargo, guardo de ella un recuerdo difícil de borrar.

Bajo un exterior alegre y ligero ocultaba tantas virtudes de cristiana y de mujer que era imposible no sentirse cautivado por su sólido mérito.

En estos últimos años la he seguido desde este lugar de destierro donde he sepultado todas mis ilusiones y siento cada día crecer el cariño por los ausentes queridos; la he seguido, repito, con el mayor interés en sus caritativos y patrióticos trabajos en pro de las familias de nuestros pobres soldados y no he extrañado hallar en la amiga de otros tiempos el tipo acabado de la antigua mujer fuerte dedicada al bien de los suyos y de la humanidad que sufre.

ENRIQUE DEL SOLAR.

Ovalle, diciembre 14.

Respetemos los designios inexcrutables de Dios y en la presente hora aciaga no habrá más que contemplar con resignación lo bien llenada que fué la existencia de la alma noble cuya desaparición se deplora con el más justo dolor.

S. R. CAMPINO.

Santiago, diciembre 8.

Vivo ha estado en mi ánimo el recuerdo de la muy sensible pérdida de su dignísima hermana, señora DOLORES VICUÑA DE MORANDÉ, seguramente que no se borrará de él porque el desaparecimiento de seres que, como la señora DOLORES, consagran gran parte de su existencia al alivio de la desgracia ajena viven siempre en la memoria y en el corazón de todo aquel que es capaz de sentir.

La señora DOLORES fué un modolo de esposa, de madre, de hija, de hermana. Fué un ejemplo de abnegación y de desprendimiento en favor de la desgracia.

Ojalá que tenga imitadores!

¡Qué los suyos se resignen con la felicidad á que ha sido llamada!

JUAN VALDIVIESO AMOR.

Viña del Mar, diciembre 8 de 1882.

Tuvimos la felicidad de conocer y apreciar los méritos de su interesante hermana.

Era el ángel del hogar.

Era la madre de los pobres.

Grandes títulos que le darán feliz inmortalidad.

ANTONIA ERRÁZURIZ.

Diciembre 7 de 1882.

...Con sorpresa y gran sentimiento recibí la infausta noticia de la irreparable desgracia que ha caído sobre usted y familia de don Juan de Dios Morandé, con la pérdida de la simpática é inteligente señora, como la más bondadosa y cariñosa esposa, madre de familia y hermana.

Miéntas tanto, reciba usted y familia mi más sentido pésame y haciendo mío su dolor.

CÁRLOS F. SOUPER.

Desde que supe el fallecimiento de su dignísima señora hermana, he hecho fervientes votos porque Dios conceda á usted la debida resignación.

Sírvase aceptar la manifestación de mi sentimiento por una pérdida que considero verdaderamente social.

JOAQUIN FERNÁNDEZ B.

Valparaiso, diciembre 7 de 1882.

Está escrito: lo grande, lo magnánimo, lo útil á la sociedad no es eterno ni aún duradero en este mundo.

Almas elevadas como la de su señora hermana Dolores Vicuña de Morandé, tenía que estar sometida á esta ley inexorable del destino.

¡Acatemos los designios de Dios!

M. F. SEVERÍN.

Diciembre 18.

Señor, justo, muy justo es que entregue su alma al dolor. Los antecedentes, las virtudes, el levantado corazón y las incomparables cualidades de su noble hermana son acreedores á todo respeto y á todo sentimiento.

JULIO BAÑADOS ESPINOSA.

Serena, diciembre 14

Tocante á ella, es feliz al dejar este mundo de miserias y volará, á recibir el premio á que se hizo tan acreedora por las grandes virtudes de que estuvo toda su vida adornada.

URBANO VICUÑA.

Serena, diciembre 13.

Los pobres la lloran por lo buena que fué con ellos en el Perpetuo Socorro y en otras obras de beneficencia y Dios la tiene en el cielo en recompensa de sus virtudes.

JUAN CORTÉS.

«Valparaiso, diciembre 12.

Con todo mi corazón lo acompaño en su justo pesar por la irreparable pérdida de su noble y caritativa hermana.

A. GARRETÓN.

Colina, diciembre 13.

No tuvimos el honor de conocerla; pero sí de haber oído siempre y con frecuencia recomendar sus acciones tan buenas como virtuosas.

Ella supo vivir en el mundo y nos enseñaba lo que es la verdadera virtud.

Es necesario, señor, seguir su ejemplo para ganar el cielo donde ella está.

CLORINDO DEL RÍO.

Talcahuano, diciembre 16.

Sin conocerla, señor, tenía veneración por ella, pues sus virtudes y gran patriotismo demostrado en la presente guerra son conocidos de todo el país, y no dudo que todo chileno, tanto en la alta clase como en la humilde, habrá sentido de todo corazón esta gran pérdida.

SILVERIO BRAÑAS.

SOCIEDAD PROTECTORA. — Santiago.

Señor don Juan de D. Morandé.

Señor:

El inesperado fallecimiento de su señora esposa que ha cubierto de luto á la sociedad entera de Santiago, se ha dejado sentir de una manera especial en esta institución que tuvo el honor de contarla en el número de sus más abnegadas cooperadoras.

Las viudas y huérfanos de la guerra cuyas lágrimas enjugaba con solícito cariño, y á quienes proporcionaba el pan, el abrigo, el oportuno consejo, no cesarán de llorar á la que fué para ellas su madre y su providencia.

Su pérdida con justicia ha sido sentida no sólo por sus deudos y amigos, sino por el público todo donde la desgracia que hoy agobia á su familia ha encontrado la más sincera y profunda simpatía.

La señora Vicuña por sus virtudes, lega á la sociedad un digno ejemplo, y á su familia un nombre que figura con distinción en los anales de la caridad y del patriotismo.

Aceptad, señor, las manifestaciones del más sentido pésame de la Sociedad Protectora.

Santiago, diciembre 14 de 1882.

C. W. MARTÍNEZ,
Presidente.

MARIANO MELO,
Secretario.

Al señor don Juan de D. Morandé.

FIN

ÍNDICE

I. LA VIDA.....	7
II. LA MUERTE.....	75
III. LA CARIDAD EN ACCIÓN.....	101
IV. ALGUNOS ESCRITOS DE DOLORES.....	121
V. LOS HOMENAJES.....	137
VI. LAS CONDOLENCIAS ÍNTIMAS.....	155



